



Margarita Eustaquia Maza Parada

Primera dama de la República mexicana

Alicia Aguilar Castro







Margarita Eustaquia Maza Parada

Primera dama de la República mexicana

Alicia Aguilar Castro

Premios DEMAC 2005-2006



México, 2006



Primera edición, noviembre 2006

Margarita Eustaquia Maza Parada
Primera dama de la República mexicana
por
Alicia Aguilar Castro

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2006, por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa 253,
Col. Campestre
01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208
Correo electrónico: demaclibros@demac.com.mx
demac@demac.com.mx

Impreso en México

ISBN 968-6851-58-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo	11
I. Marco sociohistórico	15
II. Margarita Maza y Benito Juárez. Sus inicios	23
III. Doña Margarita y don Benito inician su vida en común	39
IV. Margarita Maza en Estados Unidos	55
V. Margarita, ¿embajadora de México?	71
VI. Regreso al suelo patrio	87
VII. El adiós a la primera dama de la República	109
Epílogo	151
Cronología	153
Bibliografía	183





*A mis grandes amores:
Liliana, Paola, Adriana, Ana Paula y María José.*

*A mi compañero Raúl,
por su apoyo invaluable.*







AGRADECIMIENTOS

A Documentación y Estudios de Mujeres, A. C., por interesarse en el estudio de la mujer.

A los compañeros bibliotecarios de la Casa de la Cultura Oaxaqueña y otras bibliotecas de la ciudad de Oaxaca, así como a los responsables y servidores de los archivos, especialmente al de la Parroquia del Sagrario Metropolitano, que nos proporcionaron información y amabilidad con creces.

A las señoras Elisa Bush y Carmelita Sánchez Juárez, descendientes de la familia Juárez Maza.

A mi maestro Rogelio Aguilar Aguilar, guía incansable en el proceso de investigación en este proyecto que se ha vuelto de vida.

Al personal de apoyo de la Casa de la Cultura Oaxaqueña, especialmente a Dulce Esmeralda Martínez García, por su asidua colaboración.



Margarita Eustaquia Maza Parada. Acuarela sobre papel, en el Recinto Hom-naje a Juárez de Palacio Nacional.

PRÓLOGO

Tal vez sea demasiado atrevido afirmar que una de las pocas mujeres merecedoras del título de primera dama de la nación en México es Margarita Eustaquia Maza Parada. No sólo acompañó a Benito Juárez García como esposa, papel que convirtió en abnegado ministerio, sino que también compartió con él, en todo momento, la inmensa tarea nacional del Benemérito. Y todo esto con singular humildad, sin escándalos ni aspavientos, a pesar de que su vida familiar fue constantemente castigada con privaciones agudas y duelos continuos por la pérdida de sus hijos.

Madre abnegada, cabeza de familia en ausencia del esposo, supo dar el sostén necesario a su numerosa prole, sin quejarse jamás, ni mucho menos exigirle a su marido que abandonara un momento sus tareas patrióticas para dar mayor atención a sus hijos. Jamás las privaciones la doblegaron, al contrario, la fortalecieron y la llevaron al límite del heroísmo, pues varias veces tuvo que recorrer ásperos caminos para que los enemigos políticos de su esposo no sometieran su férrea voluntad mediante el acoso a los suyos.

A pesar de los rasgos que caracterizan su grandeza, el reconocimiento que se otorga a doña Margarita Maza no alcanza al que merece por sus altas virtudes patrióticas y acendrado espíritu republicano. Tal vez el desconocimiento de su vida y de lo que ésta significó y significa en la estatura continental de su esposo, sea la causa de ese descuido. Por eso dedicamos este ensayo a resaltar su figura. Quizá sólo expongamos hechos ya conocidos por los historiadores y el alcance de nuestro trabajo sea de divulgación,

pero acaso hagamos recapacitar a las lectoras acerca de la capacidad que todas tenemos para integrarnos a la vida pública como parte importante y decisiva.

Es urgente, de cualquier manera, reflexionar y hacer reflexionar a la sociedad entera sobre el papel que desempeña la mujer cuando el cónyuge ejerce un puesto público, ya que esta situación, con sus modalidades y dimensiones, es un reflejo magnificado y expuesto al escrutinio público de las condiciones de vida que sobrellevan las mujeres de todas las clases sociales en nuestro país.

Y si nos asomamos un poco más allá de nuestro horizonte mexicano, vemos que las mujeres cercanas al poder en Inglaterra, Francia, España y otros países europeos también dan de que hablar, tanto o más que las mexicanas. Todos recordamos los escándalos mediáticos de Lady Di, quien de joven educadora, bella y noble menor, al casarse con el heredero de la corona británica cambió completamente su vida, que tuvo momentos arrebatados hasta su trágico final bajo un puente de París.

La moda de nombrar a la esposa del presidente de la República “primera dama” nos llegó de Estados Unidos, donde Martha Washington, una de las primeras, se decía “prisionera de Estado”. Otras, como Eleanor Roosevelt, tuvieron casi tanta relevancia como su marido, y lo mismo sucedió con Jacqueline Kennedy o Hillary Clinton, aunque éstas no tanto por su inteligencia y dedicación, como Mrs. Roosevelt, sino por los escándalos en que se vieron envueltas.

En América Latina la figura de Eva Perón nos recuerda la ambición de poder que vemos en nuestros acongojados días. Pasó de vedette de segunda fila a tener tanta o más importancia que su marido, el dictador Juan Domingo Perón. Casada con él poco antes de que el general asumiera la presidencia de Argentina, se propuso como paradigma de la mujer defensora del hogar y no adoptó sólo un papel decorativo y dedicado al quehacer social o a

la beneficencia. Se volvió elegante e incansable dama de sociedad, de caros vestidos y suntuosas joyas, pero también logró la eliminación de los subsidios oficiales a la Sociedad Argentina de Beneficencia y la remplazó con la Fundación Perón, sostenida por las aportaciones “voluntarias” de los sindicatos, actividad duramente criticada por la sociedad argentina que no detuvo el afán protagónico de Evita.

Pese a que la esposa de Perón no contaba con una posición oficial, los argentinos comentaban que desempeñó funciones de ministra de Salud, de Trabajo y del Interior. Atendía diariamente a multitudes que llegaban a verla con todo tipo de problemas y peticiones. Mandaba construir escuelas, centros de salud, hogares para ancianos y para madres solteras por toda Argentina. Además, reclutó en el Partido Peronista Femenino un ejército de voluntarias que no sólo respaldaban actividades domésticas con cursos de cocina, costura y guarderías, sino que desarrollaron actividades políticas en vísperas de la campaña electoral de Perón para ser reelecto presidente.

Cuando Evita murió, en agosto de 1952, dos millones de personas acudieron a su velorio. Venerada como diosa y momificada para la posteridad, sólo la muerte pudo detener su ambición de acceder a la presidencia de su país, lo cual sí logró la segunda esposa de Juan Domingo, María Estela Martínez de Perón (Isabel o Isabela como le gustaba llamarla al general), aunque contaba con menos capacidades y arraigo popular que Evita.

En nuestro país, la vida pública y privada de las primeras damas ha sido publicitada por todos los medios electrónicos o impresos a partir del periodo revolucionario; su papel se ha concretado a apoyar la beneficencia social, con modalidades acordes al presupuesto que el esposo les asigne y que, salvo excepciones, se ha limitado a seguir indicaciones o manejos tradicionales, sin imprimir un sello propio a su paso por el poder. De éste les afecta la adulación, igual que a sus maridos, y aunque hay reglas no escritas

acerca del comportamiento de las primeras damas, en ocasiones no las siguen y terminan en el descrédito o el ridículo una vez que el periodo presidencial se agota. Las instituciones de beneficencia que crean o administran, desaparecen o se modifican al gusto de la siguiente primera dama, pues ninguna ley rige estas labores y sólo nos quedan las anécdotas de sus caprichos, desatinos o incapacidades, provocadas por una errada visión de la realidad, deformada por la adulación de parásitos y familiares serviles que las rodean.

La excepción, el contraste con esta conducta desatinada, es la vida austera, llena de padecimientos y sinsabores de Margarita, digna esposa del Benemérito. A su amor maternal y apoyo solidario al esposo, sobrepuso el amor a la patria, su fortaleza y escudo en las conflictivas vivencias que le tocaron. Su ánimo nunca deca-
yó; siempre estuvo segura de que con sus actos y su conducta contribuía a la creación de un México libre y grande.

Cuando al fin disfrutó de un tiempo de calma, Margarita Maza habitó con su familia en Palacio Nacional, pero sin modificar su austera vida republicana. No dudamos de que recibió lisonjas y elogios falsos de los acostumbrados aduladores que rodean a los poderosos, pero supo mantenerse con serenidad y rectitud hasta los últimos años de su vida. Le agradecemos el país que nos heredó, así como su sacrificio, y la recordamos con respeto como a una verdadera primera dama.

I. MARCO SOCIOHISTÓRICO

¿Cómo comprender cabalmente el significado y la importancia de las acciones de Margarita Maza sin situarlas en el horizonte histórico que le tocó vivir? ¿Cómo se cimienta el puente que cruzó como soltera primeramente, y como esposa de Benito Juárez después, sin conocer las circunstancias del entorno social e histórico en la vida de ambos?

La rectitud y la congruencia de sus ideas marcan sus acciones en todo momento, los elevan como ejemplos del espíritu ciudadano y nos hacen reconocerlos como verdaderos héroes que, sobre sus intereses personales, consideraron siempre el interés de su país. Antes de analizar aspectos de la historia de su vida juntos, haremos algunas precisiones sobre el ambiente en que se desarrollaron.

En los primeros años de vida independiente, la sociedad seguía manteniendo un trasfondo colonial. Las costumbres y el aspecto de las poblaciones cambiaron poco en la primera mitad del siglo XIX. Una vez lograda la Independencia, los extranjeros entraron con mayor libertad a México. Llegaron comerciantes y mineros que influyeron con sus costumbres en la vida de las ciudades, cambiando modas y gustos.

Las ciudades eran pequeñas y la mayor parte de la población mexicana vivía en el campo. La rutina de trabajo se rompía por las numerosas fiestas religiosas. De vez en cuando llegaban a las ciudades compañías de circo, teatro y ópera europea. El pueblo iba a las corridas de toros, los jaripeos y las peleas de gallos; había también distracciones nuevas, como los magos y aeronautas que

se elevaban por los aires en sus globos y llenaban de admiración a la gente.

Al principio se respiraba un ambiente de tranquilidad. Sin embargo, los levantamientos contra los distintos gobiernos, las guerras, los bandoleros y las epidemias alteraban la paz. A mediados de siglo esos trastornos empezaron a provocar cambios en la sociedad mexicana. Las costumbres, las modas, la educación y las aspiraciones de la gente se modernizaban. Sin embargo, en ese tiempo el acceso a la educación estaba restringido, por lo que solamente uno de cada diez mexicanos sabía leer y escribir.

La lucha por la emancipación se extendió a la mayoría de los países de América Latina a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX. La búsqueda de nuevos modelos políticos, económicos, artísticos y de pensamiento privilegió a Francia, y más concretamente a París.

En México, en 1846 se contrató a Pelegrín Clavé para dirigir la reapertura de la Academia de San Carlos, organismo desde el cual se fomentó la temática histórica y el paisajismo con una visión europeísta. La reacción en contra del academicismo corrió a cargo de Juan Cordero, con una interesante producción que introdujo los rasgos mexicanos en la pintura clásica. Los seguidores más destacados del paisajismo fueron Luis Coto y, especialmente, José María de Velasco, a quien se considera el pintor más importante del siglo XIX. El paso al siglo XX quedaría marcado por Joaquín Clausell y Julio Ruelas, pionero este último en el empleo de elementos fantásticos, dramáticos y de síntesis para sus alegorías y símbolos artísticos.

La Academia de San Carlos, con sus profesores extranjeros, transmitió técnicas y estilos europeos, y fue rebautizada por Juárez como Escuela Nacional de Bellas Artes. En este periodo se aprecia la separación entre las expresiones de la capital, tan influidas por el exterior, frente a la frescura de los pintores de provincia, como José María Estrada o Hermenegildo Bustos, con su costumbrismo

auténtico que produjo hermosos bodegones y retratos de tipos populares.

Artistas y estudiosos buscaron la manera de crear una cultura nacional que glorificara la patria, la familia, los paisajes, las costumbres de México, el heroísmo y, sobre todo, la libertad. En este afán, en 1854 fue compuesto el Himno nacional, con letra de Francisco González Bocanegra y música de Jaime Nunó. Destacaron escritores como Luis G. Inclán, Guillermo Prieto, Manuel Payno e Ignacio Manuel Altamirano, que hicieron posible que los mexicanos fueran encontrando un estilo propio para expresarse. Se rescataron y publicaron obras como *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de fray Bernardino de Sahagún; la educación se convirtió en el instrumento más importante para afirmar el nacionalismo y se fundaron institutos, escuelas y revistas como *El Renacimiento*, de Ignacio Manuel Altamirano. La herencia indígena y la española se afirmaron como los cimientos del pueblo mexicano. Alrededor de 1850, el estado de Oaxaca vivía una época de depresión económica. La grana cochinilla, cultivo fuente de riqueza en años anteriores, sólo se producía ya en pequeñas cantidades, y la caña de azúcar sustituía los campos de cactus y nopales. También estaba en decadencia la actividad minera, que había prosperado en la época colonial, pero después de la guerra de Independencia se redujo a una producción mínima de plata y oro. Las manufacturas eran casi para autoconsumo. Sólo algunas pequeñas factorías de aguardiente, pulque y jabón llevaban al público sus productos. Los caminos de herradura estaban en pésimas condiciones y la construcción de carreteras era muy difícil por la complicada orografía del estado y la constante penuria del erario federal, estatal y municipal.

En 1857 se inició la reconstrucción del camino Oaxaca-Tehuacán, pero las guerras impidieron la continuación de los trabajos. Hacia el istmo de Tehuantepec las vías de comunicación eran veredas o malos caminos. El correo era muy lento y el transporte

en diligencia de Oaxaca a la ciudad de México suponía un viaje de tres días como mínimo. A pesar de esos inconvenientes, el estado tuvo durante la Colonia un buen grado de desarrollo, que había decaído en los años que circunscriben esta historia.

En la zona de los Valles se localizaba el Distrito Central con veintinueve poblaciones y aldeas, dieciocho haciendas, catorce ranchos, tres labores dedicadas a la agricultura, dos ingenios azucareros y tres molinos de cereales. La economía de esta zona se basaba en la agricultura de subsistencia. Los cultivos principales eran maíz, trigo y algodón. La caña de azúcar ocupaba algunos terrenos, ninguno de gran extensión. Otros productos alimenticios, como jitomate, chícharo, camote, aguacate y algunos cítricos se cultivaban para autoconsumo.

Las modalidades de explotación y trabajo del suelo eran las mismas de la época colonial. Los indios continuaban con sus métodos de cultivo ancestrales, empobreciendo cada vez más las tierras fértiles. El ganado era escaso y muy pobre. El sistema de distribución e intercambio de productos se adaptaba a esta situación productiva. Cada pueblo tenía su día de mercado y a él se allegaban los indios de los grupos de población circundantes para vender sus productos y adquirir provisiones.

En general, la vida era monótona y se veía interrumpida por la celebración de las fiestas patronales, que a veces duraban varios días. Por ejemplo, en Santa Lucía del Camino, al oriente de la ciudad, las festividades de los Fieles Difuntos duraban dos semanas. Muchas personas de la ciudad de Antequera y de poblaciones cercanas llegaban a Santa Lucía atraídas por los juegos de azar, peleas de gallos y carreras de caballos.

En cuanto a la educación, era muy deficiente. Fuera de la ciudad de Antequera o Oaxaca, había menos de veinte escuelas dispersas en las poblaciones de los Valles Centrales. En ellas se enseñaba lectura, escritura y doctrina cristiana. Los maestros apenas tenían conocimientos superiores a los de sus alumnos. Las municipalidades,

de las que dependían las escuelas, carecían de fondos y no contrataban maestros profesionales, por lo que echaban mano del ciudadano más ilustrado, quien casi siempre era también el secretario permanente de la alcaldía.

La producción de artesanías, todas de muy alta calidad, era también de autoconsumo. La cerámica de uso doméstico, los tejidos de lana y los trabajos de madera tallada o hierro forjado sólo se vendían para uso de algunas familias que encargaban a los maestros artesanos su fabricación. Los gobiernos liberales pugnarón por establecer escuelas Normales para formar maestros, abrir caminos que comunicasen al estado, reactivar su economía y otras medidas que rompían con la situación establecida, por lo que eran combatidas por los grupos privilegiados que detentaban el poder y la riqueza: el ejército y el clero.

En la época en que viven y actúan don Benito y doña Margarita, en la ciudad de Oaxaca el ritmo de la vida social y personal estaba regulado por la Iglesia católica, apostólica y romana. El paso de las horas se contaba por los toques de campanas del reloj de la catedral y por las llamadas de los templos a la misa matutina, la oración, el ángelus o el rosario nocturno. Las fiestas populares estaban de acuerdo con el calendario religioso que marcaba la Semana Santa, las fiestas de los santos patronos de los barrios y los días de los Fieles Difuntos; la Navidad se celebraba con la Misa de Gallo, y a la llegada del año nuevo no se le daba la importancia que ahora tiene.

La gente se levantaba temprano para asistir a la procesión que salía del convento de Santo Domingo, bajando por las calles hacia la plaza principal y regresando al templo a la celebración de la misa. A la salida, muchas personas se dirigían a los mercados a comprar los ingredientes para preparar el desayuno: pan de Etna, chocolate con agua o con leche y los tradicionales guisos a base de tortilla de maíz: enfrijoladas, entomatadas o enchiladas, acompañadas de carne frita de pollo, cerdo o de res asada, llamada “tasajo”.

Los que podían pagar la educación o alcanzaban cupo en las escuelas públicas acompañaban a sus hijos a los escasos colegios que había en la ciudad. En ellos regía la separación de géneros, por lo que había escuelas para niños, como la Modelo, con Demetrio Navarrete de director; la Primera, de Marcial Martínez; la Segunda, de Espiridión Silva; o la Tercera, de Pedro Chagoya. Para las niñas funcionaban la Amiga Primera, dirigida por Dolores Ramírez; la Amiga Segunda, de Trinidad Moreno; la Amiga Tercera, de Aurelia González, y la Amiga Cuarta, de Sara Rodríguez. La mayoría de las mujeres oaxaqueñas no asistía a la escuela y aprendía en su casa a leer, escribir y las operaciones aritméticas elementales. También se les enseñaban trabajos manuales que fueran útiles en su futura vida de esposas y madres.

A las escuelas particulares asistían los niños de mediana y buena posición económica y social. Funcionaban la de Nuestra Señora de Dolores, de Juan de Esesarte; San Luis Gonzaga, de Francisco Barranco; La Divina Providencia, de Salvador Calderón; Sagrado Corazón de María, de Patricio Oliveros; la de Artesanos, de Eduardo Aguilar; Colegio de la Divina Providencia, de Soledad Salgado, y la de Nuestra Señora de la Soledad, de José A. Solaegui. Los mayores se dedicaban a sus labores: las señoras mantenían sus casas limpias y ordenadas; los señores, en sus empleos, obradores, despachos o comercios. Alrededor de las dos de la tarde todos los establecimientos públicos cerraban y la familia se reunía a comer. Muchos tomaban una siesta para regresar a sus labores de cuatro a siete u ocho de la noche. Las campanas de las iglesias volvían a sonar a la hora de rezar el rosario, lo que se hacía con la familia congregada (a la que se unía la servidumbre en las casas de posición acomodada). Después de una colación ligera, todos se iban a la cama entre nueve y diez de la noche.

La seguridad nocturna en las calles oscuras era mantenida por serenos que a principios del siglo XIX sólo iban armados de machetes, aunque luego recibieron carabinas. Los serenos gritaban

la hora y el estado del tiempo en su paso por las esquinas, en un recorrido que duraba toda la noche. En la zona comercial del centro de la ciudad había más vigilancia, gracias a una patrulla policial de voluntarios. También esta zona fue la primera en ser iluminada, en 1860, con faroles de aceite que colgaban de carretillas sostenidas por postes ubicados en las esquinas de las calles céntricas.

En cuanto al aspecto político, al terminar la guerra de Independencia en Oaxaca, la persona más significativa era el coronel Antonio de León, dueño de ranchos y rebaños de chivos en Huajuapán, donde su familia tenía gran influencia. De León inició su carrera militar en el bando realista, pero luego se volvió insurgente y partidario de Agustín de Iturbide, por lo que le correspondió proclamar la Independencia de Oaxaca en la villa de ETLA el 30 de junio de 1821.

Dos años más tarde, De León se pronunció contra el imperio de Iturbide, apoyó el federalismo y proporcionó respaldo militar a las autoridades civiles, lo cual hizo posible el rápido triunfo del federalismo en nuestro estado y su capital. Don Antonio de León encabezó un grupo formado por las familias más importantes de la ciudad, como los Murguía, López Ortigoza, Iturribarría, Manero Embides, Ramírez de Aguilar, Mantecón, Guergué, Bustamante y otras. Estas familias actuaban de acuerdo con Antonio de León para conservar su posición social y afirmar su predominio político después de la caída del sistema colonial y el Primer Imperio iturbidista. Validos de sus conexiones familiares y comerciales dentro de la élite misma, buscaban preservar la independencia que habían ganado del gobierno central y hacerla oficial por medio de nuevas formas de representación regional y el autonombamiento como diputados, concejales, gobernadores o cualquier otro puesto público que les permitiera conservar su poder económico y político.

El coronel Antonio de León fue, para esas familias oaxaqueñas, no sólo un símbolo de legitimidad, sino el instrumento para

imponer su autoridad frente a la desaparición del sistema colonial. La actuación política de la élite oaxaqueña a principios del siglo XIX significó un fuerte rechazo al absolutismo colonial y, al mismo tiempo, al centralismo impuesto por el grupo político de la ciudad de México, fuese por medio del Imperio o del Congreso Constituyente que reclamaba plenitud de soberanía.

En Oaxaca, como en otras entidades de la naciente República mexicana, las élites trataban de formar una estructura institucional regional integrada por senadores, diputados, magistrados y administradores, de preferencia nacidos en los propios estados. De esta manera se representarían a sí mismos y su posición quedaría garantizada por el apoyo de sus respectivas fuerzas militares.

Cuando el coronel De León llegó a la gubernatura del Estado, nombró secretario del despacho a don Benito Juárez, quien ya había pasado por otros puestos públicos de mediano nivel y continuaba su aprendizaje político.

Juárez, desde su nuevo puesto, empezó a llevar a la práctica el bagaje teórico que le habían dado el Seminario de la Santa Cruz y el Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca, con sus propuestas teológicas y científicas. Esto le permitió tener una visión clara de las grandes luchas que se avecinaban para liberar a la república de los problemas que la agobiaban y sacarla de su condición de sometimiento a una doctrina católica mal entendida y peor aplicada.

II. MARGARITA MAZA Y BENITO JUÁREZ. SUS INICIOS

Quién mejor que alguien en quien se entrelaza el origen indígena, quién más que el escritor cuya historia, cien años después, certifica el centenario de su propio nacimiento. Andrés Henestrosa es uno de esos hombres que han seguido la trayectoria juarista y que tiene como eje las tradiciones del pueblo en su vida. Es el autor ideal para el alegato histórico capaz de dibujar a Juárez en esta etapa de su encuentro con la mujer que cambiaría su existencia:

“¡Margarita! Esta corbata...” Es la corbata de moño, de mariposa o de dos alas que el indio no sabe anudar. Es Margarita Maza, la abnegada Margarita Maza. Es Benito Juárez que no sabe manejarse entre esos aditamentos occidentales, siendo que es descendiente de orfebres, de orífices, de joyeros de portentosa habilidad y pericia manual.

Y Margarita Maza acude solícita y le anuda la corbata en un santiamén, no sin decirle: “¡Qué inútil eres, señor Juárez!” Y la voz de la mujer lo envuelve, lo pacifica, lo devuelve a su niñez montañesa cuando, pastor de ovejas, todavía no asomaba a su mente la idea de abandonar el pueblo y el lago de su pueblo. Su grandeza se humilla, claudica su voluntad ante la presencia de la esposa que lo salva de aquel cotidiano trance. Están el uno frente al otro, los ojos en los ojos. Juárez, con ser de baja estatura, aparece gigante ante los ojos de Margarita. Ella, con ser más alta, está al nivel de su pecho, que era donde ella quería estar: a la altura de su corazón.¹

¹ Andrés Henestrosa, *Flor y látigo. Ideario político liberal* de Benito Juárez,



Benito Pablo Juárez García, presidente de la República de 1856 a 1871 y esposo de Margarita.

Por su parte, otro seguidor de la vida de Juárez y su esposa, Carlos Velasco, escribe: “dos huérfanos unidos por el destino”, fueron una pareja tan amorosamente acoplada, tan compenetrada de las mismas ideas, que él compartía con ella sus penas y alegrías, los asuntos de Estado, sus cuestiones económicas; ella siempre estuvo a la altura de la gran figura que era su esposo, “hombre con un carácter de una pieza”.

Benito Juárez García, hijo de Marcelino Juárez y Brígida García, campesinos zapotecas, nació el 21 de marzo de 1806 en la localidad de San Pablo Guelatao, en el estado de Oaxaca. Quedó huérfano en 1809 y al cuidado de sus abuelos paternos, junto con sus hermanas María Josefa y Rosa. Su hermana menor, recién nacida, María Longinos, iría a vivir con su tía Cecilia García. Tras fallecer sus abuelos, Benito se trasladó a vivir con su tío Bernardino Juárez, y fue con él con quien aprendió el laboreo y las tareas campesinas. Su tío le enseñó, además, a leer el castellano, considerado esencial para prosperar económica y socialmente.

En 1818 Benito decidió establecerse en la capital de Oaxaca por la necesidad de completar su formación. Así, con doce años, se escapó de casa y se mudó con su hermana María Josefa, cocinera en la casa de la familia Maza. Durante esta etapa, gracias a su hermana y a la familia a la que servía, Benito consiguió ampliar sus estudios y vivir algunos años de estabilidad. Después el adolescente zapoteco trabajó de mozo con el sacerdote Antonio Salanueva, con quien aprendió el oficio de encuadernador, lo que le permitió ensanchar su horizonte cultural mediante la lectura, en el taller, de autores como el latino Plutarco o el español Feijoo. El 18 de octubre de 1821 –año en que México declaró su independencia–, con todo este bagaje intelectual, Juárez ingresó en el seminario

México, Colsan/UABJO/UJAT/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Red de Investigadores para el Bicentenario del Natalicio de Benito Juárez, 2005.



Fachada de la que fue casa de la familia Maza, ubicada en la calle de Dolores, conocida también como de Santa Lucía, por ser la salida oriente hacia dicho poblado. Actualmente, calle de Independencia 1306, lado norte del templo de la Merced. Oaxaca, México.

oaxaqueño de la Santa Cruz, con el propósito de ordenarse sacerdote. Ahí concluyó el bachillerato en 1827, pero como alumno externo del seminario tuvo la posibilidad de continuar visitando a su hermana en casa de los Maza, ubicada en la calle de Dolores, conocida también como de Santa Lucía, por ser la salida oriente a dicho poblado (actualmente, avenida Independencia 1306, lado norte del templo de la Merced).

A Benito Juárez le tocó vivir los primeros años de la naciente República, creció con ella, ya que en 1821 apenas había concluido la guerra de Independencia, y en los diez años siguientes las facciones políticas trataban de organizar un régimen que diera estructura a la recién lograda emancipación. Entre las medidas tomadas por los primeros regímenes republicanos, estuvo la expul-

sión de algunos españoles que habían apoyado al gobierno virreinal —entre ellos, a muchos profesionales, como médicos, abogados, contadores, sacerdotes o burócratas que hacían posible el funcionamiento del aparato administrativo de la Nueva España.

Por falta de personal capacitado para hacer funcionar el aparato administrativo de la naciente República, a partir de 1925 se empezaron a crear en los diferentes estados de la confederación los institutos de educación superior que trataron de formar, con urgencia, a los profesionales requeridos por la administración pública y las necesidades de la población. Las carreras que más se impulsaron fueron las de derecho, medicina y contaduría. En general, los organizadores, directores y docentes que hicieron posible estas fundaciones fueron clérigos, de diferentes niveles, regulares o seculares, pues eran los que poseían el saber acumulado por las instituciones religiosas a través de varios siglos.

Estos clérigos eran de ideas liberales, ya que esa corriente de pensamiento estaba cambiando los aspectos fundamentales de la vida social y económica en los países europeos que tenían más comunicación con México. Tal vez esos religiosos buscaban no perder la influencia que la Iglesia tenía en la vida de las comunidades bajo su control, pues veían que las nuevas ideas cambiarían el papel que había desempeñado la iglesia, lo que al final sucedió. Los clérigos, de una u otra manera, consiguieron, sin embargo, permanecer entre las élites que detentan el poder hasta nuestros días.

El 28 de marzo de 1826 nació Margarita Eustaquia Maza Parada, en el hogar que en la ciudad de Oaxaca habían formado don Antonio Maza, rico italiano dedicado a la industria de la grana, con su esposa, la oaxaqueña Petra Parada de Maza. Margarita fue la menor de cuatro hermanos: Manuel, el primogénito; Juana, que fuera esposa del licenciado Manuel Dublán, y José, el confidente y gran amigo de Benito Juárez. La hija menor de los Maza Parada fue bautizada al día siguiente con el nombre de Margarita



Fotografía del libro de Bautizos número 74 (setenta y cuatro), a fojas 175 (ciento setenta y cinco) se encuentra asentada la partida 226 (doscientos veintiséis) a nombre de Margarita E.: “En la ciudad de Antequera Valle de Oajaca a veinte y nueve de Marzo de mil ochocientos veinte y seis. Yo el Sacerdote bauticé solemnemente a Margarita Eustaquia Exp^{ta}. a D. Antonio Masa; nació el día anterior fue Padrino D. Gabriel Pardo le amonesté su obligación y lo firmé con el S. C. S. Luis Castellanos. Firma. Manuel Figueroa Cerqueda”.

Eustaquia. Su fe de bautizo se encuentra en el Sagrario metropolitano de la ciudad de Oaxaca, en el libro 74, partida 226.

La familia Maza ocupaba un lugar distinguido en la capital de Oaxaca, y Margarita se ganó el cariño de la gente por sus muchas cualidades, como el amor a la justicia, al prójimo y la caridad con los más necesitados. Desde pequeña ayudó en las labores domésticas y en los negocios de la familia.

Durante el siglo XIX la educación de las niñas comenzaba con la formación de buenos hábitos desde el hogar y mediante la familia, continuaba en la escuela y se complementaba con la influencia de rígidas costumbres que el medio imponía. Además, las niñas debían adecuarse a la educación que recibían en sus hogares, y después a la que provenía de sus esposos, ya que casi todas contraían matrimonio a temprana edad. La educación que recibió Margarita estuvo basada en los más altos principios de la moral cristiana y, aunque no asistió a la escuela, aprendió a leer y escribir, un privilegio entre las niñas de esa época. En su hogar aprendió quehaceres domésticos, labores manuales, como costura y bordado, además de música.

La situación familiar de la mujer y su desarrollo social, en la época de Margarita Maza, estaba muy influida por la moral victoriana que predominaba en Inglaterra y que se extendió a otros pueblos europeos, hasta llegar a Estados Unidos y a nuestro país. Los ingleses de toda condición comentaban con absoluta sinceridad los dogmas de fe y sus opiniones religiosas. Incluso el lord canciller Westbury admitió que se sentía “personalmente preocupado por el castigo eterno”.

Por otra parte, los problemas sexuales incomodaban tanto a los victorianos como las efusiones religiosas a los hombres de nuestro siglo. El sexo era para ellos materia diabólica y oficialmente había que combatirlo, mejor aún, negar su existencia, y sólo debía tolerarse en el matrimonio. La época victoriana tenía sed de rigor, de corrección, de dignidad; aspiraba a la estabilidad humana. Así, pues, el romanticismo, los sentimientos, las emociones, no provocaban sino desconfianza y desprecio.

La familia constituía la base fundamental del mundo victoriano, el baluarte de la propiedad, de la responsabilidad y de la respetabilidad. El padre era el genio tutelar de la familia, atento y consciente de sus responsabilidades, pero temible, irrefutable y cruel; la mujer, esposa y madre, humilde y sumisa, no tenía voz ni voto en el hogar sino para cuidar la casa y de los hijos.

En esta sociedad masculina, la protección moral de la mujer constituía la primera preocupación. La mujer se consideraba, en las clases altas, una criatura más angélica que humana y era preciso tener mucho cuidado con ella, aislarla y preservarla de cualquier tentación. La mujer debía someterse a la voluntad de su padre y luego de su marido, pues su reino era el hogar. Su destino era quedarse en casa y, como máximo, ver el mundo desde sus ventanas a través de los sólidos barrotes de la moral puritana. Luego veremos cómo afectó a Margarita Maza romper con estos moldes.

Una vez que las niñas se convertían en doncellas y estaban preparadas para formar una familia, los padres les buscaban esposo, de preferencia entre hombres maduros y adinerados, pues se consideraba que éstos podían hacerlas felices, según el criterio de la época. Una vez arreglado el matrimonio, no había forma de evitar esa unión. No fue el caso de Margarita, pues don Antonio Maza nunca le impuso nada y dejó que eligiera al hombre que la haría feliz y con quien formaría su hogar.

En 1826, por decreto del Congreso local se fundaba el Instituto de Ciencias y Artes del estado por hombres que sentían la necesidad de crear un centro de enseñanza liberado del dogmatismo religioso. En 1828, Juárez se inscribió en el Instituto para estudiar la carrera de abogado, y en 1830 la docta casa propuso a Juárez para profesor auxiliar. Aquel nombramiento seguramente le proporcionó la primera gran alegría de su vida, pues siendo aún estudiante, en 1831, fue designado regidor del Ayuntamiento de Oaxaca.

Benito Juárez, desde joven, incursionó en la política a sugerencia de su maestro Marcos Pérez. A causa de sus ideas avanzadas, se convirtió en objeto de comentarios y de escándalo por parte de la sociedad conservadora.

Margarita, educada en un hogar libre de prejuicios, seguía con admiración y abnegado fervor lo que hacía el indígena liberal, lo que se tradujo años después en un gran amor hacia él.

A principios de 1833 Juárez fue elegido diputado al Congreso del estado. Al mismo tiempo, don Isidro Reyes fue nombrado capitán de milicias y ayudante del comandante militar de la plaza, cargo con que defendió la ciudad de Oaxaca del ataque de las fuerzas del general Valentín Canalizo, jefe de la sublevación centralista. Fracasado el ataque y vuelta la normalidad, Juárez reemprendió sus labores académicas y de 1833 a 1835 desempeñó las cátedras de derecho canónico e historia eclesiástica.

Era abogado desde 1834, y ya titulado, en 1836, entró en el despacho del licenciado Tiburcio Cañas. Cuando fue nombrado secretario del Instituto, la vida se le presentó más holgada, pues le permitía seguir frecuentando a su hermana Josefa.

Mientras tanto, en el hogar de la familia Maza iba creciendo Margarita, a quien con frecuencia se veía sentada en un ángulo de la sala. Tejía, sin intentar levantar la mirada cuando los mayores hablaban. En esas conversaciones se entremezclaban cuestiones políticas y el nombre de Benito.

Para comprender mejor la significación de los logros de Juárez, hay que recordar que en esta época la población del estado, salvo en la ciudad de Oaxaca, era indígena pura, a la que se sumaban pequeños núcleos de mestizos y negros. La etnia más numerosa era la zapoteca, que ocupaba las zonas central y oriental del estado. En número les seguían los mixtecos, ubicados en la región occidental. Más reducidos en cuantía estaban los nahuas, mazatecos, chontales, zoques, mixes, chatinos, ixcatecos, ojitecos, cuicatecos, chinantecos, chochos, huaves, tacuates, triquis y amuzgos.

Cada grupo se subdividía en variaciones grupales que mantenían costumbres, indumentaria y lengua propias. Esta fragmentación cultural no permitía que el estado los integrara en los aspectos social, político y económico. A las autoridades estatales, ya fuesen liberales o conservadoras, les era imposible gobernar para toda la población. Se buscaba por diversos medios que las etnias apoyaran

a una u otra facción: se les reclutaba en los ejércitos liberales o conservadores, se les obligaba a formar cuadrillas de trabajo, además, saqueaban sus mínimos cultivos y escasas pertenencias, pues tenían que compartirlas con los soldados de los bandos en guerra.

En cuanto a las condiciones de trabajo de los indígenas, los enganchadores o habilitadores los reclutaban para trabajar por salarios miserables en fincas cañeras, cafetaleras, aserraderos o haciendas. Para asegurar sus servicios, el enganchador les adelantaba una suma que estaban obligados a liquidar con su futuro trabajo; se cuidaban de realizar esta contrata cuando el indio estaba muy necesitado o muy borracho. Ayudaban al enganchador en estos tratos venales funcionarios públicos y soldados despiadados que los arreaban a los centros de trabajo con pretextos como el de estar infectados de enfermedad contagiosa o achacándoles un robo. Estos usos continuaron durante la época porfirista.

Para las autoridades, el incumplimiento de un contrato no tenía perdón y quien dejase de cumplir con los términos, era detenido por la policía. El que escapaba del lugar de trabajo era severamente castigado por el capataz. Los indígenas tenían que resignarse a un estado de opresión y esclavitud permanente, eran una masa informe que sufrían colectivamente las penalidades de la explotación y el abuso. Trabajaban interminablemente, como bestias, y rara vez se les concedía la condición de seres humanos.

El hambre y las privaciones –con frecuencia debidas a las sequías y al consiguiente empobrecimiento de las tierras– eran temas repetidos en la vida de los indios. Para aplacar el hambre, se veían orillados a robar y emborracharse, a comer hierbas silvestres y restos de animales en estado de descomposición. Cuando la sequía se prolongaba, la tierra se volvía salina, estéril, y la población indígena era presa de hambre y enfermedades.

Por todo lo anterior, el indígena era adicto al alcohol, de cuyo consumo abusaba. En sus juergas alcohólicas los hombres descuidaban sus deberes domésticos y cívicos. Era común que

destilaban alcohol en alambiques clandestinos, práctica ilegal que con frecuencia provocó la intervención de la ley y el arresto de los transgresores.

La mala distribución de la tierra fértil o su carencia es hasta la fecha uno de los factores principales que retrasan el progreso de los grupos indígenas. Los indios respetan la tierra por ser fuente de subsistencia; la labran con amor y devoción. Cuando terratenientes rapaces decidían despojarlos de sus tierras, invariablemente recurrían a la ley, pero rara vez recibieron justicia. No importaba que hicieran numerosos y largos viajes para exponer sus problemas ante las autoridades civiles: nunca recibían atención. La justicia ladina era notoria por su crueldad y corrupción. Los ladinos influyentes manipulaban la ley para acomodarla a sus intereses.

El mundo indígena era una fusión compleja de magia, superstición y ritos paganos. Su religión es al mismo tiempo animista, panteísta y politeísta. Sus valores y creencias estaban imbuidos de cierta sabiduría nativa que abarcaba los elementos de la tierra y de la naturaleza. El transcurrir de la vida estaba animado por el nacimiento, el matrimonio y la muerte, ocasiones festivas y de práctica ritual.

Sus juegos y celebraciones son notables hasta hoy por su color, animación y alegría. Las devociones rayan en la idolatría y en tiempo de congoja y de desastre el indio asume el papel de creador de dioses; recurre a las imágenes de piedra y de barro para que lo protejan del peligro y del mal. Las creencias panteístas se expresan en su veneración a las piedras, los cerros, la tierra, ríos, lagos y manantiales. Con frecuencia la religión es un sincretismo de prácticas paganas y cristianas. El mundo indígena es un complejo de creencias mágicas y supersticiosas ininteligibles, quizá, para la mente “civilizada”. Benito Juárez abandonó esa condición y luego trató de cambiarla en el país entero en todas las fases de su vida pública.



Fachada principal del templo de San Felipe Neri en Oaxaca, monumento colonial realizado en cantera verde, data del siglo XVII y deja ver el estilo plateresco del siglo XVI, aunque el estilo de la construcción en general es barroco.



Altar del templo de San Felipe Neri, donde unieron sus vidas Benito Juárez García y Margarita Maza el 31 de julio de 1843.



Margarita Maza y Benito Juárez el día de su boda, acompañados por Josefa Juárez.

Margarita era una doncella de hermoso aspecto, inteligente y noble; esbelta, risueña, blanca, guapa moza, hacendosa y de una cortesía exquisita. En ella hubo un resplandor de bondad; conquistaba por su modestia, que la distinguió toda su vida. Juárez se enamoró profundamente de la primorosa Margarita que había crecido ante sus ojos como una flor; también admiraba su clara inteligencia y su dulce carácter. Así nació aquel único y gran amor que enlazó sus vidas. Juárez contaba con treinta y siete años de edad, era de finas maneras y elegante vestir. Ostentaba el cargo de juez de primera instancia de lo civil y de hacienda en el estado de Oaxaca cuando contrajo matrimonio con Margarita, doncella de diecisiete primaveras, en el templo de San Felipe Neri, el 31 de julio de 1843.



En el archivo de la parroquia del Sagrario Metropolitano de Oaxaca se encuentra el libro número 26 (veintiséis) de Matrimonios que en la foja número 31 (treinta y uno), está asentada la partida 73 (setenta y tres), la cual dice textualmente: “En la capital del departamento de Oajaca a treinta y uno de Julio de mil ochocientos cuarenta y tres. Propuestas por el Juscado Eucarístico, las diligencias que el Sto. Concilio dispone para el Matrimonio que pretende contraer el Sr. Juez Don Benito Juárez, Natural de San Pablo Guelatao, y vecino de esta Ciudad mucho tiempo há, Soltero de treinta y siete años de edad, hijo legítimo de Don Marcelino Juárez y de Doña Brígida García; con Doña Margarita Masa, natural y vecina de esta ciudad Doncella de dies y siete años de edad, hija legítima de Don Antonio Masa y de Doña Petra Parada. Dispensadas por el Sr. Provisor y Vicario General de este Obispado Lic. Don Francisco María Chazari las publicadas que debían hacerse en esta Ciudad, y en la Parroquia de Ixtlán, por justas causas que para si S. Sria, reservó, y no resultando de las demas diligencias del Vicario General de este Obispado Lic. Don Francisco María de Chazani, después de recibidos los mutuos consentimientos que espresaron por palabra de presente bastantes a hacer legítimo y verdadero matrimonio los vinculo in facie euq. y confirmo las bendiciones nupciales de Nuestra Santa Madre Iglesia en la de San Felipe Neri de esta Ciudad, siendo testigos de estos actos , Don Juan Jose Serrano y el Lic. Don Juan Serrano. Y lo firmé.— firma: Juan José Ruis”.

En referencia a esta unión, un cronista de la época escribió: “Buena moza ella; el novio, en cambio, es de estatura menos que mediana, de facciones fuertemente pronunciadas, manos y pies pequeños, color cobrizo, ojos negros, mirada franca, carácter poco comunicativo”. Este matrimonio rompió con un mundo de prejuicios raciales, compromisos económicos y situaciones desiguales. Margarita se acostumbró a respetar y admirar la firmeza de los principios liberales de su esposo, a no interferir ni contrariar el sendero de su vida pública y a cuidar la estabilidad de su hogar.

Al casarse, Margarita aceptó la responsabilidad que implica ser una auténtica compañera. Ella y su marido compartieron un profundo amor, con una clara identificación de ideales patrióticos e intereses que ella supo distinguir y manejar perfectamente. Siempre comprendió cuáles eran los anhelos de su esposo.



III. DOÑA MARGARITA Y DON BENITO INICIAN SU VIDA EN COMÚN

De Margarita se destaca su modestia y su comprensión como esposa, lo que de muchas maneras cumple el ideal de aquella época que elogia la conocida frase: “Detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer”. Y Margarita sí que lo era, pues su fortaleza, patriotismo y valentía, patentes en sus cartas y en su arriesgada vida al lado de Juárez, dejan ver que superó en mucho la estrecha condición impuesta a las mujeres del siglo XIX.

Margarita no era una mujer que temiese a la lucha política cuando estaba inspirada en el desinterés y la honorabilidad. Prueba de ello es que es la primera mujer que figura, dentro del panorama histórico y político de México, como colaboradora en la obra del presidente electo, con una actitud propia. Al respecto, el maestro Vicente Sáenz nos dice:

Fue la colaboradora más fiel de la obra de Juárez, su más adicta y amorosa compañera, su amiga más leal en las horas de infortunio, ya que le ofreció apoyo moral a las leyes que él expidió, las cuales modificaron la actitud de un pueblo.

Margarita representa el trasmundo iluminado de Juárez, donde el hombre, abatido por la adversidad, exiliado, perseguido y calumniado, encontraba siempre la respuesta cordial, la frase comprensiva, el aliento para proseguir, ya que no estaba sólo y contaba con esa actitud inteligente que tienen los ideales compartidos.

“Margarita me conoce” era la frase reiterada de Juárez y apenas cabe suponer que sin esa participación, sin ese amor que lo acompañó

durante toda su vida –porque Juárez amó a Margarita desde el día que nació–, hubiera sido el hombre que fue.¹

Siempre mostró apoyo incondicional a su esposo, estaba pendiente de los acontecimientos y movimientos políticos del país y compartió con él las penas y amarguras que el destino puso en su camino. Admiró y amó fervorosamente a Juárez, ayudándolo a forjar su camino y a llevar a cabo sus proyectos. En la prosperidad siempre se mostró serena y modesta; en las más terribles adversidades, abnegada y activa.

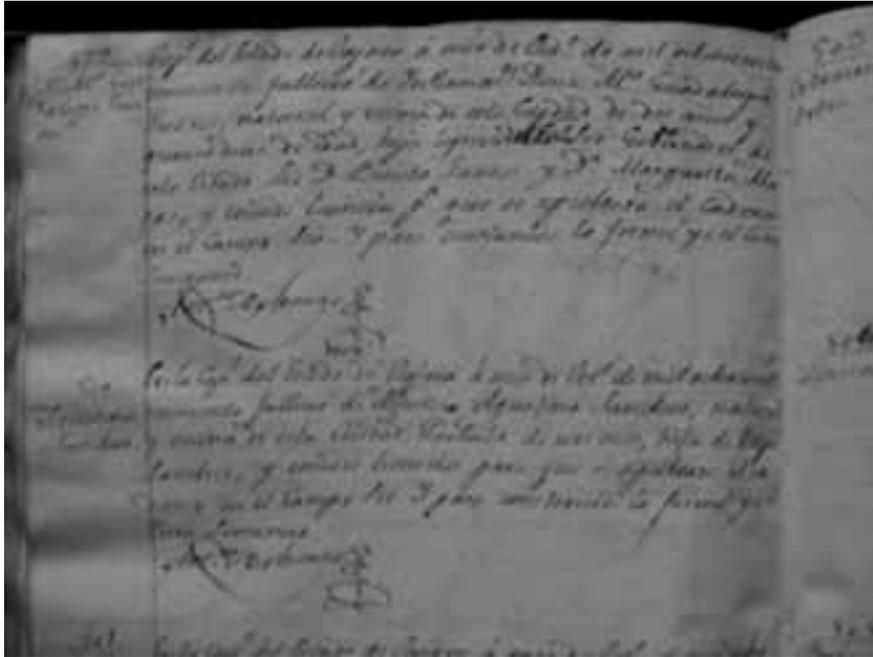
Su influencia en la vida de Juárez fue determinante. Ella lo libró de las preocupaciones domésticas, y el hombre de Estado descansó en su esposa todo lo relacionado con la educación e instrucción de sus hijos. Siempre constante, inteligente y tierna al lado de Juárez, fue la compañera inseparable del forjador de la Reforma y protector de nuestra nacionalidad, con íntima solidaridad, templanza y ternura, “construyendo juntos un país nuevo, sobre el México desorganizado y caótico de ese tiempo”,² siempre tuvo una palabra de consuelo para todos los dolores, la frase de esperanza para todas las decepciones y el bálsamo para todas las heridas.

Al año siguiente de su enlace matrimonial, llegó al mundo Manuela, su primogénita. Dos años después nació Margarita. En 1847 Juárez llegó a ser gobernador de Oaxaca, y en 1848 resultó reelecto para un periodo de cuatro años. Esto trajo gran regocijo a la familia Juárez y vino a complementarse con el alumbramiento de Felicitas.

El 27 de octubre de 1848 vino al mundo María Guadalupe, quien falleció dos años después, y Margarita sufrió un rudo golpe; estaba inconsolable. Juárez se resignó a la pérdida y en silencio llevaba su dolor. Él mismo, en *Apuntes para mis hijos*, narra este acontecimiento:

¹ Vicente Sáez, en prólogo de *Apuntes para mis hijos*. Benito Juárez, Cronos, México, 1955, p. 8.

² *Op. cit.*, p. 10.



Libro número 38 de defunciones, que se encuentra en el Archivo del Sagrario Metropolitano de Oaxaca, y ubica en la partida número 492 el acta de defunción de doña María Guadalupe que a la letra dice: “Capital del Estado de Oajaca à nueve de octubre de mil ochocientos cincuenta falleció de Inflama” Doña María Guadalupe Juárez. Natural y vecina de esta ciudad de dos años y quince dias de edad, hija legítima del Señor Gobernador del Estado Lic. Don Benito Juárez y Doña Margarita Masa y concedí licencia para que se sepultara el cadáver en el campo Santo. Y para constancia lo firmé yo el cura Semanero.— firma: Antonio Arango”.

En el año de 1850 murió mi hija Guadalupe a la edad de dos años, y aunque la ley prohibía el enterramiento de cadáveres en los templos, exceptuada la familia del gobernador del estado, no quise hacer uso de esta gracia y yo mismo llevé el cadáver de mi hija al Cementerio de San Miguel, que está situado extramuros de la ciudad, para dar ejemplo de obediencia a la ley que las preocupaciones nulificaban con perjuicio de la salubridad pública.

En este mismo año, la familia Juárez tuvo que vestir nuevamente el luto debido al deceso de don Antonio Maza. En 1850 nació la niña Soledad, y en septiembre de 1851 su hermana Amada, la que muy pronto habría de convertirse en la hija predilecta de su padre Benito.

La actitud de Juárez era congruente con la ideología liberal que había adquirido en sus estudios en el seminario, luego en el Instituto de Ciencias y Artes y en la Logia Masónica, a la cual pertenecía don Antonio Maza. Ambos llevaron a la práctica esas ideas liberales, que rigieron todos los aspectos de sus vidas. En el caso de Benito Juárez y su grupo, una vez en el poder concretaron sus ideas liberales en leyes que permitieron romper las ligas y dependencias que había tenido el poder con la Iglesia, así como los privilegios para algunas clases o grupos sociales.

Y es que las bases del pensamiento liberal en nuestro país son el racionalismo y el humanismo: el hombre como generador de la vida jurídica, separando de los influjos religiosos al individuo, la familia y el Estado. El liberalismo propone que la Iglesia no es una sociedad divina, sino una sociedad inferior al Estado, formada por la voluntad de las personas que se asocian con fines religiosos, como lo hacen para otros fines, como la ciencia, el arte o la instrucción, sin que lo religioso tenga preeminencia.

Como el liberalismo pone como base de la convivencia social la voluntad humana, a la que atribuye un poder absoluto, niega la existencia de un dios personal y creador, base de todas las iglesias, y a éstas las reduce a sociedades puramente humanas y, por lo tanto, sujetas a las leyes promulgadas por el Estado. El liberalismo proclama y practica la absoluta independencia o autonomía del hombre, tanto en el pensamiento y sus manifestaciones (libertad de pensamiento), en la religión y sus actos (libertad de cultos), en la sociedad y en sus leyes e instituciones (libertad en el pacto social), como en la familia (amor libre). Lo único que limita la voluntad y libertad individual es el acuerdo o pacto social median-

te el uso mayoritario democrático: la manifestación de la voluntad de la mitad más uno.

El liberalismo, al sostener que los hombres son absolutamente libres, supone asimismo que son absolutamente iguales, sin distinción entre lo esencial y lo accidental y, por lo mismo, entre los derechos innatos y los adquiridos. Por su libre voluntad se reúnen mediante un “pacto social” (Rousseau)³ sin que intervenga el imperio de la naturaleza o la ley moral. Lo único que manda, que ejerce el poder, es la voluntad colectiva manifestada de manera democrática.

Las luchas que en nuestro país se dieron entre conservadores y liberales, encabezados por Juárez y los hombres de la Reforma, se originaron porque éstos consideraban a la Iglesia católica una de tantas sociedades sometidas al Estado, con una subordinación de la sociedad eclesiástica y toda su jerarquía a la supremacía del poder civil. Así, la Iglesia perdía su carácter espiritual y sobrenatural.

Otra acepción del término liberalismo es el económico. A finales de la Edad Media, los señores feudales habían tenido que agruparse en conjuntos cada vez más grandes para hacer frente a los cambios en las comunicaciones y en la producción, que se dieron por el aumento de la población. Se fueron formando los cimientos de las naciones modernas bajo el efecto de un fenómeno económico que en cien años cambió todo el orden sociopolítico: la Revolución industrial. La aplicación de técnicas mecánicas a la producción de los bienes de consumo que requería la población en aumento determinó nuevas formas de vida y trabajo.

La tierra cedió a la fábrica y al comercio el primer puesto como fuente de riqueza. La riqueza de la tierra, ligada a las prerrogativas de sangre, fue sustituida por el capital industrial o comercial. La

³ Juan Jacobo Rousseau, “El contrato social”, en Du Peyron (comp.), *Obras completas*, t. III, Ginebra y París, 1782, p. 179.

burguesía, compuesta por personas que no pertenecían a la nobleza, pero que movían la actividad económica, se adueñó de los instrumentos de producción y se impuso a la aristocracia monárquica.

La fábrica sustituyó al taller o al obrador, y en lugar del artesano emergió el proletario que vende su trabajo por un salario. El artesano ya no se agrupó en gremios para defenderse de la competencia de otros artesanos; el obrero se agrupó en sindicatos para defenderse del capitalista.

Todos estos elementos constituyen el embrión de lo que sería el mercado capitalista moderno, regido por la iniciativa, la competencia, la oferta y la demanda, así como el origen de los grandes problemas político-sociales que llegan hasta nuestro tiempo. Tales condiciones ejercieron una fuerte influencia en todos los desafíos que enfrentaron Juárez y la generación de la Reforma.



Benito Juárez Maza.

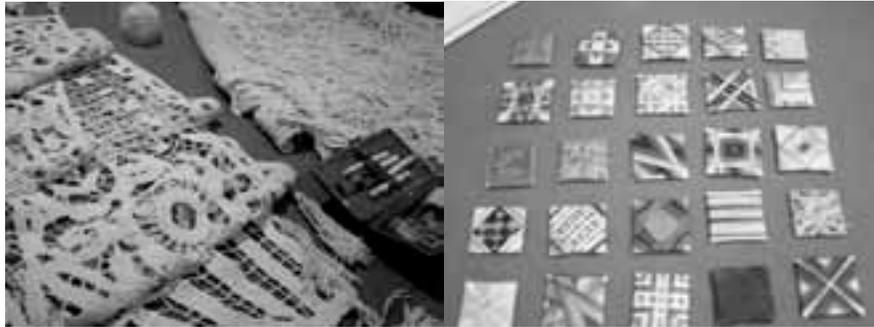
En 1852, Benito Juárez dejó la gubernatura de Oaxaca y, a partir del 12 de agosto de ese año, dirigió el Instituto de Ciencias y Artes. Se trasladó con su familia a radicar a la villa de ETLA, y el 29 de octubre de ese mismo año nació el primer varón de la familia, a quien bautizaron con el nombre de Benito. Inflexible ante los tiranos y los traidores, Juárez era de una dulzura cautivadora en el trato familiar, jugaba y reía con sus hijos, quienes tenían en él a un padre amantísimo.

Sólo diez años de aparente tranquilidad vivió el matrimonio

Juárez Maza. A causa de los constantes conflictos que se desarrollaron en el país, del regreso al poder de Antonio López de Santa Anna y del desmedido rencor que demostró el entonces gobernador de Oaxaca, Martínez Pinillos, contra Juárez, éste fue perseguido y aprehendido el 27 de mayo de 1853. Enseguida fue remitido a Jalapa, Jonacatepec, Perote y Huamantla, de donde fue trasladado como prisionero a San Juan de Ulúa. Ahí llegó el 25 de septiembre por órdenes de José Santa Anna, hijo del dictador. El 9 de octubre de 1853 el régimen dictatorial condenó a Juárez al destierro en La Habana, y más tarde, a la ciudad de Nueva Orleans (Luisiana), donde Juárez trabajó como obrero tabacalero y se integró al círculo de exiliados que incluía a Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga y otros liberales.

Con la separación física del matrimonio comenzó el sufrimiento y el calvario de doña Margarita, ya que el 25 de octubre de 1853 sufrió la pérdida de Amada, su hija más pequeña, quien murió de tristeza por la ausencia de su padre. Margarita se quedó en México en lamentable situación económica; corría peligro, pues el general José María Cobos, encargado del poder militar en Oaxaca y enemigo de las ideas de Juárez, decidió perseguirla. Embarazada y con hijos pequeños iba de un lugar a otro por la entidad, con miedo a ser tomada como rehén. Este peregrinar es la mejor prueba de su grandeza de espíritu, valor, entereza y fortaleza de carácter: aunque estuvo sin la compañía de Juárez, permaneció unida a él por medio de sus enternedoras cartas.

Con la ayuda de su hermano José y dos arrieros al servicio de su compadre Miguel Castro, Margarita salió de Oaxaca burlando el asedio del enemigo, con rumbo a la hacienda Santa Anita, situada al norte de Tlacolula. Al no sentirse segura allí, continuó su camino hacia la hacienda minera Cinco Señores, del distrito de Ixtlán, donde permaneció tres meses, y otro más en Santa Gertrudis, hacienda cercana a Talea, del distrito de Villa Alta, propiedad del señor Castro, quien le dio albergue y la libró del enemigo.



Como la mayoría de las mujeres de la época, Margarita Maza aprendió a confeccionar prendas de vestir, como camisas y corbatas para su marido y ropa para sus hijos, como aquellas que servían para decorar su hogar. Pero al estar su marido en el exilio, esta habilidad en las labores manuales le sirvió también para proveer el sostén de su familia. A la derecha: hermosos bordados elaborados a mano por doña Margarita Maza de Juárez. A la izquierda: forma en que Margarita Maza guardaba sus hilos. (Recinto Juárez en Palacio Nacional).

Después de algunos meses de permanencia en la sierra y de haber librado un sinfín de peligros, la señora de Juárez retornó a Oaxaca, donde, con la ayuda de Ignacio Mejía, estableció un tenedjón que ella misma atendía. En él vendió bordados delicadísimos, con lo que no sólo procuró la manutención de sus hijos, sino que enviaba recursos económicos a su esposo.

Esta ayuda la llevaba su hermano. Los problemas políticos en Oaxaca empeoraron, y el gobernador Martínez Pinillos, tras violar la correspondencia, se dio cuenta de que José estaba en contacto con Juárez y recibía instrucciones desde Nueva Orleans, por lo que decidió encarcelarlo. Mientras tanto, Juárez trabajó en lo que pudo, cambiando a menudo de ocupación, hasta conseguir un salario estable en la fabricación a destajo de cigarros puros en aquella localidad.

En enero de 1854, en medio de angustias, malas noticias y necesidades económicas, nacían en Etna las gemelas María de Jesús

y Josefa. Este mismo año comenzó la Revolución de Ayutla, que triunfó en 1855. Después de dos años de destierro, Juárez viajó de Nueva Orleans a Panamá y luego a Acapulco para unirse a las fuerzas del general Juan Álvarez, quien al poco tiempo asumía la Presidencia de la República por acuerdo del consejo de Cuernavaca, en el que Juárez fue nombrado ministro de Justicia, Instrucción Pública y Negocios Eclesiásticos.⁴ Para desempeñar este cargo, el oaxaqueño se instaló en la ciudad de México.



María de Jesús, José
y María Josefa Juárez Maza.

Doña Margarita, al tener noticias del retorno de Juárez, preparó su viaje a la capital, adonde llegó a mediados de octubre de 1855 para unirse a su esposo, pero a finales de ese año estalló la rebelión clerical en la ciudad de Puebla, que luego se extendió hasta Oaxaca. El presidente Comonfort nombró entonces a Benito Juárez gobernador de su estado natal, cargo del cual tomó posesión en enero de 1856. Este nombramiento propició que la familia Juárez Maza volviera a reunirse después de tres años de separación. Durante ese periodo ocuparon la casa ubicada en la actual esquina de avenida Hidalgo con la calle 20 de Noviembre, en la ciudad de Oaxaca.

Después de que Juárez logró controlar la rebelión en Oaxaca, se restauró la paz y la estabilidad en el estado. En esa época vino al mundo el décimo hijo de los Juárez Maza, bautizado con el nombre

⁴ Cuando desempeñaba este cargo, expidió la Ley Juárez el 23 de noviembre de 1855.



A la izquierda: casa ubicada en la villa de Etila, Oaxaca, en la esquina de las calles de Hidalgo y Porfirio Díaz, perteneció a don Antonio Maza, quien antes de morir la heredó a su hija Margarita. A la derecha: placa colocada en dicha casa por el Partido Revolucionario Institucional en febrero de 1957.

de José, segundo varón de la familia y en quien Juárez pondría todo su amor y esperanzas. Pero la felicidad de la familia se vio ensombrecida con el deceso de la señora Petra Parada.

En 1857 Juárez fue elegido, por voto directo de los pueblos de Oaxaca, gobernador del estado al amparo de la Constitución recién promulgada, y en junio de ese mismo año, presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Tenía que tomar posesión hasta



A la izquierda: casa en la ciudad de Oaxaca donde vivió don Benito Juárez al promulgar, como gobernador del estado, la Constitución local de 1857. A la derecha: placa de bronce colocada en la fachada oriente de la casa antes citada el 22 de marzo de 1906, para celebrar el centenario del natalicio de Benito Juárez.

el 1 de diciembre, pero a fines de octubre el Congreso Constituyente se reunió y nombró a Juárez ministro de Gobernación, por lo que partió a la ciudad de México para ejercer el cargo. Esta vez Margarita no lo acompañó: se quedó en Oaxaca al cuidado de la familia.

Más tarde se efectuaron elecciones generales. A partir del 1 de diciembre Comonfort fue electo presidente constitucional y Juárez presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba el carácter de vicepresidente de la nación. El 17 de diciembre el general Félix Zuloaga, de acuerdo con Comonfort, proclamó el Plan de Tacubaya, que pedía la anulación de la Constitución de 1857 y la convocatoria a un Congreso que elaborase una nueva ley suprema. Como Juárez se opuso a ese golpe de Estado, fue aprehendido. Se le dio como prisión el Salón de Embajadores de Palacio Nacional.

Mientras tanto, Margarita huía de José María y de Marcelino Cobos, a quienes se había unido Moreno. Nuevamente recorrió el territorio estatal en busca de un refugio seguro para ella y sus pequeños hijos, pues el odio de los conservadores alcanzaba a su familia. De regreso a la capital fue recibida con gran alegría por sus amistades.

Ignacio Comonfort fue desconocido. Abandonó la Presidencia y se retiró a Estados Unidos, no sin antes poner en libertad a Juárez, quien lanzó un manifiesto a la nación, en el que declaraba que, conforme a la Constitución y a falta de presidente, asumía el Poder Ejecutivo. Pero como los reaccionarios se apoderaron de la capital, se trasladó a Guanajuato, donde estableció su gobierno el 19 de enero de 1858 bajo la protección del gobernador de esa entidad, don Manuel Doblado. Posteriormente, debido a la ofensiva lanzada por los conservadores, Juárez se vio obligado a retirarse a Guadalajara, donde estuvo a punto de ser fusilado junto con sus ministros por un batallón sublevado. Es fama que se salvaron gracias a la energía y el valor de don Guillermo Prieto. Después el gobierno liberal se retiró a Colima, y luego a Manzanillo



El 17 de diciembre el general Félix Zuloaga, de acuerdo con Comonfort, proclamó el Plan de Tacubaya que pedía la anulación de la Constitución de 1857 y la convocatoria a un Congreso que elabora una nueva ley suprema. Como Juárez se opuso a ese golpe de Estado, fue aprehendido, dándole como prisión el salón de Embajadores de Palacio Nacional. Al centro de la puerta está colocada una placa que dice: “Aquí estuvo preso en 1857, por haberse opuesto al golpe de Estado, Benito Juárez, entonces vicepresidente de la República y ministro de Gobernación”. México, D. F.

para embarcarse a Panamá y continuar hasta Veracruz, donde por fin se estableció.

La situación política, tanto nacional como internacional, era grave. Los partidos políticos luchaban entre sí y los enfrentamientos eran constantes. Juárez necesitaba un apoyo moral, y Margarita lo sabía. Por ello, junto con sus hijos y su hermano José, emprendió un peligroso viaje atravesando la actual Sierra Juárez, para llegar al lado de su amado esposo. Más de dos años de desesperanza vivieron los esposos Juárez en el heroico puerto jarocho. Sus hijos gozaron con los tumbos del mar y padecieron el estruendo de la metralla y el ir y venir de las tropas en los fortines.

En Veracruz Juárez sufrió el ataque del ejército de Miguel Miramón, que desde febrero era presidente de la República por parte de los victoriosos conservadores.

El general conservador Leonardo Márquez venció a Santos Degollado en Tacubaya e impuso al vencido el apodo de *General de las Derrotas*, pero el propio Márquez se ganó el título de *Tigre de Tacubaya* por haberse dado el gusto de matar a heridos y médicos del bando contrario. Estos acontecimientos y la indignación liberal llevaron a que Juárez considerase que la única salvación era expedir las Leyes de Reforma,⁵ las cuales estipulaban la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el cierre de conventos, el matrimonio y el registro civiles, la secularización de los cementerios, la libertad de cultos y la reducción de festividades religiosas.

Margarita y su esposo nuevamente pusieron el ejemplo al acatar las leyes, pues al nacer Francisca, su acta fue la primera inscrita en el Registro Civil, con fecha 1 de octubre de 1860. Por otro lado, debido a los continuos enfrentamientos, ambos partidos carecían de dinero, por lo que buscaron ayuda del extranjero: los conservadores en Europa y los liberales en Estados Unidos.

⁵ Estas leyes estuvieron vigentes del 12 de julio de 1859 al 5 de diciembre de 1860.

Los seguidores de la causa liberal derrotaron a las fuerzas conservadoras a finales de 1860, por lo que en enero de 1861 Juárez volvió a establecer su gobierno en la ciudad de México, organizando un nuevo gabinete y disponiendo que fueran expulsados del país los ministros de España y de Guatemala y el delegado apostólico, por inmiscuirse en asuntos de la nación mexicana y haber ayudado a los conservadores.

En ese mismo año de 1861 Juárez fue elegido presidente constitucional. Para afrontar el caos financiero provocado por la guerra, tuvo que suspender temporalmente los pagos, incluso los de la deuda externa. Esto ocasionó que Francia, España y Gran Bretaña se unieran para exigir el pago, y como medida de protesta las tres naciones desembarcaron tropas en Veracruz. Mientras tanto, en las habitaciones de Palacio Nacional, Margarita estaba intranquila, nerviosa y apesadumbrada. Pocos fueron los días de sosiego desde aquella mañana alegre en que se casara con Benito. Ni cuando su esposo fue gobernador de Oaxaca, ministro o presidente de la República, tuvo Margarita un solo día de tranquilidad.

Juárez alcanzó acuerdos con Gran Bretaña y España, que retiraron sus tropas de México, pero los franceses se mantuvieron en el país y tomaron la capital. Así comenzó una nueva guerra, la conocida como Intervención francesa. En abril de 1862, México recibió el primer ataque de los franceses en el Fortín, Veracruz, pero el 5 de mayo siguiente el ejército mexicano triunfaba sobre los soldados de Napoleón III.

El panorama mexicano era sangriento y la primera dama de México cumplió con sus funciones filantrópicas, pese a las penurias de aquellos años. Al confirmarse la guerra con Francia, doña Margarita presidió una junta de señoras con el fin de reunir fondos para los hospitales. Además, en unión de la esposa del ministro de la Guerra y de sus hijas mayores, calladamente se apresuró a hacer hilas y vendas, así como a formar comités de damas en Puebla, Toluca y otras ciudades importantes de la República que

se asociaron en la tarea humanitaria de restañar sangre y curar heridos. La señora de Juárez también organizó funciones de teatro, cuyos fondos estaban destinados a las víctimas de la guerra de Intervención: los heridos y familiares de los soldados muertos.

El 23 de mayo de 1863, Manuela, hija mayor del matrimonio Juárez Maza, unió su vida en matrimonio a la de Pedro Santacilia, quien desde años atrás había sido secretario del presidente Juárez y amigo de la familia. Como el gobierno carecía de elementos para resistir en México, Juárez decidió trasladar las instituciones republicanas a San Luis Potosí, el 31 de mayo de 1863.

Dueños de la capital los franceses, su jefe, el mariscal Forey, publicó un manifiesto en el que, pese a atacar el gobierno de Juárez, prometía mantener las Leyes de Reforma, lo que disgustó mucho a los conservadores. Forey nombró una Junta Superior de Gobierno compuesta por 35 personas, quienes eligieron a los encargados del Poder Ejecutivo: generales Juan N. Almonte y Mariano Salas, junto con el arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Los tres decidieron inmediatamente que la nación mexicana adoptaría la monarquía como forma de gobierno y que la corona sería ofrecida al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, quien aceptó y fue coronado emperador de México en 1864 con el nombre de Maximiliano I. Juárez trasladó entonces su capital al norte del país y prosiguió la resistencia militar.



Manuela y Pedro Santacilia unieron sus vidas en la capilla de San Antonio en la ciudad de México.



Margarita Maza de Juárez.

El 22 de diciembre de 1863 Juárez salió de San Luis hacia Saltillo, adonde llegó en enero de 1864. Según Obregón Santacilia, ahí nació Antonio, el último de sus hijos.⁶

De Saltillo, Juárez prosiguió su camino a Monterrey, donde fue recibido con grandes honores el 3 de abril de 1864. Su estadía allí fue muy corta. Sin embargo, durante ese periodo nació en el Palacio de Gobierno la primera nieta de los Juárez Maza, primogénita de doña Manuela y don Pedro, el 12 de julio de 1864. Mientras tanto,

Carlota y Maximiliano, apoyados por el partido conservador, habían desembarcado como emperadores de México desde el mes de mayo en Veracruz y entraron a la ciudad de México el 12 de junio.

⁶ Jorge L. Tamayo, *Benito Juárez, documentos, discursos y correspondencia*, “A las nueve y cuarto nació Antonio Juárez y Maza” escribió Juárez en su libreta de apuntes el lunes 13 de junio de 1864. El último de los hijos de don Benito vio la luz en la ciudad de Monterrey, en la casa que hoy tiene el número 1208 Poniente, de la calle Hidalgo, colonia Mirador, t. 9, p. 237.

IV. MARGARITA MAZA EN ESTADOS UNIDOS

La política y la guerra desplegaban ante el presidente Juárez graves problemas y contrariedades que culminaron con el ataque del imperialista Quiroga. Por ello, el oaxaqueño tuvo que enviar a su familia a Estados Unidos, específicamente a Nueva Orleans. Posteriormente, él mismo dejó la ciudad de Monterrey, el 15 de agosto de 1864, y se dirigió a Chihuahua, adonde llegó en octubre.

Durante el tiempo que la familia de Juárez permaneció en Estados Unidos, se hizo cargo de ella Pedro Santacilia, quien desempeñó en la vida de la familia Juárez Maza un importante papel. Había nacido en Santiago de Cuba el 24 de junio de 1826 y sus padres fueron Joaquín Santacilia Pérez, teniente de granaderos del ejército español, y doña Isabel Palacios y de Mena. Pedro vivió hasta los diez años en su ciudad natal y fue alumno del Seminario de San Basilio el Magno. Expulsado su padre de Cuba en 1836, Pedro hizo en España sus estudios de bachillerato.

En 1845 Pedro volvió a Santiago de Cuba, donde completó su educación y se dedicó al magisterio en el colegio Institución Cubana, dirigido por Juan Fach. Guiado por Luis Baralt, Santacilia se inició en el periodismo y formó parte del periódico *El Redactor*. Con José Joaquín Hernández y Francisco Baralt, emprendió la publicación de la revista *Ensayos Literarios*, en cuyas páginas se distinguió como poeta e historiador y ganó fama de hombre instruido y enérgico patriota.

Santacilia, de espíritu inquieto, no transigía con nada que significara doblegarse a la voluntad de los colonialistas. Por sus

actividades subversivas fue trasladado por vía marítima a La Habana y de ahí a España, como represalia por la búsqueda de la libertad de su patria. Vivió proscrito en Málaga, Sevilla, Córdoba y Granada. Dedicó la mayor parte del tiempo a estudiar el descubrimiento de América en los archivos españoles y escribió su poema heroico *Hatuey*. En marzo de 1853 escapó a Gibraltar y luego a Estados Unidos, donde se puso en contacto con la Junta Revolucionaria Cubana de Nueva York.

En 1855, Santacilia se estableció en Nueva Orleáns por necesidades comerciales de la empresa que formó con Domingo Goicurría, la cual tuvo que liquidar para brindar un apoyo total a Benito Juárez, a quien conoció en Nueva Orleáns y cuyos sanos propósitos, recto patriotismo e indomable energía de indio zapoteca habían cautivado. Más adelante se convertiría en hijo político del presidente mexicano al casarse con la joven Manuela en 1863. Con ella tuvo tres hijas: María, Margarita y Manuela. Al triunfar Juárez sobre el imperio, Santacilia lo acompañó en su llegada a la ciudad de México el 15 de julio de 1867. El autor cubano fue secretario particular de don Benito y siete veces diputado al Congreso mexicano.

Los acontecimientos obligaron a Juárez a una peregrinación a través del país. Otra vez la familia hubo de separarse. Margarita y sus hijos por un lado, Juárez por otro. Margarita viajó por rutas intransitables bajo el calor sofocante y el molesto polvo del camino; su carruaje iba cargado no sólo de maletas y bultos, sino de adversidades, amarguras, lágrimas y suspiros por la paz. Acompañaban a Margarita y a sus hijos unos leales que llevaban la orden de evitar en lo posible los poblados a fin de frustrar la captura por parte de los enemigos que andaban al acecho. El rumbo de la familia se mantenía en secreto.

Al llegar a Estados Unidos, Margarita tuvo que afrontar las restricciones migratorias que, desde entonces, ya incluían una serie de trámites burocráticos que servían para complicar el ingreso a ese país. Así pues, Margarita tuvo que firmar un “juramento” en que se

comprometía a no establecerse en esa nación de manera permanente ni atentar contra su gobierno o sus instituciones. Prestó juramento en la oficina del preboste de Nueva Orleáns con el texto siguiente:

Yo, Margarita Maza de Juárez, juro solemnemente que soy súbdita de México y que nunca me he hecho o he sido ciudadana de los Estados Unidos, por naturalización ni otra manera, ni he declarado mi intención de hacerme tal ciudadana; que nunca he sostenido ningún cargo político, ni votado en ninguna elección en los Estados Unidos ni realizado ningún acto que anule mi fidelidad a México.

Más aún, juro, que en tanto mi gobierno permanezca en paz con los Estados Unidos, no haré ningún acto, ni ayudaré, aconsejaré o consentiré que ningún acto sea hecho, ni ocultaré ningún acto hecho o por hacer que ayude, asista o conforte a alguno de los enemigos u opositores de los Estados Unidos o su autoridad al gobierno.

Jurado ante mí, este día de agosto de 1864.

Margarita Maza de Juárez.–
Samuel B. Orein.– Preboste Marshall.*

Margarita estaba apesadumbrada tanto por la desgracia de la patria como por verse obligada a otra separación de su esposo. En noviembre de 1864, Margarita llegó a Nueva York con su familia, y sólo entonces empezó a tener comunicación por medio de cartas que dejan ver el inmenso amor y ternura de Juárez hacia los suyos. En 1865 comenzaba un periodo adverso para Margarita y sus pequeños hijos, pues quizá debido al frío y a la mala alimentación murió a la edad de siete años el amado José; en agosto, Antonio, el más pequeño de los descendientes de Juárez, fue enterrado. Sólo tenía dos años.

Pedro Santacilia se hizo cargo de la familia Juárez Maza. La correspondencia entre él y don Benito, así como la de éste con su

* Benito Juárez, *Documentos y discursos*, selección y notas de Jorge L. Tamayo, Secretaría de Patrimonio Nacional, México, 1966, t. 9, p. 322.

esposa e hijas es muy significativa: muestra todos los aspectos sociales, políticos y afectivos que tuvieron que afrontar durante la separación, agravada por los acontecimientos militares y la lentitud de las comunicaciones.

Recordemos que la única forma de comunicación era el correo, de circulación muy lenta, agravada por la ocupación de gran parte del país por las tropas francesas. Benito Juárez carecía de información oportuna sobre la situación militar, los resultados de los combates que sostenían las tropas republicanas y sobre la situación angustiante que padecía su familia, pero sobre las preocupaciones que le causaban ambas situaciones, resplandece su amor hacia la esposa y los hijos. De parte de éstos destaca la contribución al logro de las metas cívicas que su padre se había fijado, al soportar con estoicismo las privaciones y dificultades que significa vivir en país extraño, y al disminuir cuitas y congojas, que casi no se mencionaban en la correspondencia a fin de no preocupar más a don Benito. Éste llevaba sobre sus hombros —y su familia lo comprendía muy bien— el terrible peso de no dejar perecer a la República. Algunas muestras de esta correspondencia perfilan el espíritu liberal y el acendrado civismo de la familia de don Benito, como los siguientes fragmentos de la correspondencia entre don Benito y Pedro Santacilia, que hablan de preparar la llegada de la familia a Monterrey y San Luis:

Diciembre 3 de 1863

[...] quedo enterado de que los mozos fueron pagados y de que los demás gastos y el valor de la mula muerta debo pagarlos al Sr. Larrache luego de que me pase la cuenta. Si las mulas del carro pueden mantenerse con alguna comodidad, podría en tal caso demorarse la venta, pues siempre es ventajoso tener listo ese medio de transporte... me parece muy bueno el pensamiento de colocar a Beno en Monterrey si hay oportunidad. Celebro que Nela esté ya buena y que la lleve Ud. a Monterrey para que se distraiga y conozca aquella ciudad.

Diciembre 12 de 1863

Mucho celebro que mi querido Pepe siga bien con ese clima. Así se robustecerá y se desarrollarán mejor sus potencias intelectuales por aquello de *Mens sana in corpore sano*. Le encargo a usted cuide mucho que ni él ni sus hermanas se impregnen de las preocupaciones que producen las prácticas supersticiosas de esas pobres gentes. Me alegro que las muchachas bailen, lo que hará más provecho que rezar y darse golpes de pecho.

Por su parte, Margarita agradecía al gobernador de Nuevo León las atenciones y facilidades que le había proporcionado a ella y a su familia:

Sr. Santiago Vidaurri
Monterrey

Muy señor mío:

He recibido la atenta comunicación de Ud. fechada el 30 del mes próximo pasado, que me fue presentada la mañana de hoy por el señor Juan de Dios Villalón, como presidente de la Comisión que por encargo de usted y en su nombre, vino a visitarme, compuesta además de los señores don Rafael Treviño, el alcalde primero y el comandante militar del Estado. Muy agradecida estoy, señor gobernador, a la generosa hospitalidad que hemos encontrado, mi familia y yo en esta población, y por ella doy a usted las más expresivas gracias, como el representante más genuino y autorizado de su sociedad. Agradezco asimismo los ofrecimientos que usted me hace en su atenta comunicación y me complazco cada vez más de hallarme en el Estado a su digno mando, donde siempre esperé encontrar las generosas simpatías de sus habitantes, y de sus dignas autoridades. Esta oportunidad me proporciona el placer de protestar a usted mi atenta consideración, quedando de Ud. Su Att. S. s. q. b. s. m. Saltillo, 3 de dic. 1863.

Margarita Maza de Juárez

La carta que había enviado el gobernador a doña Margarita decía lo siguiente:

Sra. Doña Margarita Maza
Saltillo

Muy señora mía de mi respeto:

Me es grato felicitar a usted como esposa del Primer Magistrado de la Nación, por su ingreso al Estado, sin haber tenido novedad alguna. Una comisión presidida por el ciudadano Juan de Dios Villalón y compuesta del Regidor del Ayuntamiento de esta capital, ciudadano Rafael Treviño y del alcalde primero y del Comandante Militar de esta ciudad renovará a usted dicha felicitación, le presentará mis respetos y le significará los sentimientos que animan al Gobierno que es a mi cargo, para obsequiar sus órdenes en todo lo que usted considere serle útil. Sírvase aceptar las consideraciones de mi atención de este adicto servidor q. b. s. m.

Santiago Vidaurri

En la realidad, Santiago Vidaurri no estaba del todo de acuerdo con las políticas seguidas por Juárez y su grupo. Cuando los invasores franceses tomaron Saltillo, no permitió que don Benito entrara a su estado, por lo que éste hubo de tomar por la fuerza la ciudad, donde estableció su gobierno por más de un año. Ahí nació Antonio Juárez Maza, el último de los hijos de Benito y Margarita, el 13 de junio de 1864.

Al extenderse la invasión del ejército francés, apoyado por traidores mexicanos, la familia de don Benito tuvo que abandonar el país, ya que sus enemigos trataban de capturarla a fin de utilizarla como medio de presión para hacer desistir al presidente de sus propósitos de resistencia. De Monterrey fueron a Matamoros y luego a Punta Isabel o Tres Brazos. Margarita se embarcó hacia Nueva Orleáns, adonde llegó el 25 de agosto de 1864. Permaneció poco

tiempo en esta ciudad, de paso para Nueva York. Antes, sin embargo, sufrió el extravío de su hijo Benito en las calles del puerto, al que recuperó con grandes esfuerzos por parte de toda la familia. Allí firmó el juramento que ya citamos y empezaron sus padecimientos, pues aunque su esposo les envió por intermedio de Blas Pereda diez mil pesos que había conseguido con grandes sacrificios, el apoderado no pudo cumplir a tiempo, por diversas circunstancias, con el encargo.

De Nueva Orleans, Margarita Eustaquia salió por tren a Nueva York. Rentó una casa en el 210 de East 13 Street, donde vivió hasta 1867, y desde donde salió una nutrida correspondencia para su esposo, ya que, aunque bastante lento y aleatorio, el correo era el único modo de dar a conocer en México la situación en que vivían. Santacilia recibió las siguientes cartas de don Benito:

He tenido un tormento continuado por no saber nada de la suerte de ustedes, pues desde la salida de Cadereyta no he vuelto a saber nada de su marcha. Ya debe usted suponer cuánta será mi aflicción. Esta carta y todas las que he escrito y escriba son para usted y Margarita. ¡Pobre Margarita! ¡Cuánto ha sufrido! Cuídemela usted, lo mismo que a las muchachas, a Beno, al Negrito, a Antonio y a María, dándoles muchos besitos y abrazos a mi nombre y usted reciba el afecto de su padre y amigo.

Benito Juárez

12 de enero de 1865

Mi querido Santa:

Supongo que Pepe y Beno están yendo a la escuela. Suplico a usted no los ponga bajo la dirección de ningún jesuita ni de ningún sectario de alguna religión; que aprendan a filosofar, esto es, que aprendan a investigar el por qué o la razón de las cosas, para que en su

tránsito por este mundo tengan por guía la verdad y no los errores y preocupaciones que hacen infelices a los hombres y a los pueblos.

A Margarita le escribió lo siguiente:

Nazas, septiembre 22 de 1864

Doña Margarita Maza de Juárez

Mi amada Margarita:

Aunque ya te escribí otra carta para ti y para Santa te pongo estos renglones para decirte que no tengas cuidado por mí, pues hasta la fecha no tengo novedad. Sólo me atormenta tu separación y la de nuestros hijos y más que todo el no saber de la suerte de ustedes. Tal vez de un día a otro reciba alguna noticia favorable de que están sin novedad y esto será mi más grande consuelo. Dales un abrazo a mis queridas hijas y a Benito y muchos besitos al Negrito, a las cuatitas y a Antoñito y a María Doloritas. Recibe el corazón de tu esposo que no te olvida.

Benito Juárez

Chihuahua, octubre 15 de 1864

Sra. Margarita Maza de Juárez

Mi estimada Margarita:

En 23 y 30 de agosto y en 13 de septiembre te escribí por la vía de Matamoros. En 15 del mismo septiembre dije a Romero que te enseñara la que le escribí. El 23 del repetido septiembre y el 3 de este mes, por la vía de Mazatlán, y te pongo por ésta la misma vía participándote que el día 12 del corriente llegué a esta capital sin novedad; pero siempre con el disgusto de no saber de ustedes. Aquí

he fijado la residencia del Gobierno por ser el lugar en que por la distancia a que se halla el enemigo y por el buen sentido de todos sus habitantes tendré una permanencia tranquila y segura. Además, por el mal estado en que quedaron los invasores después de su triunfo del día 21 de septiembre en la Majoma, cerca de Durango, no pueden prontamente expedicionar sobre este Estado y tendremos tiempo para prepararnos. En Jalisco y Oaxaca se sigue la defensa con buen éxito. Por haber andado ambulante en estos últimos meses no he tenido una correspondencia regularizada con el interior de la República y por este motivo nada sé de positivo de lo que ocurre por México y otros puntos pero, una vez que se sepa cuál es el punto de residencia fija del Gobierno, ya se restablecerán, aunque con dificultades, las comunicaciones y entonces podré darte más pormenores de la situación de la República. Dile a Santa que ésta es también para él. Memorias a las muchachas y a Benito, muchos abrazos al Negrito y a María y tú recibe el corazón de tu esposo que mucho te ama.

Benito Juárez

La desgracia alcanzó a la familia con la muerte de uno de los hijos y la falta del recurso económico que no llegaba por las dificultades que significaba la guerra para las transacciones monetarias entre uno y otro país. Juárez sintió la muerte de su hijo en lo más hondo de su alma, a pesar de que estaba empeñado en la lucha por la salvación de la República. Le escribió su amigo Matías Romero, encargado de negocios en Estados Unidos, para comunicarle algunas noticias oficiales y también la grave enfermedad de su hijo Pepe:

Washington, noviembre 14 de 1864

Sr. Lic. Don Benito Juárez:

[...] He dejado para lo último la noticia más desagradable que podría darle y es la relativa a la enfermedad grave de que adolece

actualmente un miembro querido de la familia de usted. Su niño Pepe se enfermó al día siguiente de haberse mudado la familia a la casa que tomó en la calle 31, de una fiebre biliosa. A poco se le quitó esa afección y le quedó una fuerte pulmonía de la que el médico asegura que ha sanado ya; pero desgraciadamente le ha quedado un pulmón inflamado por lo que el médico que lo asiste teme por su vida. Excusado me parece decir a usted que el Dr. Navarro se ha esmerado cuanto ha podido en su curación. Se queda a dormir en la casa y lo ve con mucha frecuencia. El niño, a pesar de esa gravedad, se conserva entero; come con apetencia y digiere bien; ha manifestado en su enfermedad una resistencia y un estoicismo inusitado para esa edad. La familia lo asiste con el mayor empeño y si la ciencia o el cuidado más eficaz pudieran salvarlo, puede usted estar seguro de que no sucumbirá. Soy de Ud. muy atte., afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.

Matías Romero

Desde luego, Juárez comprendió que, en realidad, Matías Romero lo preparaba para recibir la noticia de la muerte de su amado hijo Pepe. Ya conocía la situación de penuria por la que atravesaba su familia a causa de no haber recibido el dinero que envió para su manutención. Por tanto, contestó a su amigo y paisano en los siguientes términos al final de una carta en que también trataba asuntos relacionados con la República:

[...] no me extiendo a más, porque bajo la impresión del profundísimo pesar que destroza mi corazón por la muerte de mi hijo a quien más amaba, apenas he podido trazar las líneas que anteceden. Digo por la muerte del hijo a quien más amaba, porque según los términos de la carta de usted que recibí anoche, he comprendido que sólo por lo funesto de la noticia no me la ha dado usted de un golpe, pero en realidad, mi amado hijo ya no existía, ya no existe, ¿no es verdad? Con toda mi alma deseo equivocarme y sería yo muy feliz si para el próximo correo, que espero con verdadera ansiedad, se me dijera que mi hijo estaba aliviado. Remota esperanza que un funesto

presentimiento desvanece diciéndome que ya no hay remedio. Adiós amigo mío, sabe que lo aprecia su inconsolable y afectísimo.

Benito Juárez

También comunicó su angustia a su yerno Santacilia, quien estaba más cerca de su afecto y su familia:

Mi querido Santa:

Escribo a usted bajo la impresión del más profundo pesar que destroza mi corazón, porque Romero en su carta del día 14 de noviembre próximo pasado, que recibí anoche, me dice que mi amado hijo Pepe estaba gravemente enfermo y como me agrega que aun el facultativo temía ya por su vida, he comprendido que sólo por no darme de golpe la funesta noticia de la muerte del chiquito, me dice que está en gravedad, pero que realmente mi Pepito ya no existe. ¿No es verdad? Ya considerará usted todo lo que sufro por esta pérdida irreparable de un hijo que era mi encanto, mi orgullo, mi esperanza. Pobre Margarita, estará inconsolable. Fortalézcala usted con sus consejos para que pueda resistir este rudo golpe que la mala suerte ha descargado sobre nosotros y cuide usted de nuestra familia. Sólo usted es su amparo y mi consuelo en esta imposibilidad en que estoy de reunirme con ustedes. Adiós hijo mío, reciba usted el corazón de su inconsolable padre y amigo.

Benito Juárez

Después de veinte días, Juárez recibió la confirmación de la muerte de su hijo Pepe y volvió a escribir a Santacilia recomendando muchos cuidados para su querida esposa Margarita:

Mi querido Santa:

Por fin ayer recibí carta de Romero de fecha 31 de diciembre en que me confirma la fatal noticia de la muerte de mi querido Pepe y me participa lo que ha sufrido mi pobre Margarita por este golpe

que la suerte ha descargado sobre nosotros. Es mucho lo que sufre mi espíritu y apenas tengo energía para sobrellevar esta desgracia que me agobia y que casi no me deja respirar. Murió mi adorado hijo y con él murió también una de mis más bellas esperanzas. Esto es horrible, pero ya no tiene remedio. Ahora me aflige la salud de Margarita que no es buena. Ya le escribo consolándola, aunque en materia de sentimientos naturales poco valen los consejos. Haga usted por su parte lo posible por fortalecer su espíritu e inclinarla a la conformidad. Soy su padre y afectísimo amigo.

Benito Juárez

Mientras estos fatales hechos sucedían a su familia, don Benito se estableció con su gobierno en Chihuahua y luego en Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, pero la desgracia volvió a tocar con su mano aciaga a la familia, pues murió otro de sus hijos, Antonio o Toñito, como le decía su padre, que casi no lo trató, pues tenía poco más de un año de edad el 10 de agosto de 1865, fecha de su fallecimiento. Toñito debió ser enterrado en suelo extranjero, al lado de su hermano José, en el cementerio de Greenwood, Brooklyn, de donde fue exhumado en noviembre de 1867 para trasladarlo al panteón de San Fernando en la ciudad de México. Sobre estos tristes acontecimientos don Benito le escribió a su esposa:

El Paso, septiembre 21 de 1865

Mi estimada Margarita:

Te escribí en el correo último manifestándote el gran pesar que me ha causado la muerte de mi querido Toñito. Como debes suponer, mi corazón está destrozado con golpes tan rudos como los que hemos recibido con la pérdida de nuestros hijos; pero es preciso resignarnos a tan duras pruebas y no dejarnos abatir, porque nos quedan aún hijos que necesitan de nuestra protección y amparo. Te

ruego por tanto que tengas calma y serenidad, que procures distraerte y que te cuides para que puedas estar en posibilidad de cuidar de nuestra familia. No tengas cuidado por mí. Estoy con buena salud. Dales muchos abrazos a las muchachas y a Benito y tú recibe el corazón de tu esposo que no te olvida.

Juárez

Por su parte, Margarita trató de ocultar su dolor por la pérdida de sus hijos para no aumentar las preocupaciones y problemas de su amado Benito, pero en su correspondencia, tal vez contra su voluntad, se escapaba el grito desgarrado que brota desde lo más hondo de su alma por la pérdida de dos de sus hijos. Así se aprecia en la siguiente comunicación:

Nueva York, noviembre 10 de 1865

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Te pongo esta carta para decirte que todos estamos buenos y por tu última carta de 29, hemos visto con gusto que tú estás lo mismo; yo estoy sin ninguna enfermedad, pero la tristeza que tengo es tan grande que me hace sufrir mucho: la falta de mis hijos me mata, desde que me levanto los tengo presentes recordando sus padecimientos y culpándome siempre y creyendo que yo tengo la culpa que se hayan muerto; este remordimiento me hace sufrir mucho y creo que esto me mata; no encuentro remedio y sólo me tranquiliza, por algunos momentos, que me he de morir y prefiero mil veces la muerte a la vida que tengo; me es insoportable sin ti y sin mis hijos; tú te acuerdas el miedo que le tenía a la muerte, pues ahora es la única que me dará consuelo. No culpo que muchas personas se maten cuando pierden la esperanza de volver a tener tranquilidad; si yo fuera de más valor ya lo hubiera hecho hace un año, ese tiempo

llevo de llorar de día y de noche y de haber perdido la esperanza de volver a tener no digo gusto, tranquilidad de espíritu siquiera, de manera que si Dios no me remedia esto que no me lo remediará porque no me ha de volver a mis hijos, que sería lo único que me daría la vida. Me queda otra esperanza y es que tú te reúnas con nosotros; será para mí un gran consuelo... Ya en mi anterior te digo respecto al dinero de don Blas Pereda y Santa también te habrá hablado sobre eso, recibimos la libranza de \$ 1,200 que me mandaste. Recibe mil abrazos de todos nuestros hijos y dales memorias de mi parte a los señores Lerdo, Iglesias, Goitia, Sánchez, Contreras, Pancho Díaz y Novoa y tú recibe el corazón de tu esposa que desea verte.

Margarita

En cartas posteriores vemos cómo Margarita trató de ocultar su pena, pero algo de su dolor se le escapaba en alguna queja, en medio de los asuntos familiares, políticos u oficiales, aunque ya no pensaba en cortar su existencia como en la carta anterior. Seguía, en cambio, muy al tanto del desarrollo de los acontecimientos de la guerra que su marido libraba contra el invasor francés. Las fechas de las cartas a veces parecen confundirse, pero se debe a las tardanzas del correo, agravadas por las circunstancias de la guerra que hacían que las ciudades y poblaciones pasaran alternadamente al control de una de las facciones en conflicto, lo que retardaba todos los trámites administrativos. Así lo hace notar con mucha perspicacia Margarita en una de sus cartas:

Nueva York, diciembre 28 de 1865

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

La última carta tuya que tenemos es de fecha 12 del mes pasado donde me dices que al otro día salías para Chihuahua. Dios quiera

que cuando recibas ésta ya estés muy descansado y sin haber tenido ninguna novedad en el camino; hasta que no tenga yo esta noticia no estoy tranquila porque estoy tan azorada que para todo no espero más que desgracias. Todos nuestros hijos te escriben y están buenos. Saluda por mi parte a los señores Lerdo, Iglesias, Gaitán, Sánchez, Contreras, Pancho Díaz y Novoa, felicítalos a todos por haber regresado a Chihuahua y tú recibe el corazón de tu esposa que te ama y desea verte.

Margarita

Nueva York, diciembre 13 de 1865

Mi estimado Juárez:

Recibí tu carta de 10 de noviembre, donde me dices que no habías recibido carta de nosotros ni de Romero, pero supongo que después las habrás recibido porque así nos pasa a nosotros. No tengas cuidado, todos estamos buenos. El que continúes con la Presidencia, no me coge de nuevo, porque ya me lo tragué desde que vi que no me contestabas nada siempre que te lo preguntaba; qué hemos de hacer; al fin, aun cuando te hubieras separado tú, no te habías de venir con nosotros. Lo que es yo, no tengo esperanzas de volverte a ver hasta que triunfemos y esto, según las noticias, parece que no pasará de otro año y esto me tiene muy contenta, como debes de considerar. El día 8 hizo un año de muerto nuestro hijo Pepe y hoy cumplió nuestro hijo Toño año y medio. Estos recuerdos diarios de mis hijos no me dejan vivir. Soy muy desgraciada. Recibe mil memorias de nuestros hijos y el corazón de tu esposa.

Margarita

Debemos comprender que las noticias de lo que sucedía en Europa llegaban más rápido a Nueva York que a los lugares donde se encontraba Juárez, ya que sus enemigos trataban por todos los medios de mantenerlo aislado del interior y del exterior de

nuestro país. Por otra parte, los acontecimientos políticos y militares de Estados Unidos, que tanta influencia tuvieron en el desarrollo de la guerra contra los franceses, eran conocidos por Margarita de primera mano, pues Matías Romero, representante de México en Estados Unidos, tenía frecuente comunicación con la esposa de Benito Juárez. Para comprender el papel que desempeñó Margarita en este periodo de su estancia en Estados Unidos y los “homenajes” que le rindieron las autoridades de ese país, es necesario contemplar una amplia panorámica de los acontecimientos históricos que se desarrollaron en esos días.

V. MARGARITA, ¿EMBAJADORA DE MÉXICO?

En la escasa información escrita sobre Margarita Maza, se destaca cómo fue recibida por las autoridades más altas de Estados Unidos en la capital misma de ese país, Washington. Incluso se le llamó “primera embajadora”, y se daba a entender que fue en una especie de comisión oficial a dicha capital. Sin disminuir los méritos de Margarita para que le rindieran esos reconocimientos, es necesario analizar un poco la situación política que vivía Estados Unidos por la Guerra de Secesión y cómo estos y otros acontecimientos y manejos políticos influyeron en la recepción tributada a Margarita.

Por las mismas fechas en que terminó la Guerra de Independencia en México, surgieron en el ámbito mundial, como nuevas potencias, Inglaterra y Estados Unidos. Inglaterra formuló, mediante el ministro Canning, la tesis de que no se permitiría el restablecimiento de la influencia europea en América. Por su parte, Estados Unidos, al independizarse de Inglaterra, cobró fuerza como país y proclamó la Doctrina Monroe, con fecha 2 de diciembre de 1823: “Que Estados Unidos no admitirá ninguna empresa de colonización que en los continentes americanos intente cualquiera de las potencias de Europa”.

Con estas tesis, ni Estados Unidos ni Inglaterra pretendían proteger o apoyar a las naciones nuevas que estaban surgiendo en América, sino impedir que Francia, España, Portugal y otras naciones colonizadoras recuperaran los territorios independientes o adquirieran otros en la misma zona. Estados Unidos trató de oponer una política que contrarrestara el panamericanismo que empezaba a

surgir en México y en Colombia. Ambos países manifestaban planes para constituir un ejército bipartita, reconquistar Cuba y anexarla a México como primer paso para integrar el continente en un bloque económico y político.

Para llevar a la práctica las ideas de la Doctrina Monroe, una de las primeras embajadas que se instaló en nuestro país tan pronto éste se declaró independiente de España, fue la de Estados Unidos. Su primer embajador fue Joel Poinsett, quien apoyó el federalismo que aumentaba la dispersión de las provincias, ya de por sí mal comunicadas, y aglutinó a un grupo de liberales, entre ellos a Lorenzo de Zavala, después separatista de Texas; Alpuche, gran maestro del Partido Liberal que se llamaba a sí mismo “americano” por su inclinación a las políticas yanquis, y Gómez Farías, el pontífice del liberalismo y una especie de pastor protestante vestido de charro.

Poinsett dominó la política interior por medio de la creación de logias que no respondían a la influencia inglesa o francesa, sino al rito yorkino, cuya sede estaba en Nueva York. Poinsett también procuró cancelar el tratado de límites firmados entre Onís y Washington, por los cuales nuestra frontera llegaba hasta Luisiana, lo que provocó la Guerra de Texas y la pérdida de la mitad del territorio mexicano, que pasó a formar parte de Estados Unidos.

Por otra parte, la aplicación de las ideas liberales llegadas de Estados Unidos con las logias yorkinas llevó a la promulgación de leyes que procuraron reformar la situación de la Iglesia católica, a fin de disminuir su gran influencia y establecer un estado laico. Estas medidas políticas, económicas y legales llevaron a la Guerra de Tres Años y luego a la invasión de los ejércitos franceses para imponer el imperio de Maximiliano, solicitado por la facción conservadora mexicana.

Esto fue posible porque en Estados Unidos se había iniciado la Guerra de Secesión debido a las diferencias sobre cómo integrar el país entre los estados del norte, antiesclavistas, y los sureños, que formaron la Confederación y trataron de separarse del gobierno

establecido en Washington que les impedía conservar su economía basada en la esclavitud. Esta guerra se prolongó más de lo que habían calculado en su inicio las autoridades del norte, que al final resultaron vencedoras. Durante los cuatro años que duró esta guerra, Francia convocó a otros países para realizar la intervención en México y tratar de establecer el imperio de Maximiliano para beneficio del gobernante galo, Napoleón III.

Al inicio de la Guerra de Secesión era presidente de Estados Unidos Abraham Lincoln, quien nombró secretario de Estado a William Henry Seward. Éste continuó en el mismo puesto con el siguiente presidente, Andrew Johnson. Los diplomáticos liberales, al igual que los conservadores, se acercaron a Seward para que Estados Unidos reconociera sus respectivos gobiernos. Matías Romero fue nombrado por el presidente Juárez embajador de México en Washington y tuvo que luchar durante cuatro años para que Estados Unidos apoyase abiertamente al grupo liberal, pues aunque lo reconocían como poder legítimo, se negaban a venderle armas o a brindar apoyos económicos mediante empréstitos. Es muy interesante conocer cómo Seward explicó esta posición política de Estados Unidos y calmó la desesperación de Romero, quien veía crecer el territorio dominado por los franceses. Esta actitud nos da una clara muestra de los manejos diplomáticos que se han dado entre países fuertes y débiles.

El fin de la Guerra de Secesión coincidió con la situación precaria de Francia en Europa, al ser vencido el ejército francés por Prusia en la batalla de Sadowa, y tener Napoleón III que recurrir a todas sus fuerzas militares. Esto le impidió continuar sosteniendo el ejército de Maximiliano, pues necesita la totalidad de sus tropas concentradas en Europa. En este momento, Seward accedió a vender a los liberales mexicanos armas de desecho a través de particulares que lucraban con estas operaciones, a la vez que recurrió a la Doctrina Monroe para pedir la salida de las tropas francesas de México. También aprovechó Seward la estancia de

Margarita en Washington para recibirla oficialmente y mostrar de manera pública el reconocimiento y apoyo oficial que su gobierno daba al régimen republicano encabezado por Benito Juárez.

Otro punto que es necesario tocar es el conocido oportunismo de Santa Anna, quien trató de volver al poder aprovechando la lucha que se daba en México contra el Imperio. Seward visitó a Santa Anna en su retiro de Saint Thomas para conocer su opinión sobre la posibilidad de éxito de la invasión realizada por Francia, España e Inglaterra con el pretexto de la suspensión del pago de la deuda pública decretada por Juárez. Santa Anna consideraba que aún tenía suficientes partidarios que esperaban un llamado suyo para defender el territorio mexicano en caso de que las tres potencias europeas quisieran invadir México. Con el fin de conseguir el apoyo de Estados Unidos para una nueva campaña militar, el viejo general viajó a Washington casi en las mismas fechas en que lo hizo Margarita.

Desde la llegada de la familia Juárez Maza a Estados Unidos, Matías Romero había insistido en que lo visitaran en Washington a fin de que conocieran la capital del país que los albergaba y tuvieran relación con otros mexicanos que residían en esa ciudad, la madre de don Matías entre ellos. Al conocer la situación de desánimo que afligía a Margarita, Romero insistió nuevamente en el viaje y pidió que doña Margarita visitara a la madre de Romero, que se hallaba enferma. Ante tanta insistencia, Margarita decidió viajar a Washington en compañía de su hija Margarita y de su yerno Pedro, que no hizo el viaje de muy buen ánimo, como lo confesó en una carta que envió a don Benito en marzo de 1866:

Sr. Benito Juárez

Mi querido padre y amigo:

Antes de anoche llegué a esta capital acompañando a la vieja y a Márgara que, como dije a usted en mi anterior, acordaron venir

porque estaba enferma la señora madre del amigo Romero. Por una coincidencia feliz, la misma noche de nuestra llegada tuvimos el gusto de recibir las cartas de usted fechadas el 16 pasado, por las que vimos con placer que seguía usted sin novedad. No espere usted que esta vez le hable de política, ni de las cosas desagradables que pasan por acá con motivo de no sé que enredos de Sánchez Ochoa, Freemont, etc. De todo esto hablará a usted Romero que debe tener la paciencia de un santo para sufrir lo que sufre. Aquí se cree muy posible —hay quien adelanta a imaginar la cosa segura— que el Congreso acordará la garantía de los Estados Unidos para los 50 000 000 de bonos mexicanos, etc. Es una felicidad tener ese lujo de estúpida ilusión para comulgar así con ruedas de molino. Yo tengo un humor infernal porque no puedo acomodarme a vivir lejos de mi Nela y de mi María y estoy resuelto a regresar mañana a Nueva York, para volver por Margarita y por Mágina cuando ellas quieran volver. Por supuesto, quiero que no se vayan hasta no haber visto todo lo que hay que ver en esta ciudad y, más tarde, cuando hayan vuelto a casa, traeré la segunda partida compuesta de Nela, Feli, Chole y María, a fin de que todos queden contentos. En cuanto a la familia menuda, es decir, a Beno y a las cuatas, seguirán en sus respectivos colegios hasta junio que empiezan las vacaciones. Éstas son tan largas que no sería bueno perdiesen ahora los estudios. Ya he consultado con Mariscal y Romero lo que debe hacerse para remitir endosado a Merodio el vale que tenemos contra don Blas Pereda y trato de mandarlo el sábado 24 por el vapor que saldrá ese día para Veracruz. Guardaré una copia del documento certificado por un escribano, etc. Espero que el vale original llegue con seguridad a manos de Merodio. Maqueo nada mandó, aunque dijo, con fecha 12 de diciembre último, que por el próximo vapor enviaría el dinero de las casas. De las de México ya ve lo que dice Merodio. No pagan los que las viven. El 24 mandaré a Merodio y Blanco la carta que para ellos me remite usted del amigo Goitia. Hoy he tenido carta de Nela en que me dice que todos están bien por allá y que mi María me extraña mucho y llora cuando no me encuentra en ninguna parte. Esto me tiene de un humor infernal. Adiós: sabe usted que le quiere su Santa.

Por su parte, Margarita Maza confesaba que hizo el viaje bastante forzada. Recordaba aún sus pesares, pero ya tenía ánimos suficientes para preocuparse por don Benito y darle consejos desde Washington:

Washington, marzo 16 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado viejo:

Recibí tu cartita de 16 de febrero que he leído con mucho gusto, pues he visto que sigues sin novedad y, sobre todo, siempre tan lleno de esperanza, de lo que me alegro porque esto hace menos pesada la vida. A mí no me sucede eso porque cada día pierdo más la esperanza; todo lo veo lo mismo que el año pasado, con esto se me hace la vida insoportable, que sólo se me hace un poco menos cuando veo que siquiera mis hijos se están educando. Hace tres días que estoy aquí. Te dije que Romero varias veces me había invitado, pero yo con mis pesares tan grandes no había querido venir; pero su mamá se ha visto enferma y me pareció prudente venir unos días a acompañarlos porque con la falta del idioma están solos y tienen un grande consuelo cuando me ven. Tal vez me esté yo toda esta semana que entra, porque Lucesita no quiere que yo me vaya hasta que le demos a su mamá la noticia de la muerte de su hermana, que yo no sé si la pobre señora la podrá resistir, porque está sumamente delicada. Santa se fue hoy a Nueva York, vendrá por nosotros la semana entrante. Yo vine con Márgara. Ten mucho cuidado, si te vuelves para Chihuahua, de no ir hasta que estés seguro de que esos hombres están lejos, no te vayan a coger, que es su único interés. Por mí no te apures, que yo hago lo que está de mi parte por distraerme, pero tú sabes que en mis pesares sólo el tiempo es el que mitigará el dolor que tiene mi corazón con la pérdida de mis hijos. Sólo le pido a Dios que me dé vida para volverte a ver, porque es lo único que podrá tranquilizarme; porque tengo la desgracia, desde que mis hijos han muerto, de que todas las noches los sueño, unas no-

ches es a uno y otras a otro, de manera que ni dormida descanso y no sé si es de los nervios, un horror que me da mentar los nombres de los muchachitos que no es posible. Y otras veces, cuando estoy sola los llamo, les digo sus nombres; pero otras veces me horrorizo y al querer decir sus nombres me parece que los veo y quisiera en aquel momento morirme por no sufrir lo que siento. Pero aquí estoy un poco distraída. Romero me ha llevado al Capitolio y hoy no sé donde me va a llevar y tal vez me lleve en estos días a hacer unas visitas, que aunque para mí es muy molesto por no saber hablar, llevo a Margarita que ya habla regular y entiende bien. Dile a Goitia que recibí el retrato de Lucesita y que está muy grande y muy graciosa. Saluda a todos los señores y yo me alegraré que pases tu día no digo contento porque es imposible, pero sí con buena salud siquiera. Con unos señores que salieron de aquí la semana pasada te mando unas cucharitas de todas las muchachas y un poco de chocolate, pero muy poco, porque no quise ser imprudente de darles un cajón grande. Ellos me decían que todo lo que yo quisiera, pero me pareció imprudencia. Recibe memorias de la familia de Romero y el corazón de tu esposa que no te olvida y desea verte antes de morir.

Margarita

Como se aprecia, Margarita estaba llena de melancolía y el recuerdo de la muerte y la vida de sus hijos a floraba a la menor provocación, causándole honda pena. También las hijas de Benito Juárez, Margarita y Manuela, le escribieron con motivo de su cumpleaños y le confesaban su tristeza por la prolongada ausencia. Margarita también le recordaba a su padre que pronto sería el santo de su madre y deseaba que el próximo pudiesen ya estar reunidos todos los miembros de la familia. Como vemos, el viaje de doña Margarita había sido completamente por motivos privados, pero el presidente Johnson y Seward su secretario de Estado ofrecieron a doña Margarita una recepción en la Casa Blanca. Las intenciones políticas de estas atenciones ya las comentamos.

El día 28 hubo una recepción en la Casa Blanca, posteriormente el secretario William H. Seward le ofreció un banquete el 3 de abril, y el día 6 el general Ulysses S. Grant organizó un baile al que asistió el propio presidente Johnson.

Se cuenta que en este baile el salón estaba adornado con los retratos de don Benito Juárez y Santa Anna. Seward, a través del intérprete le comentó a doña Margarita: “Espero pronto estar en México y poder ver juntos a mis dos amigos”, señalando los retratos. Margarita contestó: “Será un placer para nosotros tenerlo en México, pero sólo podrá ver a uno de sus amigos pues el otro estará muerto o en el exilio”. El hecho, aunque no haya sido tal como lo relatamos, sucedió, pues don Benito comentó la respuesta de Margarita en una de sus cartas.

El otro hecho que dio mucho que hablar fue la noticia que publicó el *Herald*, que contaba que doña Margarita se había presentado a la recepción presidencial elegantemente vestida y adornada con costosas joyas, lo cual retomaron en grande los periódicos conservadores de la ciudad de México. Veamos lo que opinaban ambos esposos de estos homenajes y noticias tendenciosas:

Washington, marzo 28 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Mañana es el día terrible en que cumpliré 40 años y tendría mucho gusto en pasarlo a tu lado, pero no es posible y no hay más que conformarse como se conforma con la muerte, porque no hay otro remedio. Todos estamos buenos, yo todavía estoy por aquí, pero la semana entrante me voy para Nueva York. Antes de anoche me llevó Romero a la recepción del Presidente y como verás en el *Herald* dicen que estuve elegantemente vestida y con muchos brillantes. Eso no es cierto, toda mi elegancia consistió en un vestido que me

compraste en Monterrey poco antes de salir y con tantos cuidados y pesares no me había puesto el único vestido que tengo regular y lo guardo para cuando tenga que hacer alguna visita de etiqueta no más; respecto de brillantes, no tenía más que mis aretes que tú me regalaste un día de mi santo, porque mis demás cositas las tengo en Nueva York. Te digo todo esto porque no vayan a decir estando tú en El Paso con tantas miserias, yo esté aquí gastando lujo; todo esto lo ha hecho la novedad y que a ti te quieren y tienen simpatía por ti; aquí me han visitado muchas personas y la noche de la recepción me presentaron a muchas personas y al señor Hamersly, que desde que llegamos a Nueva York nos ha visitado como usan aquí; toda la enfermedad de mi hijo Pepillo, los más días llevaba su tarjeta él y su señora me estuvo paseando por los salones; en fin, lo que sí es cierto, es que las personas a quienes me han presentado y que me conocen me consideran bastante. Toda mi mortificación es no saber hablar, pero afortunadamente Margarita, que estaba aquí conmigo, habla ya regular. Mucho me alegro que los franceses se hayan retirado para que ustedes puedan ir a Chihuahua; allá tendrán más recursos; Dios quiera que tengan un feliz viaje; yo temo mucho por el invierno porque tienen que pasar algunas noches en el desierto; cuídense cuanto les sea posible. Saludas a los señores Lerdo, Iglesias, Goitia, Posadas, Contreras, Zárate, Díaz y Novoa; a Salomé lo mismo dile que le agradecemos mucho que te acompañe y te cuide; no se parece a Secun que se manejó tan mal que tuve que echarlo. Procura mandar una ordencita para que estos comisionados Carvajal y Sánchez Ochoa se vayan, porque son tan inútiles y el segundo tan necio, que yo creo, por lo que he oído, que a todos les ofrece millones como si fueran centavos; procura quitarlo de semejante comisión y procura mandar una persona que discurra, no que es una desgracia; hay aquí una percha de mexicanos que da vergüenza, que toda su fortuna es no saber inglés si no sería peor, para volver por nuestro honor perdido manda una persona capaz de algo y no sigas mandando auxilios inútiles. El único capaz es el Sr. Baranda y veo que saldrá pronto de aquí. El pobre de Carvajal tendrá muy buena intención, pero no sirve, está hecho un viejo, encerrado; todo el mundo sabe

que está, pero él cree que está prestando un servicio muy grande estando encerrado. Se hace la ilusión que nadie lo sabe, haciendo gastos porque cada uno de sus hijos están en distintos hoteles y él se los paga por supuesto y también los muchachos creo no son ni parientes de los que inventaron la pólvora; no conozco más que a uno pero me parece que su hermanito ha de ser lo mismo. Con esa percha de inútiles qué esperanza que yo tenga en que hagamos algo, sólo Dios nos puede sacar de este atolladero; ya te he quitado bastante tiempo con mis sandeces que te entrarán por un oído y te saldrán por el otro como los consejos de Villalobos. Recibe expresiones de la familia de Romero y el corazón de tu esposa que te ama y desea verte.

Margarita

Ahora veamos cómo tomaron las atenciones prodigadas a Margarita, el ministro Romero y Santacilia, el yerno de los Juárez:

Washington, abril 5 de 1866

Ciudadano ministro de Relaciones Exteriores
El Paso del Norte

El martes 3 del actual tuvo lugar la comida de ceremonia con que el Secretario de Estado de los Estados Unidos cumplimentó a la señora del ciudadano presidente de la república, según indiqué a usted en mi nota número 241 de 29 de marzo próximo pasado. Asistieron a dicha comida, además de la Sra. y Srta. Juárez y de la familia de Mr. Seward, las dos hijas del presidente Johnson, Mrs. Patterson y Mrs. Stover, Mr. Campbell, nombrado ministro de los Estados Unidos en México, el ministro de Costa Rica, Nicaragua y Honduras, el de Colombia y el de España. El de Chile fue también invitado pero no asistió. Mr. Seward dio a la Sra. Juárez el lugar de preferencia y estuvo bastante fino. Después de la comida llevó a las señoras al dormitorio en donde lo hirieron hace cerca de un año y les explicó

cómo había pasado esa escena. Al despedirnos de él, invitó a la Sra. Juárez para que fuera a visitar el Departamento de Estado. Hoy fuimos a esa oficina en la que nos recibió Mr. Seward con mucha atención. Mientras estuvimos sentados en la antesala me dijo que yo le daba todas las noticias malas que recibía y que sentía él no poderme dar las buenas que sabía; que en vez de ser cierto que hubieran salido para México 3 200 hombres, como yo le había dicho, él sabía que 1 200 franceses se habían embarcado en Veracruz de regreso para su patria; que por lo que hacía a la legación austriaca, sabía que ninguna más fuerza había de salir de Austria, porque el gobierno de Francisco José no tenía fondos para pagarla y Napoleón no consentiría en aceptar nuevas responsabilidades; que los movimientos de las fuerzas francesas eran dirigidos a otra parte y que hacía tiempo que el gobierno francés no enviaba fuerzas a México, en virtud de un arreglo que me dio a entender había tenido con el de los Estados Unidos. Después de esto nos llevó a ver las principales curiosidades que hay en el Departamento de Estado, en lo que empleó más de una hora. Reproduzco a usted las seguridades de mi muy distinguida consideración.

Matías Romero

New York, abril 5 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi querido padre y amigo:

Escribí a usted hace dos días por conducto del Sr. Romero y ahora le pongo estos pocos renglones por conducto de Mr. Web, aunque nada nuevo tengo que comunicarle, pues en mi anterior le comuniqué ya las noticias de México, que son todas de verdadero interés. La completa derrota de Méndez por las fuerzas de Régules y la victoria alcanzada por los nuestros en Parras, han causado, como era natural, una gran impresión. Basta leer los mismos papeles imperiales para comprender el desconcierto que reina entre aquella gente

y las ningunas esperanzas que tienen en la estabilidad del llamado Imperio. A Margarita mandé antes de ayer –con encargo de que se los remitiese a usted– muchos retazos de periódicos cuya lectura le recomiendo. Llamo la atención a usted muy particularmente hacia lo que dice *La Sociedad* cuando pinta la situación del país. Aquello no necesita comentarios. He tenido una larga carta de San Luis Potosí y la pintura que me hacen de las cosas por el rumbo de Tampico, Nuevo León, etc., es magnífica, porque ponen las cosas en un estado fatal para los imperiales. En esa carta me dicen que también Aureliano se encuentra por el estado. Conviene que averigüen ustedes con quién está y qué fuerzas puede mandar, pues Aureliano pertenece a González Ortega, como ustedes saben. Yo procuraré recoger informes y se los mandaré tan pronto como los reciba. También me confirman de San Luis Potosí que ya Garza está en campaña mandando las fuerzas que acaudillaba el desgraciado Méndez. Veremos qué hace ese señor. Naturalmente Romero y la vieja referirán a usted las cosas de Washington con todos sus pormenores. Margarita fue obsequiada por Mr. Seward –iviejo zorro!– con un espléndido banquete al que asistieron los Ministros de las repúblicas hispanoamericanas y el ministro de Rusia. Hoy publica el *Herald* un buen artículo, sobre la significación diplomática que puede y debe tener ese banquete dado por el ministro de Relaciones de este país a la esposa del digno presidente de México, etc. Romero mandará todo eso. Yo he tomado diez ejemplares del *Herald* para mandar a México el citado editorial. Anoche debió asistir Margarita a un baile en casa del General Grant. También hablará de eso la prensa y es bien seguro que sacará consecuencias favorables para la causa de México. Yo desearía, por supuesto, demostraciones positivas de otro carácter; quisiera fusiles y balas en vez de banquetes y bailes; pero siempre producen buen efecto esas invitaciones en las circunstancias presentes. ¿Lo creerá usted? Pues todo eso está dando muy buen resultado entre los orteguistas y díscolos. ¿Por qué? ¡Admírese usted! ¡iiiPorque esperaban que el gabinete de Washington desconocería a usted y se declarararía a favor de Ortega!!! ¿Puede haber algo más estúpido? Hasta en Brownsville hay patrioterros que preguntan

con empeño: “¿Qué piensa Mr. Johnson respecto de usted?”, etc. Y naturalmente comprenderán la significación que tienen esas atenciones prodigadas a Margarita. Todos estamos buenos gracias al cielo. Hasta luego, pues.

Santa

Pero a Margarita no la distrajerón por completo las diversiones que ha tenido en la capital de Estados Unidos. Continuó con su estado depresivo y, al conocer las noticias de los acontecimientos militares en Francia y México, empezó a pensar en el regreso a su país, aunque ella indicaba que sus hijas eran las ansiosas por reunirse con su padre. Así lo vemos en las siguientes cartas:

Washington, abril 7 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Antes de ayer contesté tu cartita de 9 de marzo y hoy te pongo estos rengloncitos para decirte que todos estamos buenos y que el día 9 salgo de aquí para Nueva York y llegaré a las seis de la tarde. Mis pobres hijos me están esperando con ansia y a mí me parece que hace años que no los veo. Anoche estuvimos en el baile del Gral. Grant, estuvo muy bueno. Si alguna vez me hubieran dicho que había de llegar el día en que todas las diversiones me habían de atormentar, no lo hubiera creído y mucho menos un baile, pues ahora estoy en ese estado, todo y en todas partes me recuerdan a mis hijos, con un tormento como si yo los hubiera matado. Yo no volveré a tener gusto nunca, soy muy desgraciada y sólo tendré tranquilidad cuando llegue a estar contigo. Te dije que el Sr. Seward, en medio de su comida, me invitó para ir a ver el Departamento de Estado y me llevó Romero, me regaló un retrato suyo y me manifestó el deseo de tener uno mío para colocarlo junto al tuyo y yo le ofrecí que se lo mandaría de Nueva York y esto tengo que hacer

cuando llegue; quién sabe lo que me costará, pero tengo que hacerlo, porque basta que me lo haya pedido. Él le escribió a su retrato su nombre y esta inscripción: *with faithful regards*. Yo he estado muy atendida y considerada, sólo me ha faltado lo principal que es el guía. Recibe memorias de la familia de Romero y de Márgara que no te escribe porque está componiendo el equipaje para tenerlo listo. Adiós viejo; sabes que te ama y desea verte tu esposa.

Margarita

Nueva York, abril 13 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Recibí tu cartita de 16 de marzo y he visto con gusto que te conservas bueno, de lo que me he alegrado bastante. Respecto de la enfermedad que me dices te amenazaba, no tengas cuidado pues eso es lo de menos, acuérdate cuando me dijiste eso porque iba yo a perder los dientes. Yo también he cumplido 40, pero bien cumplidos, porque se me conocen en todo; no me conservo como tú, estoy enteramente abatida y sin esperanza de mejorar, ya ni el fresco ni el ejercicio, nada me repondrá, porque el mal está en mi corazón y eso no tiene remedio. Por amor consérvate, porque quiero tener el gusto de volverte a ver. Haces bien de no hacer caso de esos hombres miserables que no tienen corazón y por eso no conocen el sacrificio que haces con estar separado de nosotros. Ya Santa te habrá mandado otro cuaderno que publicó y también la contestación. De manera que este hombre [se refiere a González Ortega] sigue poniéndose en ridículo, haces muy bien en no hacerle caso. El lunes llegué de Washington donde pasé tres semanas. La primera fue muy buena porque no sabían que yo estaba, pero luego comenzaron las invitaciones y yo con mis nervios y mi corazón afligido he llorado antes de ir a la diversión, porque yo no estoy contenta sino en la soledad,

porque lo que es diversión me pone en peor estado. Con este motivo procuré venirme pronto. Romero no quería, pero insistí tanto por lo que te tengo dicho, como porque la familia no piensa más que en confesarse y ayunar y hablar de jubileo, de indulgencias y una porción de beatitudes que yo me hago esfuerzos para creer y no puedo. La pobre señora es muy buena y su hermana, pero muy cerradas creyendo que todos los protestantes se condenan y sólo los fanáticos como ellas van al cielo. Yo las envidio porque si yo pudiera tener la fe que ellas tienen sería feliz, no que estoy en un estado que nada creo y esto me hace más desgraciada porque si yo creyera que mis hijos eran felices y que estaban en el cielo, no sufriría tanto como sufro. Pero no puedo, soy muy desgraciada. Recibe mil abrazos de tus hijas. Dicen que se alegran mucho que hayas pasado el día de tu santo sin novedad. Adiós viejo, sabes que te ama y no te olvida tu esposa.

Margarita

Nueva York, abril 27 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Con mucho gusto he leído tus dos cartitas que recibí el 23 y 30 de marzo, porque veo que estás bueno y que pronto te irías por Chihuahua. Te felicito por el triunfo que han tenido y en mi nombre felicita a todos los señores, particularmente al Sr. Terrazas y que siento mucho que lo hayan herido, pero que espero no será cosa seria y que pronto tengamos el gusto de saber que está bueno. Ahora que todas las noticias son buenas merecen la pena, pero antes de estos triunfos no teníamos más que ilusiones, ya tú sabes que cuando empezamos a ganar seguido, nos seguimos de frente. Las últimas comunicaciones del sur dicen que son buenas, Santa te las mandará. Todos por aquí estamos buenos y te mandan mil abrazos y felicitaciones. Las pobres muchachas creen que en una o dos semanas estaremos en

México, pero yo les digo que aunque tus noticias son muy buenas, no podremos ir tan violento como deseamos. Adiós viejo, sabes que te ama y no te olvida, tu esposa.

Margarita

Así pues, no hubo tal misión diplomática de la señora Margarita en Washington. Como decíamos, los honores que se le prodigaron eran muy merecidos, pero el fondo político que tuvieron fue muy bien comprendido por todos, como lo hizo notar Santacilia en su correspondencia. En el siguiente capítulo conoceremos la insistencia de Margarita por reunirse con su esposo, pues sabía que el territorio mexicano era abandonado por las tropas francesas y que, sin ese apoyo, el imperio de Maximiliano se desharía rápidamente.

Le recordó al señor Juárez su capacidad probada de transitar por los peores caminos, cargando con su numerosa prole, pero también le dijo que estaba dispuesta a dejar a sus hijos en Estados Unidos para reunirse con él donde quiera que se encontrase. Tal vez el dilatado periodo de penalidades físicas y morales había agravado su estado de salud y ella empezaba a resentir la edad y comprendía que don Benito tampoco estaba del todo bien en el aspecto físico. De ahí su prisa por reunirse y pasar juntos sus últimos días. Algo de esto vislumbraremos en la urgencia que muestra en su correspondencia de este periodo.

VI. REGRESO AL SUELO PATRIO

Desde enero de 1866, Napoleón III, *el Pequeño*, había anunciado en la Asamblea Legislativa de Francia el retiro de sus tropas invasoras en forma escalonada. En México corrieron rumores de que esto se debía a la presión ejercida por Estados Unidos y aún perdura esta creencia. El propio Benito Juárez analizó la situación en una carta dirigida al señor Revilla en la que le comentaba:

El Paso, abril 24 de 1866

Sr. don Bernardo Revilla

Mi querido amigo:

Recibí la grata de usted de 16 del corriente y quedo impuesto con mucho gusto de que usted y su apreciable familia disfrutaran de salud aunque no con entera tranquilidad de espíritu, por el amago de una nueva ocupación de esa ciudad por los franco-traidores. Podría suceder que esa ocupación se realice porque en la guerra y en la política se presentan fenómenos cuya causa no puede explicarse de pronto; pero, hasta ahora, todas las probabilidades están en contra, no porque el gobierno del Norte haya exigido a Napoleón que retire sus tropas para mediados de mayo, lo que no pasa de un borrego, sino porque la opinión pública de Francia está pronunciada abierta y enérgicamente contra la permanencia del ejército francés en esta república y porque el número reducido de éste y la escasez de recursos hacen difícil, si no imposible, la consolidación del imperio de

Maximiliano. Lo que el gobierno del Norte ha hecho últimamente es pedir a Napoleón que fije el tiempo en que ha de retirar sus tropas y tal pretensión servirá, por lo menos, para reforzar la carga que la opinión está dando en Francia a Napoleón para que pronto realice su promesa de retirar sus fuerzas y, como éste tiene un interés más grande que asegurar, que es la permanencia de su dinastía, poco le importa que se lleve el diablo a Maximiliano. Así pues, se resolverá o se habrá ya resuelto a manifestar deferencia a las exigencias de la opinión y retirará sus tropas o lo hará pronto. Así lo indica el hecho de que no haya mandado reforzarlas; de que los traidores prominentes comiencen a retirarse de la escena, como Almonte que se va a París y los ministros Ramírez y Ampudia, que han dejado sus carteras, y de que Bazaine, sin duda porque tiene ya instrucciones de su amo, no organice ya expediciones lejanas, porque debe ser el plan tener reconcentradas sus fuerzas, ya para evitar nuevos compromisos del honor de su bandera como para estar listo a emprender la retirada cuando se le ordene. Así se explica cómo la fuerza francesa hace tiempo no emprende movimientos serios y casi sólo ha estado haciendo el papel de espectadora, pues en Oaxaca, Sierra de Zacapoaxtla, Michoacán, Tamaulipas y Nuevo León y Coahuila son los traidores y la Legión Extranjera los únicos que combaten. Ya sea, pues, por los motivos indicados, ya por los sucesos de Michoacán y Sinaloa, es casi seguro que no vendrá una nueva expedición a Chihuahua y que los franceses que están en Parral contramarcharán pronto. Veremos. Entretanto, memorias a la familia y ordene usted lo que guste a su amigo afectísimo q. b. s. m.

Benito Juárez

En mayo de 1866, Juárez abandonó El Paso y se reconcentró con su gabinete en Chihuahua, que lo recibió con calidez. Margarita comenzó a pedir la reunión de su familia en esa ciudad, sin considerar los transportes precarios que unían ambos países. En cambio Santacilia, hombre práctico y mejor conocedor

de las dificultades naturales, se opuso a un viaje que consideraba descabellado. Leamos las cartas:

New Rochelle, julio 8 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Ayer recibí tu cartita de 8 de junio y he visto con gusto que sigues sin novedad y que te preparabas para salir de El Paso; esto me tiene con cuidado hasta que yo sepa que has llegado a Chihuahua no estaré tranquila, porque siempre me temo una sorpresa porque te conozco como eres tú un confiado y no te han de faltar enemigos que tú no conozcas por tu buen corazón y porque nunca crees a nadie capaz de hacer un mal; ten mucho cuidado y procura no ser tan confiado; es una de las cosas que siempre me tienen muy sobresaltada y pensando tristezas, porque yo creo que tus enemigos han de hacer cuanto esté de su parte por hacerte un mal. Cuídate y ten presente que tú eres el único consuelo y sólo la esperanza de volverte a ver me hace tener alguna tranquilidad. Las noticias no pueden ser mejores y creo que nos iremos a México muy pronto; yo quería irme contigo a Chihuahua, pero Santa dice que es muy penoso el camino y yo creo que pronto te irás para Matamoros y entonces nos será más fácil irnos contigo. Recibe muchos abrazos de los chiquitos, de las muchachas grandes no te digo mucho porque todas te escriben; saluda a los señores Iglesias, Lerdo, Goitia, Contreras, Sánchez, Zárate, el compadre Mejía y dime quién de los Garzas está hoy con ustedes. Por aquí está toda esta partida de mulas rematadas como Sosa, Arias, González Ortega, Huerta y demás compañeros, haciendo cuantas diligencias estén a su alcance, pero no las hacen formales y no hacen más que estarse poniendo en ridículo. Adiós viejo, sabes que te ama y no te olvida y desea verte tu esposa.

Margarita

New Rochelle, julio 11 de 1866

Sr. don Benito Juárez:

Recibí tus dos cartas, una de El Paso y otra de la hacienda de "Patos". Me alegro mucho que hasta hoy ibas sin novedad. Mucho gusto he tenido de ver tu retrato, porque he visto que estás gordo y eso indica que estás sano, que es todo lo que yo deseo. Cuando me vaya a Nueva York voy a mandar sacar copias de tu retrato, porque varias personas me lo han pedido y no les he podido dar. Por tu carta de Santa he visto que indicas algo de irnos para Chihuahua; hace mucho tiempo que yo te hubiera sorprendido, si no fuera porque para ir tan lejos necesitamos de un hombre que nos acompañara. Santa lo haría, pero yo no quiero que por acompañar a nosotros dejara sola a Nelita, que tú la conoces lo miedosa que es. Ir con la chiquita sería imposible, porque en el camino no habría que darle de comer y sería fácil que se nos enfermara. Es mejor, si tú quieres que yo me vaya con mis demás hijos, comisiona a alguna persona que venga por nosotros y cuando ya todo se tranquilice se irá Santa con Nelita. Eso me parece a mí, tú me dirás si a ti te parece bien, yo estoy dispuesta a lo que tú me digas; tú sabes que yo no le tengo miedo al camino ni a nada y mis deseos son estar contigo. Adiós viejo, sabes que te ama tu esposa.

Margarita

New Rochelle, julio 12 de 1866

Sr. Benito Juárez.

Mi querido padre y amigo:

Ayer escribí a usted y hoy lo hago nuevamente para aprovechar la primera oportunidad que se presenta de mandar esta carta a Nueva York. Empezaré por hablar de nuestras familias y dejaré para luego los asuntos políticos y las noticias que tenemos de México y de Europa, que son todas buenas y favorables a la causa santa de ese desgraciado país. Seguimos sin novedad, gracias a Dios y muy contentos,

como es natural, al ver que se va aclarando el horizonte político en todas direcciones. María —que hoy ha cumplido dos años de edad— está preciosa y manifestando una inteligencia que asombra a cuantos la conocen. Por supuesto ya dice cuanto quiere porque habla como pudiera hacerlo otra niña de doble edad. ¡El cielo me la conserve! Ya he dicho a usted en otra ocasión lo que pienso del viaje a Chihuahua. Creo que es irrealizable, porque el camino es horrible y tiemblo a la idea solamente de los peligros que podría correr la familia en esa penosísima peregrinación. Por fortuna las cosas van mejorando y acaso antes de mucho podremos reunirnos en la frontera sin necesidad de ir hasta ese apartado lugar. Matamoros está en nuestro poder y seguramente marchará pronto Escobedo sobre Monterrey. Pues bien, si ocupamos esa plaza y puede el gobierno fijar allí su residencia, podrá la familia reunirse con usted. Aun entonces, yo opinaría por aguardar a que estuviese el Estado completamente tranquilo, porque recuerdo con horror los peligros de todas clases que corrimos con Quiroga, cuando no teníamos más garantía de seguridad que la vigilancia de Quesada. Eso no sería vivir y yo prefiero cualquier cosa a la ansiedad espantosa que entonces experimenté. Si como parece natural, se retiran los franceses hacia el interior, Monterrey podrá quedar enteramente seguro, porque los *yankees* no permitirían como permitieron los confederados que Benavides u otros por el estilo, favoreciesen los proyectos de Vidaurri y de Quiroga. En fin, usted piense lo que le parezca mejor y se hará naturalmente lo que usted disponga respecto de la familia. Yo confieso que todo me inspira miedo en el estado en que se encuentra la frontera, porque no puedo olvidar los riesgos de otros días. En cuanto al pensamiento de ir hasta Chihuahua, atravesando desiertos interminables, etc., repito que me parece de todo punto irrealizable, aun cuando hubiese completa seguridad acerca de los franceses... Hasta otro día. Recuerdos a los amigos y usted mande a su

Santa

La familia se había trasladado a una casa de campo en New Rochelle, poblado cercano a Nueva York, debido a que en esta ciudad

se había declarado una epidemia de cólera. Por esto las cartas iban fechadas en esa población. Ahora veamos como Margarita insistía en reunirse con su añorado esposo:

New Rochelle, julio 26 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado Juárez:

Te pongo ésta para decirte que todos estamos buenos y sólo con cuidado porque todavía no sé si has llegado sin novedad a Chihuahua; espero por momentos tu carta donde nos participas tu llegada y hasta entonces quedaré tranquila. Y te dije que recibí tu retrato y que me parece muy bueno; luego que vaya a Nueva York voy a ver si se pueden sacar más oscuros; supongo que el señor Lerdo y el Sr. Iglesias también se habrán retratado y quisiera que les pidieras un retrato y me los mandaras para tenerlos en mi álbum. Las noticias de Mejía son buenas porque Carlota dicen que salió el día 13 para Europa y eso indica que piensa irse, que a mí me parece imposible; lo he de ver y todavía no lo creeré. Lo que me tiene un poco desalentada es que dicen que van fuerzas sobre Matamoros y si éste vuelve a poder de los franceses no podrías acercarte tan pronto como yo quisiera, pero si así sucediere, ya te dije en mi anterior que estoy resuelta a irme contigo donde quieras, si a Chihuahua o a cualquier otro punto que te puedas mover; no tengas cuidado por los caminos que no los puede haber peores que el de Cuajimulco y lo hice en un mes con todos mis hijos chicos y teniendo que cargar con todo lo que se había de comer; dicen que por aquí para ir a Chihuahua es lo mismo, yo tendré cuidado de llevar comestibles; desgraciadamente no tengo chiquitos a quienes pudiera hacer daño esto. Nelita y Santa, por la muchachita, no podrían ir conmigo; ellos irán después, cuando ya esté todo tranquilo y puedan caminar con la chiquita con comodidad. En fin, piénsalo bien y avísanos. Recibe mil abrazos de nuestros hijos y el corazón de tu esposa que te ama y desea verte.

Margarita

Como leemos, doña Margarita estaba desesperada por reunirse con su esposo. No entendía cómo Carlota hacía lo contrario: alejarse de Maximiliano. Tal vez ella lo vio como una especie de huida ante la gravedad de la situación militar del imperio, que cada día perdía los terrenos que tenía ocupados por el abandono de las tropas francesas que empezaban a regresar a su país. Y tal vez Maximiliano actuó como Juárez, poniendo a salvo a su esposa, fuera del alcance de los liberales que hubiesen podido ejercer en la persona de la emperatriz el mismo tratamiento que le esperaba a la familia del presidente en caso de caer en manos de sus enemigos. Lo que nunca supo Margarita fue que el viaje de Carlota implicó una medida desesperada para salvar al imperio y a su marido, ya que todo se volvía contra ellos.

Los triunfos de los republicanos se sucedían en el norte. Las guerrillas proliferaban en todo el país, la insurrección se extendía, la opinión pública y el Congreso presionaban cada vez más a Estados Unidos, y Napoleón III, *el Pequeño*, frente al conflicto austroprusiano, ya no quería pensar en su aventura en México. Varios colaboradores hicieron ver a Maximiliano que la situación estaba perdida y que la salida más conveniente era la abdicación. Éste examinó la sugerencia a fines de junio y se inclinó a seguirla, pero intervino Carlota.

Entonces se desarrolló una escena violenta entre los dos esposos europeos, que no tardarían en separarse para siempre. Conocemos todos los detalles por un relato escrito por la misma Carlota:

Carlos X y mi abuelo [Luis Felipe] se han perdido por haber abdicado... Abdicar, es condenarse y darse a uno mismo un diploma de incapacidad, lo cual sólo es admisible para los viejos y los imbéciles. No es propio de un príncipe de treinta y cuatro años, lleno de vida y porvenir. La soberanía es el depósito de lo más sagrado que existe entre los hombres... Desde el momento en que se aceptan los destinos de una nación, se corren todos los riesgos y peligros, nunca se

está libre para abandonarlos. No conozco ninguna situación en que la abdicación sea algo más que un error o una cobardía.

Podemos adivinar cómo machaca sus argumentos: “¡Los emperadores no abdicán! Mientras haya un emperador aquí, habrá un imperio, aunque éste no tuviese más que seis pies de tierra. ¡El imperio no es otra cosa que el emperador!”

¡Pero los cofres están vacíos!: “Que ese emperador esté sin dinero no es una objeción suficiente —refuta ella—, el dinero se consigue por el crédito, el crédito por el éxito, y el éxito ¡se hace! Y aunque no se tuviese ni crédito ni dinero, pueden adquirirse, cuando se respira y aún no se perdió la esperanza en uno mismo, ¡decir de una cosa que se emprendió como posible es imposible, es conseguir que nadie nos crea!” “¡Me retiro —intenta explicar el emperador—, porque suponía que podía hacer la felicidad de una nación, pero me he dado cuenta de lo contrario!”

¡Es como abofetearse la propia cara! —replica Carlota—. El imperio es la única forma de salvar a México. Todo debe ser puesto en acción y con esa meta, puesto que a eso nos comprometimos por juramento y no hemos sido desligados de éste por la imposibilidad de no cumplirlo... No se deserta un puesto, ¿por qué habría de desertarse un trono? Los reyes de la Edad Media esperaban al menos que viniesen a tomar sus Estados antes de entregarlos y la abdicación sólo fue inventada desde que los soberanos dejaron de montar a caballo en los días de peligro... ¡Tampoco se dice como en las casas de juego, que la banca ha quebrado o que la farsa se acabó y que se van a apagar las luces!

Carlota va a encontrar ahora el argumento decisivo: apelar al honor de Maximiliano: “Todo esto no es digno de un príncipe de la Casa de Habsburgo, ni de Francia y su ejército, que tendrían que ver el espectáculo y autorizarlo, ya que ¿con quién se quedaría entonces el mariscal Bazaine hasta el año próximo?”

Carlota vuelve a sus argumentos y los repite uno a uno con tan ardiente convicción que los hace invencibles: “Partir como un salvador, un regenerador, y regresar diciendo que no ha habido nada que civilizar, nada que regenerar, y todo esto en unión con Francia que siempre ha pasado por tener espíritu, confiese que sería el más grande absurdo, para unos y otros, que haya habido bajo el sol. Espero poder usar este lenguaje allende el mar. Si pueden burlarse de los individuos, ino pueden burlarse de las naciones pues dios las venga!”

Maximiliano, arrastrado por este ardor, definitivamente vencido, considera a su vez que abdicar sería abjurar y perjurar. Se queda en su puesto y acepta dejar partir sola a Carlota, su querida Carla, como la llama en adelante.

La comparación entre Margarita y Carlota, entre su comportamiento, los ideales, la forma de actuar y de amar a sus respectivos maridos, surge aunque no la busquemos. Por el hecho de haber convivido en espacios y tiempos semejantes, sus vidas se cruzaron y ambas pasaron a las páginas de nuestra historia signadas por los hechos en que se vieron envueltas o los que ellas mismas protagonizaron. Sea pues la historia quien juzgue a ambas y les otorgue el lugar que merecen.

Y mientras los hechos seguían su desarrollo inexorable, don Benito pensaba y organizaba el regreso de su familia y la reunión tan ansiada por todos:

Chihuahua, agosto 24 de 1866

Sr. Pedro Santacilia

Mi querido hijo Santa:

Recibí las cartas de usted de 12, 13, 18 y 20 de julio cuya contestación va por la Legación. Va la adjunta de Goitia para Merodio. Ocupado ya Monterrey y Saltillo por nuestras fuerzas ya deben ustedes

pensar en su regreso. No hay diligencia ni seguridad en el camino de Kansas a San Antonio. Sólo queda la vía de Nueva Orleáns. Arreglen su viaje del modo que crean mejor y cuando lo crean conveniente, no parándose en gastos para que caminen con toda comodidad posible. Si hay algún buque inglés para Matamoros aprovéchenlo de preferencia. Tráiganse a todos los muchachos y tengan mucho cuidado de María. Que no olvide Margarita de despedirse, ya por carta o por encargo de Romero, de Mr. Seward, Grant y Johnson. Memorias a los amigos y muchos besos a María. Su afectísimo padre y amigo.

Benito Juárez

Por su parte, doña Margarita comenzó los preparativos de su regreso sin olvidarse de la situación militar y política. Volvía a mencionar a Carlota en una carta y confirmaba su ansiedad por el pronto encuentro con su amado “viejo”:

Nueva York, agosto 30 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado viejo:

Recibí tu carta de 27 de julio y he visto con gusto que sigues sin novedad; nosotros todos estamos buenos y sólo la chiquita ha tenido calentura y fue el motivo porque nos vinimos del campo. No me parece bien separarme de Nela estando la chiquita enferma. El cólera, que era otro de los motivos que nos tenía en el campo, casi ha desaparecido, de manera que debes estar tranquilo. La niña sigue bien. Ya sabrás que Monterrey también la tomó Escobedo y sólo esperamos saber que los franceses se retiran de San Luis para emprender nuestra marcha y esperarte en Monterrey. Sólo me tiene con algún cuidado que los periódicos de ayer decían que Carlota volvía para México, pero hoy me he consolado porque dicen todo lo contrario, que ya llegó a Miramar de manera que no sabemos qué creer pero

pronto nos desengañaremos y veremos el mejor camino; no tengas cuidado por esa parte porque Santa ya sabe por dónde nos llevará llegado el caso. Estoy con cuidado porque no he sabido nada de Oaxaca; Pepe no me ha vuelto a escribir. La última carta es de fecha 30 de mayo y en esa me ofreció escribirme largo y no he vuelto a tener noticia ninguna. Las muchachas te mandan mil abrazos y están con mucho alboroto para el viaje; no te escriben porque están alistando una pieza para la mamá de Romero que viene a pasar unos días con nosotras. Saluda a todos y tú recibe el corazón de tu esposa que te ama y desea verte.

Margarita

Por su parte, Santacilia comentó con don Benito la impaciencia que toda la familia tenía por iniciar el viaje. Copiamos de su carta sólo la parte familiar:

New York, septiembre 24 de 1866

Sr. don Benito Juárez

Mi querido padre y amigo:

Escribo a usted desde hoy aunque esta carta no podrá mandarla Romero hasta dentro de tres días, porque mañana me iré con Nela al Niágara y no estaré de vuelta tal vez hasta fines de la semana. Como usted sabe, sólo mi Nela no ha visto la gran catarata y quiero que la vea antes de volver a ese país. No podía emprender el viaje el verano pasado, porque necesitaba estar con María que todavía no dejaba el pecho. Hoy puede ir, porque la niña –que come como una nigua– estará perfectamente cuidada por la vieja y por las muchachas. He recibido esta mañana las dos cartas de usted fechadas el 27 del pasado que vinieron, una directamente y otra por la Legación. No estaré tranquilo hasta saber que somos dueños de Durango. Ya he dicho hasta la saciedad cuanto tenía que decirle acerca de nuestro viaje a Monterrey. Hemos convenido Margarita y yo en emprenderlo

a fines de octubre próximo o a principios de noviembre a más tardar. El cólera continúa haciendo de las suyas por el rumbo de Ohio y por las orillas del Mississippi; existe todavía en Nueva Orleans y lo hay, asimismo, en Brownsville. Es por lo mismo indispensable esperar que refresque la temperatura para que desaparezca completamente la enfermedad. Sería un verdadero desatino emprender ese largo viaje con tan larga familia en medio de ciudades apestadas y en lo peor de la estación. Todavía en este mes es horrible el calor de Nueva Orleans. Esperemos, pues... Recuerdos a todos y usted mande a su

Santa

Pero el desarrollo de los acontecimientos militares relacionados con la desocupación del territorio nacional por las tropas francesas no fue tan sencillo ni tan rápido como la familia Juárez deseaba. Así que Margarita escribió a Juárez en diciembre de ese año la siguiente carta:

Nueva York, diciembre 21 de 1866

Sr. Benito Juárez

Mi estimado viejo:

Recibí tu carta del 19 del pasado y veo que tú crees firmemente que nosotros hemos emprendido nuestra marcha para Monterrey, pero ya por mis cartas verás que ha sido imposible hacerlo y hoy que ya lo podemos hacer estamos pendientes de ver si esto termina más pronto y nos podemos ir por Veracruz, pero si esto no sucede y tú te vienes para Monterrey, entonces inmediatamente disponemos nuestro viaje para reunirnos contigo más pronto. Las únicas ventajas que a mí me resultarían de irme por Veracruz son que yo misma me llevaría a nuestros hijitos, mientras que si me voy por Matamoros no será así. Me alegro que nuestro viaje se haya detenido para poder recibir contestación de tu carta respecto de los adornos del sepulcro de nuestros hijos, porque ahora me resolveré a comprarlos, porque aunque tú no

desapruebes lo que hago, siempre me gusta que tú me lo digas. De manera que ahora voy a comprar los adornos y si me voy por Monterrey dejo aquí encargada alguna persona que tanto los cadáveres como los adornos me los manden por Veracruz cuando nosotros los pidamos. Nosotros esperamos tu carta con ansias, porque creemos que ya nos avisará tu salida para Durango que hemos sabido que lo tomaron los liberales desde el 17; también supimos la toma de Oaxaca por Porfirio y supe que nuestro hermano Pepe está de administrador de la aduana de Matamoros; también hasta ahora seguimos bien y sólo nos ha dado mucha pena la muerte de Tapia, pero qué hemos de hacer; nada más que sentirlo porque era muy bueno y muy honrado y por esa razón ha de haber dejado a su familia pereciendo. Procuren cuando puedan remediarlas en algo, ya que en esos casos no se les puede dar otro consuelo, que siquiera tengan que comer. Todas las muchachas te mandan mil abrazos y yo te mando mi corazón. Tu esposa que no te olvida.

Margarita

Con Macías, que se irá de aquí dentro de ocho días, te mando unas pantuflas y un cartapacio.

A principios del año 1867, don Matías Romero, ministro de México en Washington, fue convocado por Mr. Seward para proponerle un armisticio con el gobierno de Francia. En realidad, Seward ya había tratado con Berthemy, ministro diplomático de Francia en Estados Unidos, a fin de llegar a un acuerdo para poner fin a la guerra y a la invasión, sin tomar en consideración al gobierno republicano encabezado por Juárez, pero el ejército republicano tuvo continuas victorias en todos los estados de la República donde aún combatían los imperialistas.

Maximiliano, perenne indeciso, está en Orizaba, donde sus ministros no estaban de acuerdo en que renunciase. Él se dedicó a incrementar su colección de insectos buscándolos en el campo en compañía del médico Basch. Luego fue a Puebla dando un

largo rodeo para evitar las guerrillas liberales, y de esta ciudad llegó a la de México, para establecer su residencia en la hacienda de La Teja, muy cercana a Chapultepec. Bazaine se preparaba para partir a Francia con el último batallón de su ejército y propuso a Maximiliano que partieran juntos a bordo del *Soberano*, el último barco francés que abandonó las playas mexicanas el 11 de marzo de 1867. Al conocer la derrota que sufrió Miramón en San Jacinto, Maximiliano pidió a su jefe de gabinete, Teodosio Lares: “Tome las medidas necesarias para desenlazar la situación actual”. El gabinete demandó renuncias y dejar sólo a Maximiliano, pero luego le propuso que, para evitar un sitio a la ciudad de México, se trasladara a Querétaro y tomase el mando del ejército, que entablara pláticas para llegar a un acuerdo y poner fin a la guerra, y que convocase a un Congreso en el que se discutieran reformas constitucionales que le permitiesen al clero recuperar sus bienes en forma restringida.

Al fin cayó Querétaro y fue apresado el emperador. La resistencia conservadora continuó en puntos aislados de la República y Porfirio Díaz tomó la capital. En ella entregó a Juárez la enseña nacional que había hecho ondear en el viejo palacio virreinal, unos días antes, en sustitución de la imperial. Juárez comunicó a su familia estos hechos:

San Luis Potosí, mayo 15 de 1867

Sr. Pedro Santacilia

Mi querido hijo Santa:

Ya escribo a usted por otro conducto, en esta misma fecha, participándole la noticia de la toma de Querétaro por nuestras fuerzas. El ataque comenzó a las tres de la mañana de hoy y terminó a las ocho de la misma mañana. Maximiliano, Castillo y Mejía se rindieron a discreción en el Cerro de las Campanas, último punto en que resistieron. Aún no recibo los pormenores. El parte oficial lo recibí

esta tarde por telégrafo. México y Veracruz caerán pronto, para lo que influirá mucho el suceso de Querétaro. Si cuando reciba ésta no ha caído Veracruz pueden ustedes venirse por Matamoros. Memorias a la familia y a los amigos y muchos besos a María. Mañana es el cumpleaños de Nela, felicítela en mi nombre. Suyo, afectísimo padre y amigo.

Benito Juárez

Poco después, don Benito giraba instrucciones al general Berriozábal, comandante militar del estado de Tamaulipas, para que facilitara el viaje de la familia y le diera escolta, pero la familia Juárez Maza tampoco realizó ese viaje debido al inicio de la temporada de lluvias: durante esa época, el recorrido de Matamoros a San Luis Potosí atravesaba caminos intransitables. Sin embargo, el secretario de Estado Seward ofreció al ministro Matías Romero poner a disposición de la señora Maza de Juárez una embarcación estadounidense para que se trasladara al puerto de Veracruz en compañía de su familia.

Al conocer la noticia Margarita, que se encontraba en Washington, le envió a Seward una carta para agradecer su oferta. Por su parte, Seward se presentó en la embajada de México con el propósito de saludar a la señora Maza de Juárez, pero ésta ya había regresado a Nueva York, por lo que no pudo entrevistarla. Únicamente saludó a su hija Margarita Juárez, a quien le comunicó que el barco *Wilderness* estaba a la orden de la familia Juárez en el puerto de Nueva Orleans. Leamos la carta de agradecimiento:

Washington, junio 17 de 1867

Al Honorable William H. Seward

Mi estimado Sr. Seward:

El Sr. Romero me informó oportunamente de la fina oferta que tuvo usted la atención de hacerle el día 10 del actual, en que expresó

su determinación de poner a mi disposición un vapor de guerra de los Estados Unidos, para que me lleve a México con mi familia. Preferiría yo irme por las vías ordinarias abiertas a los pasajeros, para evitar a usted molestias, si fuere posible hacer tal cosa. Pero en las presentes circunstancias, no creo que podría yo ir sin gran molestia por Veracruz, que es el camino más corto y más agradable, si no me aprovechara de su bondadoso ofrecimiento. Suplico a usted me permita darle mis agradecimientos sinceros por su delicada atención en facilitar mi regreso a México y manifestarle que estoy dispuesta para embarcarme en Nueva York o Nueva Orleáns, en donde fuere más conveniente alistar el vapor. Todo el tiempo que necesite serán los días necesarios para llegar con mi familia al lugar de donde deberemos partir. Renovando a usted mis agradecimientos por este favor, soy de usted, mi estimado Sr. Seward, suya afectísima.

Margarita Maza de Juárez

El día 22 de junio, Seward avisaba a Romero que se habían dictado las órdenes para que el guardacostas *Wilderness* llevase a la señora Maza de Juárez y a su familia de Nueva Orleáns a Veracruz. El 26 de ese mismo mes, Matías Romero envió a Seward la lista de personas que viajarían en la nave facilitada: señora Margarita Maza Parada, señor y señora Santacilia e hija, Margarita, Felicitas, Soledad, Josefa, María de Jesús y Benito Juárez Maza; Rafael Zayas, José Romero, Juana Arco, María Rivas y Febronio Arce. Las tres últimas personas integraban la servidumbre de la familia Juárez Maza.

El 29 de junio, la familia Juárez Maza abandonó Washington y emprendió el viaje tan ansiado para retornar a su entrañable patria. Matías Romero los acompañó hasta Baltimore. Fueron a Cincinnati y luego a Louisville, desde donde descendieron en un vapor por el majestuoso río Mississippi hasta Nueva Orleáns, adonde llegaron el 9 de julio ya bien entrada la noche. Al día siguiente, a

las diez de la mañana, sin tomar descanso alguno, se embarcaron hacia Veracruz, donde hicieron su arribo el 14 de julio de 1867. El 16 tomaron el ferrocarril que los llevó a Paso del Macho. Siguieron su viaje en diligencia hasta la ciudad de Puebla. El 23 realizaron la última etapa del traslado, para llegar por la noche a la ciudad de México. Don Benito esperaba a su familia en el hotel Iturbide, ya que las habitaciones de Palacio Nacional estaban siendo rehabilitadas de manera sobria, acorde con las costumbres austeras y republicanas del oaxaqueño y su familia.

Doña Margarita recibió cálidas demostraciones de afecto por parte de sus compatriotas en diversas ciudades por las que pasó. Su llegada a la capital no fue advertida y sólo en la correspondencia de don Benito encontramos noticias de su feliz arribo y de la reunión de la familia. Se han exagerado un poco las atenciones que brindaron a la señora Maza Parada, junto con los reconocimientos que recibió, por lo que preferimos reproducir algunos artículos periodísticos de la época para dar la justa dimensión al acontecimiento.

Llegada a Veracruz

A las nueve y media de la noche del 14 de julio, con una luna clara como el día, entró en nuestro puerto el vapor americano *Wilderness*, conduciendo a su bordo a la señora doña Margarita Maza Parada de Juárez con su apreciable familia. Luego que fondeó el buque se supo en la ciudad que los distinguidos pasajeros que conducía no desembarcarían hasta el siguiente día.

A las siete y media de la mañana del día 15 estaba en efecto rodeado el *Wilderness* de un sinnúmero de botes, adornados con los colores nacionales, en que se habían trasladado multitud de comisiones de todas las clases de nuestra sociedad a saludar y dar la bienvenida a los ilustres viajeros, y poco después se desprendió de los costados del vapor la hermosa falúa del resguardo, rodeada de los mismos

botes, de los cuales partían cohetes y vivas que demostraban el entusiasmo y la alegría.

Poco antes de las ocho, la digna esposa del ciudadano presidente Juárez puso el pie en tierra mexicana, en su país natal, y fue saludada por las entusiastas aclamaciones de todo el pueblo mexicano, que había salido a recibirla con música, banderas y cohetes. El muelle se había cubierto de improviso de vistosas banderas, y dos carruajes del ferrocarril urbano adornados también con banderas mexicanas aguardaban en el desembarcadero para transportar a la distinguida comitiva. En estos momentos se dejó oír la ronca e imponente voz de los cañones del baluarte de Santiago; eran nuestros entusiastas matriculados, los recién llegados de México, en cuyo ataque estuvieron sirviendo la artillería gruesa con notable aplauso del ciudadano general Porfirio Díaz, a cuyas reiteradas y entusiastas instancias no habían podido resistir nuestras autoridades, y que saludaban con una salva de 21 cañonazos el arribo de la digna matrona mexicana, de la ilustre emigrada, que bien merecía ese homenaje después de tres años de no ver el cielo de su patria, de no participar de la vida de sus compatriotas, de no gozar de la compañía de su esposo.

La señora Maza de Juárez fue conducida, entre un inmenso concurso de nuestro pueblo, que ardientemente lanzaba sus ruidosos vivas a la hermosa casa que tenían preparada los hijos de Veracruz y allí la vimos atravesar, conmovida por las demostraciones simpáticas de la multitud, que se retiró en seguida recorriendo las calles al son de la música. La ciudad toda se engalanó con cortinas y ha estado de fiesta; a la hora que escribimos estas líneas se prepara una espléndida iluminación, y la música obsequia con una serenata a nuestra querida huésped que mañana probablemente continuará su marcha a reunirse con su esposo, a quien encontrará ya en la capital de la república.

Quisiéramos que el corazón tuviera un lenguaje traducible en nuestro idioma vulgar; sólo así podríamos expresar los sentimientos que nos han agitado en este día. Hemos visto a la señora de Juárez y nos hemos remontado a los tiempos en que nuestra heroica ciudad le sirvió de asilo durante cerca de tres años; es la misma: los años transcurridos han respetado su tranquilidad y hermosura y, sin em-

bargo, a través del velo que cubría sus facciones, hemos adivinado la huella del sufrimiento que debe haber experimentado fuera de su país natal y separada de su esposo. Hemos visto a nuestro pueblo y francamente nos ha cogido de nuevo la expresión de su entusiasmo. Casi siempre los costeños hemos sido notados por nuestra seriedad y rudos aunque francos modales; hoy, sin embargo, se conoce al vuelo la sed de expansión que tienen todos los espíritus y da la medida de cuanto han padecido nuestros compatriotas durante la lucuosa época del maldito imperio, ese delirio con que hoy se entrega a victoria el triunfo de la república y a saludar cuanto se refiere a sus heroicos defensores...

La Concordia, *Veracruz*, 16 de julio de 1867

Tenemos que seguir dando cuenta a nuestros lectores de los sucesos de estos días, tomándola desde el 15, a las oraciones de la noche en que comenzaba a iluminarse nuestra ciudad con una profusión que nos hizo presagiar un espectáculo espléndido. Así fue, en efecto, llamando especialmente la atención la calle del Teatro, donde se halla la casa habitación de nuestros distinguidos huéspedes, y que estaba alumbrada por millares de faroles que formaban una bóveda de luz de una a otra acera y producían un efecto mágico. Un concurso inmenso llenaba la calle y durante tres horas fue el punto de reunión de todos los habitantes de la ciudad sin distinción alguna. La banda de música, organizada por los artistas que hay en esta ciudad, estuvo tocando una agradable serenata.

El siguiente día, la ciudad volvió a ponerse su traje de fiesta y la calle principal ostentó mayor número de cortinas, banderolas y guirnalda de follaje. Un entorpecimiento en la vía férrea hizo imposible en ese día la continuación de la marcha de los viajeros, cuya circunstancia celebraron los que deseaban agasajarlos y verlos algún tiempo más entre ellos.

El pueblo veracruzano, por medio de una comisión de su seno, expresó a la señora Maza de Juárez sus deseos de acompañarla a dar

un paseo por la ciudad en la tarde, a lo cual se prestó ella con la bondadosa amabilidad que la distingue. Llegada la hora, nuestra ciudad presenció una nueva ovación más entusiasta, más delirante y más popular, si cabe, que ninguna de las que ha habido hasta ahora. Se habían preparado lujosas y engalanadas carretelas para la esposa del ciudadano presidente y las personas de su familia; las calles estaban regadas de ramas de verdura y flores que el pueblo arrojaban al paso del primer carruaje, al que había quitado el tiro de caballos para pasear el sólo a la que entre mil vivas aclamaba como la verdadera madre del pueblo, como la verdadera matrona de México, como la digna esposa del Jefe Supremo de la Nación.

La carretela donde iba la esposa del ciudadano Juárez parecía una barquilla entre las olas de la muchedumbre que la rodeaba y que llenaba muchas calles; nosotros la vimos pasar y le agradecemos su deferencia para con nuestros conciudadanos; recordamos que nos habían dicho que en un tiempo no muy lejano habían sido profanadas nuestras calles por los gritos de unos cuantos parásitos que aclamaban a una extranjera como a su genio tutelar y nos parecía una solemne purificación que recibía nuestra ciudad natal con el tránsito por sus calles y plazas de la verdadera mexicana, de la compañera de nuestros infortunios, de la que en los hosannas del pueblo no veía un homenaje halagador a un vano orgullo, sino un cántico de victoria y de amor con que se olvidaban pasados sufrimientos y se saludaba la aurora de un más venturoso porvenir.

La iluminación y serenata se repitieron en la noche. La familia del ciudadano presidente cuenta en Veracruz con muchas relaciones de amistad y simpatía, que supo granjearse durante su anterior residencia; así es que la casa estuvo llena de visitas de señoras.

A las seis de la mañana del 17, el pueblo veracruzano acompañaba hasta el embarcadero del ferrocarril a la señora doña Margarita Maza Parada de Juárez. Allí se despidió de ella con los vivas más estrepitosos y entre los sonidos de la música salió el tren igualmente adornado, llevándose a la que durante dos días han considerado los veracruzanos como una madre querida, devuelta a su cariño tras de muchos años de ausencia.

¡Que la providencia proteja su viaje hasta llevarla a los brazos de su esposo!

La Concordia, *Veracruz*, 17 de julio de 1867

La familia de Juárez en Puebla

Ha sido magnífica la recepción que se ha hecho en la ciudad de Puebla a la digna familia del ciudadano presidente. Desde la víspera se engalanaron vistosamente las calles por donde debería transitar hasta llegar a palacio de gobierno, que era la habitación que se le tenía preparada; mas, sin embargo, del cuidado con que se vigilaba la aproximación a la ciudad de los ilustres huéspedes, se presentaron tan de improviso y tan temprano a ella, que las autoridades no pudieron recibirlos en la garita, como se había dispuesto, sino en el palacio, adonde llegaron precedidos de un inmenso gentío y en medio de cohetes y repiques de campanas. Después de una hora de permanencia allí, salieron para Cholula, con la promesa de regresar el mismo día; y así lo verificaron, habiendo sido entonces la recepción tan espléndida como debió haber sido la primera; no obstante de que el tiempo de que se dispuso fue demasiado corto.

En el acto se adornaron, por orden del patriótico ayuntamiento, las calles de la carrera de la plaza a la garita de Cholula, se engalanaron los frentes de las casas con lujosas colgaduras y se cerró el comercio como si fuera día festivo. A las doce en punto se anunció la vuelta a la ciudad de la distinguida familia, e inmediatamente lo supo el vecindario, por medio de un repique a vuelo y salieron en coche a recibirla, hasta la garita, los ciudadanos gobernador del estado, el secretario de gobierno, una comisión del patriótico ayuntamiento y muchos funcionarios públicos y particulares, verificando su entrada con una solemnidad digna del objeto que la motivaba.

Por la tarde trabajó en la plaza de armas una compañía de marmeros y por la noche hubo no sólo iluminación vistosa en el frente de palacio de gobierno, sino que el señor obispo hizo otro tanto en el suyo y torre de catedral. Se dio a los huéspedes un banquete de

cien cubiertos, en el que hubo, además, función de teatro en el Principal y fuegos artificiales en la plaza de armas. Esta fue la recepción que se hizo en Puebla, por el gobierno, ayuntamiento y vecindario, a la respetable familia del ciudadano presidente de la república, no por otra cosa, sino por el deseo de tributar un homenaje de gratitud y aprecio al ilustre defensor de nuestra nacionalidad y, sobre todo, a su digna esposa, que con tanto civismo lo siguió en su patriótica peregrinación.

El País, México, 8 de agosto de 1867.

VII. EL ADIÓS A LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA

Una vez arreglado el Palacio Nacional según la austeridad republicana que tanto practicó Juárez, pues se esforzaba en llevar a la vida real y diaria sus ideales liberales, la familia se instaló en varias habitaciones del ala norte, donde actualmente se ubica el Recinto de Homenaje a Juárez, museo de sitio a cargo de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, donde comprobamos la sencillez con que vivían el presidente y su numerosa familia.

Los muebles sobrios, casi todos de madera, hacen resaltar los de latón, muy de moda en esos años. Cortinajes, tapetes y adornos complementarios son de suma sencillez. También contemplamos diversos objetos de uso diario de la familia, los instrumentos musicales de Margarita, así como sus costureros y utensilios de coser y bordar.

La vida de la familia tuvo al fin un periodo de relativa paz y tranquilidad, ya que la salud de Margarita era delicada. Las privaciones, sobresaltos y viajes con múltiples incomodidades que había padecido, fueron minando su salud y, desde el año de 1868, se enfermaba con recaídas cada vez más frecuentes y prolongadas. Durante su estadía en Nueva York, la muerte de sus dos pequeños hijos, la ausencia de su esposo y la nostalgia de la patria hicieron mella en su ánimo, pero su enérgica voluntad le permitió superar esos embates y mantenerse firme, pese a sus periodos de desaliento, quejas y amargura. Hemos encontrado misivas dirigidas a sus hermanos en las que manifiesta no sólo su espíritu solidario con la familia, sino su buen humor. Veamos la que dirige a José Maza:

México, noviembre 26 de 1868

Sr. José Maza

Mi estimado hermano:

Recibí tu carta de 21 del corriente y he visto con gusto que tú y toda la familia están sin novedad, de lo que me alegro mucho. Nosotros seguimos bien, pero la semana pasada tuvo mi hija Márgara una niña y aunque el parto fue muy feliz, después le vino una inflamación que nos puso en cuidado, pero ya hoy se encuentra enteramente buena y tanto ella como yo ponemos a tu disposición a la chiquita. Lo mismo le dirás a Candelaria y dile que cuando me proporciones con quién, le mandaré un regalito. Que le de mil besitos a mi ahijada y los demás sobrinos y ustedes reciban mil expresiones de todos mis hijos. Ya sabrás que la Negra tuvo una chiquita y está enteramente buena. Cuando veas a doña Jacinta, dale memorias y a nuestro hermano Manuelito. Adiós hermano, sabes que te quiere tu hermana la jovencita.

Margarita

Cuando puedas, mándame unas nanches y si puedes un arbolito de ellas.

Con fecha anterior a la que lleva la carta dirigida a Pepe, su hermano Manuel le había dirigido la siguiente misiva:

Oaxaca, octubre 28 de 1869

Sra. Margarita Maza de Juárez
México

Muy querida hermana:

Recibimos tu cartita del 19 de agosto. Hemos sentido de todo corazón todas tus desgracias de familia. Son muchas y muy sensibles,

Dios te dé conformidad para sufrir; pero procura distraerte, no te des a la pena y considera que aún tienes a quien hacerle falta. Pongo a tu disposición y a la de las niñas, un nuevo hijo que tengo, se llama Adolfo: tengo pues seis hombres y una mujercita. Te incluyo esas cartas de la familia. Saluda de mi parte a Santacilia, Nelita, Margarita, Feli y demás niñas. Por acá no tenemos novedad en la familia, salvo los disgustos y sinsabores que dejo a tu consideración. El día que nos lleguemos a ver te contaremos todo lo que hemos sufrido. Que tanto tú como las niñas y don Benito, estén y conserven buenos, son los deseos de tu afectísimo amigo y hermano que te quiere.

Manuel Maza

La familia trató de superar todas estas situaciones y hacer una vida normal, hasta donde era posible. El presidente despachaba en sus oficinas de Palacio Nacional, de diez a dos de la tarde. Acudía a sus aposentos a comer con su esposa e hijos y, luego de una breve siesta, volvía a su despacho de cinco a siete de la tarde. Dice la tradición que, por las noches, envuelto en su capa española y acompañado de su digna esposa, recorría las calles de Plateros hasta llegar a la Alameda, donde ambos disfrutaban un rato del anochecer en la ciudad capital.

Lo que sí es comprobable es la afición de la familia al teatro, pues existe un comunicado dirigido al señor Juárez en el que el cabildo del Ayuntamiento de la ciudad de México le cede su palco en el Teatro Nacional, y al mismo tiempo le devuelve los sesenta y seis pesos que había pagado por un abono, para él y su familia, de la temporada de zarzuela de ese año, 1869.

Margarita Maza y su familia también hicieron intensa vida social, acompañando al presidente Juárez en actos oficiales. Uno de ellos fue la inauguración del ferrocarril México-Puebla, acontecimiento de relevancia económica, política y social que tuvo lugar el 15 de septiembre de 1869, para conmemorar el aniversario de la Independencia. Reproducimos algunos párrafos de la crónica que

hizo Ignacio Manuel Altamirano de esos acontecimientos, porque reflejan no sólo el estilo periodístico de la época, sino también el ambiente social en lo relacionado con los festejos cívicos.

La función del 15 se acabó como de costumbre, con los apretones de la muchedumbre, con las aclamaciones de siempre y con un aguacero terrible que dispersó a todo el mundo, y que apagó farolillos, hachones y candilejas, no quedando un momento después sino las tinieblas y los horrores del diluvio. Entre los que marchaban a sus casas y a guisa de fantasmas nocturnos, veíase a la apuesta dama cuyo vestido de seda se enlodaba en los charcos, y cuyos cabellos postizos caían en el tumulto; a los elegantes pedestres que afrontaban el chubasco con sus guantes blancos y sus botines de charol, y al humilde lépero que se alejaba silbando la marcha *Zaragoza* y el Himno Nacional, sin importarle un pito que el cielo se empeñase en lavar sus harapos tan a deshora.

Por fin, al rayar la aurora, la salva de veintiún cañonazos despertó a los habitantes; los que habían de marchar a Puebla vistiéronse de prisa; a las ocho se hizo la apertura de la Cámara de Diputados; inmediatamente después se pasó a la Alameda, en donde Guillermo Prieto pronunció un discurso; pero todo esto al galope y como si el silbido de la locomotora estuviera apresurando a todos. El acontecimiento principal iba a tener lugar en la estación de Buenavista, y apenas si se apercibían los mexicanos de que había habido discurso en la Alameda. El mismo Guillermo Prieto, en cuanto terminó el discurso, esquivó las felicitaciones de la multitud y echó a correr con dirección a Buenavista, seguido de los rezagados a quienes cada rugido de la máquina causaba palpitaciones, temiendo que los dejara en la ciudad de México.

La casa de la estación y los trenes todos estaban adornados con banderas nacionales, gallardetes, festones y guirnaldas. Una música militar hallábase situada junto al vagón del presidente y todo estaba dispuesto para honrar la figura del primer mandatario. A las diez, un gran rumor nos anunció que el presidente se acercaba; las bandadas militares batieron marcha, las músicas hicieron oír los acentos

del Himno Nacional, los soldados presentaron armas, y la artillería hizo la salva de 21 cañonazos que previene la ordenanza. El humo comenzó a desprenderse en gigantescos penachos de la chimenea de la locomotora, el vapor dejó escapar sus agudos silbidos, y a las diez y cuarto el tren partió para Puebla, en medio de una aclamación universal.

El tren hizo una parada de quince minutos en Apam y al llegar al límite del Estado de Tlaxcala, en Santa Ana Chiautempan, la multitud de ciudadanos esperaba para saludar al presidente. Juárez tuvo que salir a la plataforma de su carro y desde allí, vitorear a Tlaxcala, a la República y a la libertad. Y luego recibió al gobernador de ese Estado, señor Lira y Ortega. El convoy continuó su camino llegando a la ciudad de Puebla al atardecer en medio de un fuerte aguacero.

Continúa Altamirano:

A las nueve de la noche del mismo día 16, el Teatro de Guerrero, espléndidamente iluminado y decorado, abría sus puertas a la numerosa concurrencia invitada, con algunos días de anticipación por la empresa del ferrocarril. A las diez, todo el local se encontraba lleno de gente; el salón, los palcos, las galerías, por donde quiera se hubiera buscado en vano un pequeño espacio vacío. Nos es difícil asentar los nombres de las damas elegantísimas de México que allí se encontraban. Eran tantas que perderíamos la cuenta y temeríamos omitir, contra nuestra voluntad, algunas de importancia; bástenos decir que casi todas las que allí había y que resplandecían de belleza, de lujo, eran hijas de la ciudad de México.

La pieza musical de esa noche fue compuesta por el maestro Melesio Morales y se llama *La Locomotiva*. A imitación de algunos músicos alemanes, Melesio hizo prodigios de imitación armónica, inventando nuevos instrumentos para reproducir fielmente el rugido del vapor, el silbido de la máquina y hasta el rodar de los carros en los rieles de fierro.

Numerosas personas se retiraron a las dos de la mañana; otras permanecieron hasta las cinco y apenas tuvieron tiempo para dormir

un rato y vestirse con objeto de asistir al almuerzo –comida que daba el gobernador de Puebla a la una del día.

El antiguo colegio de jesuitas, llamado La Compañía, es hoy colegio del Estado, y allí dispuso el gobernador que tuviera lugar el banquete con que se obsequiaba al presidente, su familia y demás visitantes de México, pues no pudo encontrarse en todo Puebla un salón más espacioso que el que servía de refectorio a los reverendos padres jesuitas. Tan luego llegó el presidente con su familia, nos dirigimos todos al refectorio en donde encontramos la mesa adezada y los vinos de Burdeos, Borgoña, de España y del Rhin. El banquete estuvo servido por el amigo Fulcheri. A los postres comenzaron los brindis, pronunciándose los primeros en la mesa de la cabecera ocupada por el presidente, los ministros, los empleados del ferrocarril, el ministro americano y el gobernador de Puebla.

El 18, el simpático general Alatorre dio un banquete a sus amigos en una huerta a extramuros de la ciudad. Hubo muchos brindis, uno de ellos por el general Porfirio Díaz y una magnífica improvisación de Guillermo Prieto, quien había faltado al banquete del día anterior.

En la noche del 18, una compañía mexicana dio la ópera *Norma* en el Teatro Principal. Este es feo, no tanto como el nuestro del mismo nombre; está decorado de modo que presenta, por el papel que cubre los palcos, el aspecto de un sucio camisón de percal. Como sirve también para los juegos de gallos, el piso esa noche estaba confortablemente húmedo, pues era el suelo desnudo.

Norma fue cantada, no precisamente para aumentar la gloria de Bellini. Las decoraciones eran raquíticas, las sacerdotisas eran cinco, inclusive las que no cantaban; los sacerdotes y guerreros sumaban por junto unos diez. Manuelita Pineda hizo esfuerzos por sacar voz de su endeble garganta; la Santos nos mostró sus lindos ojos y bonitos pies; el apreciable Grau que fue llamado de México para hacer el papel de Polión, sacó en los brazos desnudos unos vistosos manguitos de pelo natural y se dio en los momentos de aflicción, que fueron muchos, más de cincuenta palmadas.

En los días 18 y 19 la pobre gente de México que se quedó, pasó las horas visitando iglesias, oyendo historias de milagros y asistiendo



Lápida de doña Margarita Maza de Juárez, localizada al pie de la tumba de don Benito Juárez en el panteón de San Fernando, en México, D. F.



Esquela publicada en el *Excelsior* el 3 de enero de 1871.

en la noche a la plaza en donde las músicas militares tocaban escogidas piezas.

Los convidados menos ansiosos de diversión se volvían a México viniendo como arenques en los vagones. Tal era la prisa que manifestaban por regresar. El 20 en la noche hubo un nuevo baile ofrecido por el gobernador en donde casi todas las señoras asistentes eran de la ciudad de Puebla. El presidente con su familia y demás invitados regresaron a México visitando a su paso la ciudad de Tlaxcala y llegando a Buenavista a las cinco de la tarde del 21 entre el estruendo de las salvas de artillería, los ¡vivas! de la multitud y los repiques a vuelo de las campanas.

De esta manera se ha inaugurado en la República el primer tramo de vía férrea que une dos grandes centros de población. El hecho no habría tenido grande importancia en cualquier otra nación como los Estados Unidos, Inglaterra o Francia, que se hallan cruzadas en todas direcciones por las vías férreas; pero en México el acontecimiento ha sido del más alto interés, por ser el primero de su especie, y porque él abre a nuestros pueblos nuevos horizontes de esperanza y de felicidad.

En la correspondencia de Juárez encontramos al respecto la siguiente carta:

Puebla, septiembre 19 de 1869

Sr. don Pedro Santacilia

Mi estimado amigo:

Mañana voy a Tlaxcala y volveré a la tarde para asistir al baile que el gobernador dará en la noche a los del ferrocarril. Guzmán y Romero Rubio se irán mañana para ésa para arreglar lo de las comisiones, según dicen. Yo no les he hecho ninguna indicación, ni los he autorizado para nada. Pasado mañana estaré en ésa sin falta. Los de Tlaxcala y Cuéllar están muy empeñados en que Margarita vaya a

estar con ellos un día. Probablemente la dejaré allí pasado mañana y se irá para ésa el miércoles o jueves. Memorias a toda la familia y muchos cariños a María y las demás chiquitas. Suyo afectísimo.

Benito Juárez

Igual sucedió durante la visita que Mr. Seward realizó a México en el año de 1869, quien había renunciado a su cargo al llegar a la presidencia de Estados Unidos el general Ulysses S. Grant, y a los setenta y cuatro años de edad realizó un largo viaje por México, al que arribó el 2 de octubre por el puerto de Manzanillo, donde fue recibido con grandes muestras de simpatía. De allí se trasladó a Colima.

Continuó su viaje pasando por Tonilá, San Marcos, Sayula, Techaluta, Zacoalco, Guadalajara, Zapotlanejo, Tepatitlán, San Juan de los Lagos, León, Guanajuato, Celaya, Querétaro y San Juan del Río. Después de este recorrido, que duró más de un mes, Seward llegó a la ciudad de México el 15 de noviembre. Salieron a recibirlo hasta Cuautitlán el ministro de Relaciones, Sebastián Lerdo de Tejada, y Matías Romero, a quienes acompañaron algunos estadounidenses residentes en nuestro país.

Don Benito Juárez, acompañado de Margarita y una de sus hijas, esperaban a William Seward en la garita de la Tlaxpana. El ex ministro venía acompañado de su hijo Frederick, de su nuera, de un amigo y del coronel Albert Evans, periodista y comandante de la milicia de San Francisco. Todo este grupo se trasladó a la casa situada en Alfaro número 15, residencia que se había preparado para Mr. Seward.

La visita de este personaje alteró la vida social y política de la capital. Don Benito Juárez se sentía obligado con él por las atenciones que había tenido con su familia durante su temporada en Estados Unidos. De manera oficial, el gobierno se veía comprometido a guardarle especiales atenciones por haber tenido un papel

importante en la terminación de la Guerra de Intervención francesa. La oposición vio con desconfianza la visita y le molestó la especial hospitalidad que se le brindaba. Manuel Payno, con su acostumbrada agudeza periodística, destacaba que la acción más importante de Seward fue haber participado en la abolición de la esclavitud en Estados Unidos.

El ex ministro Seward ofreció el 18 de noviembre un banquete al que concurrió el secretario de Relaciones Lerdo de Tejada. En otro salón del mismo hotel, la señora Margarita, una de sus hijas y otras damas acompañaron a la nuera de Seward. Lerdo de Tejada elogió la actuación del visitante durante la Guerra de Secesión y agradeció el apoyo que había brindado a México durante la invasión francesa.

Seward pronunció un discurso en el que agradeció las atenciones recibidas, considerando que se brindaban al gobierno y pueblo de Estados Unidos y no a su persona. Reconoció que su “único mérito en este asunto consiste en que me fue dado contribuir con mi humilde cooperación a establecer, en un momento de prueba y de dificultades y después de muchas desagradables contingencias, una alianza moral justa, recíproca y benigna entre las dos grandes repúblicas americanas”.

Pocos días después, en la casa donde se hospedaba Seward le fue ofrecido un concierto al que asistió un reducido número de personas que acompañaron a la familia Juárez. Actuaron Soledad Vallejo, el pianista Tomás León, el violinista Delgado y otros artistas. Juárez ofreció una comida en el Castillo de Chapultepec, a la que asistieron Seward y sus acompañantes, los secretarios de Estado con sus esposas y algunos amigos de la familia Juárez Maza.

Las actividades sociales concluyeron con un baile, celebrado el 9 de diciembre en el Teatro Nacional. El 18 Seward dejó la capital con rumbo a Puebla. Estuvieron a despedirlo Juárez y sus ministros de Relaciones, Guerra y Hacienda. El visitante llegó a Veracruz y se embarcó hacia La Habana, de donde escribió a

doña Margarita invitándola a que visitara su casa en Auburn, para que restableciese su salud con un periodo de descanso. Leamos las cartas:

Veracruz, enero 8 de 1870

Sra. Juárez
México

Mi querida señora Juárez:

La providencia no es caprichosa ni aun en la dirección de los acontecimientos políticos. Recibí como un gran favor suyo el que me hubiese permitido veros y conoceros en los Estados Unidos durante vuestro destierro; pero coronó mi felicidad permitiendo que fuera yo vuestro huésped después que volvisteis al seno de vuestra familia y amigos y a vuestra elevada posición en México. Confiaría en ella demasiado si esperase poder recibirlos a vos, a vuestro esposo y amigos en mi propia casa de los Estados Unidos; sin embargo no me abandonará esa loca esperanza. Entretanto y, en todo caso, os ruego que me recordéis como un amigo leal y reconocido por toda la vida.

William H. Seward

La Habana, enero 22 de 1870

A la Sra. Juárez

Mi estimada señora Juárez:

No puedo dirigir mi última mirada a México sin presentar a usted mi nuevo reconocimiento por su bondad y grande hospitalidad. No estaré satisfecho hasta que tenga la oportunidad de dar una prueba práctica de la estimación que ellas me inspiran. Hemos llegado aquí muy fatigados; pero con un tiempo delicioso y todos estamos

perfectamente buenos y contentos. He sabido que la salud de usted continúa quebrantada y en los periódicos he visto que intenta hacer un viaje a Europa. Más le convendría a usted venir a Auburn, donde trataría yo de hacer agradable su residencia y propia para que se restableciera. Pero cualquiera que sea el punto a donde vaya o resida, acepte usted mi respeto, estimación y simpatía. El señor y la señora Frederick Seward me suplican que al escribir a usted los presente a sus afectuosos recuerdos.

William H. Seward

El 17 de octubre de 1870 el señor Juárez sufrió un fuerte ataque al corazón, que puso en aprietos a sus médicos y a su familia, pero pudo recuperarse por la noche, y al día siguiente se encontraba fuera de peligro. Como Margarita se hallaba delicada de salud, la familia se había trasladado a una casa en las afueras de la ciudad, en la calle de Puente Levadizo (hoy Serapio Rendón), junto al templo de San Cosme.

A este domicilio se trasladó una comisión enviada por la Cámara de Diputados para enterarse del estado de salud del presidente de la República y poder tomar las medidas pertinentes. Poco antes de las siete de la noche, pasó a tribuna el diputado Montiel e informó de la recuperación del enfermo, aunque seguía en estado grave. El día 18, tan luego se inició la sesión de la Cámara a la una y media de la tarde, el diputado Montiel informó que le era grato anunciar que el mal había cedido completamente y que el enfermo se hallaba fuera de peligro.

Sin embargo, estas fuertes impresiones agravaron la situación de Margarita, la abnegada esposa, quien como ya comentamos, andaba mal de salud desde tiempo atrás. Durante el año anterior había realizado un viaje a Puebla, buscando alivio en las aguas sulfurosas y termales. Los periódicos de la capital informaron en mayo de 1870 que “la señora Maza de Juárez había sido víctima de un fuerte ataque de la enfermedad que hace tiempo padece”.

Posiblemente las fuertes impresiones y preocupación por el ataque al corazón que sufrió su esposo a mediados de octubre hicieron que el organismo ya enfermo de Margarita se venciera. Se agravó su mal el 25 de octubre, dos días después del trastorno de don Benito. No obstante la intervención de los médicos de la familia, el estado de salud de la digna señora fue empeorando durante los siguientes meses. Algunos de los descendientes de la familia Juárez Maza, que guardan con cariño la tradición familiar, consideran que la enfermedad que atacó a Margarita por varios años fue el cáncer. Esto explicaría el lento proceso de agudización de sus males.

Al finalizar diciembre se esparció la noticia de que la señora de Juárez se encontraba enferma de cuidado y en la noche del 29 corrió el rumor de que había muerto, pero fue hasta las cuatro y media de la tarde del día dos de enero que murió Margarita Eustaquia Maza Parada, en presencia de su esposo y de algunas personas amigas, como la señora Luciana Arrazola de Baz.

Toda la prensa de la capital de la República enlutó sus columnas al día siguiente, como era costumbre en esa época, y dedicó amplias notas manifestando su pena y acompañando al presidente Juárez en su dolor. También comunicó a sus lectores que el cadáver de Margarita había sido velado en su casa de la calle de Puente Levadizo, donde expiró. De allí partiría el cortejo fúnebre a las cuatro de la tarde del 3 de enero con rumbo al panteón de San Fernando. La Diputación Permanente se reunió en sesión extraordinaria el día 3 de enero a las 14 horas. El diputado José de la Luz Rosas, presidente de una comisión de cortesía, informó que había entrevistado el día anterior al presidente de la República a nombre del Congreso, para hacerle presente su pena por la gravedad de su esposa.

El presidente de la Diputación Permanente, Ramón Guzmán, encargó a la misma comisión que había desempeñado la anterior encomienda que, ampliada con los señores diputados Velasco y Macín, acompañaran en el duelo al presidente de la República.

Durante la época juarista, de austera y auténtica vida republicana y democrática, las cortesías y consideraciones oficiales al presidente de la nación tenían un estrecho límite. El presidente de la Diputación Permanente, no obstante la general simpatía por Margarita Maza, únicamente pudo decir lo siguiente: “Como la señora esposa del ciudadano presidente de la República no tiene ninguna representación oficial, no puedo tampoco nombrar una comisión especial para que asista a los funerales y, por lo mismo, me limito a invitar a los ciudadanos diputados para que concurren en lo particular”.

En el mismo espíritu, el Benemérito se opuso a que se publicaran esquelas en los periódicos o se enviaran participaciones escritas, como era de uso en la época, por lo que los periódicos, incluso los de oposición al régimen juarista, se encargaron de divulgar la noticia y llenar de muy merecidas alabanzas a Margarita. Veamos algunas notas:

La señora doña Margarita Maza de Juárez

A las cuatro de la tarde de ayer falleció esta apreciable señora, después de sufrir por más de dos semanas los estragos de una cruel enfermedad que desde antes minaba su existencia, aunque en su semblante aparecieran, por el contrario, los síntomas de la salud y del bienestar. Con una resignación ejemplar sufrió sus padecimientos y se preparó al trance terrible de la muerte, y expiró, en fin, en medio del duelo de toda su familia y de los amigos y amigas adictos a su persona y no al rango elevado que ocupaba en la sociedad, distinguiéndose entre todas la señora Luciana Arrazola de Baz, que no se separó de su lado desde el momento en que los facultativos declararon el estado de peligro en que se hallaba. El señor Juárez permaneció constantemente a la cabecera de su esposa, dándole con esto una prueba de su cariño, y presentando también un ejemplo como padre de una apreciable familia.

Al anunciar esta triste noticia, vestimos de luto nuestro diario, no sólo por el respeto que se debe al Primer Magistrado de la República

sino porque su esposa, sin necesidad de esas consideraciones sociales, merecía por sus virtudes y privadas prendas, ser sentida de cuantos la conocieron.

Modesta y afable con todo el mundo, y especialmente con los pobres, la elevación del señor Juárez en nada influyó en cambiar su carácter. Jamás tomó parte alguna en la política, ni tuvo la más insignificante ingerencia en los negocios del gobierno, y si alguna vez interpuso su influjo respetable de señora, fue a favor de un desvalido, de una viuda o de un ciudadano ameritado. Madre de una familia, celosa de dejar una buena educación y una sana moral a sus hijos, aun en medio de los azares de la emigración y del destierro, no dejó un momento de llenar cumplidamente los deberes que tiene la cabeza de una familia.

Adicta y siempre amorosa, fue para él, durante largos años, su constante y fiel compañera en los tiempos de infortunio, y los de prosperidad los acogió sin sorpresa y con modestia. Su vida fue enteramente doméstica, y la sociedad de México no ha tenido que criticar ni su lujo, ni su influencia, ni aun siquiera sus maneras. Tipo de la sencillez democrática, ha vivido en la capital sin ostentación ni pretensiones, y ha terminado su vida en el seno de su familia para pasar al seno de Dios, sentida y respetada de todas las comunidades políticas, cuya saña no podía alcanzarla. Damos el pésame más sentido al señor Juárez, y nos asociamos al duelo general de la ciudad por tan desgraciado acontecimiento.

El Federalista, 3 de enero de 1871

La señora Juárez

Ayer a las cuatro y media de la tarde ha recibido el cielo en su seno a la virtuosa esposa del Presidente.

La señora Juárez fue una persona modesta y consagrada a su familia. Fue el ángel del hogar, jamás se le veía más contenta y más valerosa que cuando su buen humor y su grande alma tenían que aliviar las penas que agobiaban a su familia. Entonces, en las peregrinaciones,

en los destierros, en la prisión, era cuando su espíritu prodigaba su perfume inagotable de ternura y de bien. Como el viejo soldado al oír el redoble del parche, sonríe y se cuadra, así Margarita se transformaba en heroína cuando la desgracia tocaba las puertas de su casa.

Todos en ella hemos sentido una pérdida inmensa, un modelo para nuestras esposas, en espléndido ejemplo para nuestras hijas, los desgraciados han perdido una madre, los que sufren un consuelo, los perseguidos un abogado clemente e incansable, la virtud una estrella. Dios conquista un ángel; pero su familia pierde un tesoro que llorará siempre sin poderlo restaurar nunca.

La redacción de *La Paz*, que también ha perdido seres queridos, acompaña a la familia Juárez en su justo sentimiento; pues comprende la intensidad de esa clase de dolores.

La Paz, 3 de enero de 1871

Nota necrológica

Ayer a las cuatro y media de la tarde falleció la señora doña Margarita Maza de Juárez, esposa del señor Presidente de la República. Aunque hace días que era conocida la gravedad en que aquella señora se encontraba, sabiéndose que la ciencia había pronunciado su terrible fallo, no por eso dejó de causar sensación la noticia de haberse cumplido el término fatal, que se veía venir de una manera inevitable.

Esto lo explican, no tanto el elevado rango que la señora Juárez ocupaba en nuestra sociedad, cuanto las virtudes relevantes de que se hallaba adornada, siendo no sólo el modelo de esposas y de madres, sino una de esas personas, cerca de las cuales hallan siempre la desgracia y la miseria, consuelo y auxilio en sus hondos dolores.

Inútil sería en estos momentos añadir algo al sentimiento público de que es objeto la sensible pérdida que la sociedad de México acaba de sufrir. El verdadero elogio de la virtud, se encuentra en las silenciosas, pero elocuentes lágrimas, que el desgraciado derrama

sobre una tumba venerable; y ya son muy abundantes las que se vierten por la señora Juárez.

Los funerales tendrán lugar hoy a las cuatro de la tarde, saliendo el acompañamiento de la casa de San Cosme al panteón de San Fernando. No se ha hecho invitación especial, pero estamos ciertos de que una gran multitud, de toda clase de personas, se apresurará a acompañar los respetables restos de la que pasó por la tierra haciendo el bien, dejando a los que le sobrevivieren una memoria santa y querida.

Entretanto, nosotros acompañamos a la digna familia de la señora Juárez en su justo pesar, haciendo votos para que encuentre la resignación, que es el único consuelo que la Providencia ha dejado en el fondo de los grandes dolores. La gratitud y la inmortalidad son el premio de la virtud; ellas regarán las flores inmarcesibles la última morada de la señora Juárez.

El Siglo Diez y Nueve, 3 de enero de 1871

Los funerales de Margarita

Los que tuvieron lugar ayer por la tarde por la señora Juárez, excedieron con mucho a lo que se había previsto, no por el lujo y la ostentación, puesto que en sí mismos no pudieron ser más modestos, sino por la espléndida concurrencia que espontáneamente se apresuró a tributar ese último homenaje de respeto a la virtud.

Difícil sería decir el número de personas que formaron el acompañamiento; puede afirmarse, sin embargo, que todas las clases sociales, todos los partidos estaban allí representados, dando un testimonio público de que no en vano se hace el bien sobre la tierra, y de que en el sepulcro se depuran y hacen más vivas las simpatías por aquellos seres que han comprendido mejor su misión social. En el panteón de San Fernando tomaron la palabra sucesivamente los señores don Guillermo Prieto y don Joaquín Villalobos; este último a nombre del Club del Pueblo y en elocuentes y sentidísimos discursos interpretaron las solemnes emociones que embargaban a todos los circunstantes.

Así pasó este acto más serio que triste: la tarde fría y nebulosa, parece que estaba en armonía con aquella escena, en que dominaban las más graves ideas y los más profundos sentimientos; y al disolverse la reunión, la luna derramaba su pálida y misteriosa luz sobre el suelo de la muerte.

¡Descanse en paz!

El Siglo Diez y Nueve, 4 de enero de 1871

Los funerales de la señora Juárez

La señora falleció en su pequeña casa de San Cosme que había tenido empeño en adornar con sencillez, para proporcionarse en familia los placeres del campo, sin estar muy apartada de la ciudad, donde los negocios obligaban a permanecer al señor Presidente.

A las cinco de la tarde fue conducida al panteón de San Fernando. No fue entierro oficial ni se invitó a nadie especialmente, ni las autoridades intervinieron en hacer ningún preparativo, y sin embargo, los funerales fueron de los más solemnes que hemos visto en México. Una numerosa concurrencia, que espontáneamente asistió, llenaba las calles, la calzada y la habitación.

Entre la multitud de personas distinguidas observamos al Sr. Nelson, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos y su secretario, al señor ministro de la confederación alemana y la de Italia, según se nos dijo; a los señores secretarios de Estado Lerdo de Tejada, Romero, Mejía y Valcárcel, a los jefes y empleados de las oficinas, a los jefes militares, a la mayor parte de los diputados residentes en la Capital y a diversas personas de todos los partidos y de todas las facciones, notándose también muchos comerciantes extranjeros. Los carruajes eran numerosos y contamos hasta ciento cincuenta, quedando todavía otros en las calzadas, de modo que la procesión fúnebre llegó al panteón, y todavía los carruajes no acababan de pasar por la casa mortuoria.

El señor Juárez, al parecer, con su habitual serenidad, estaba positivamente conmovido, y no pudo impedir que asomaran las lágrimas

a sus ojos cuando se acercó el momento de que la compañera de tantos años fuese conducida a la última morada. Fue, sin embargo, superior a su dolor. Se levantó del sofá donde estaba sentado, y pasó en unión de don José María, hermano de la señora, a la recámara donde estaba tendida, y entre los dos cumplieron el último deber, y depositaron en el ataúd el cuerpo frío e inanimado. Cuando el señor Juárez salió, vacilaba como un hombre que ha sido acometido de un vértigo, y se sentó silencioso tratando de dominar las emociones. Quedó acompañado del Dr. Alvarado, de personas de su familia y de dos o tres amigos, y la fúnebre procesión partió, quedando aquella casa sola, silenciosa, triste, envuelta en las frías brumas de la noche.

El Federalista, 4 de enero de 1871

Rasgo de adhesión republicana

Los generales Negrete y Aureliano Rivera, no sólo se presentaron en la casa del señor Juárez como muchas otras personas, sino que, como si fueran individuos de la misma familia, se dedicaron a diversos quehaceres y faenas que se ofrecen en semejantes ocasiones. Personalmente se ocuparon en soldar la caja de cinc en que fue colocada la señora doña Margarita Maza de Juárez, dando con esto una prueba de personal adhesión al presidente de la república.

He aquí los frutos de la amnistía y cómo germina el bien en ciertos corazones. Qué importa la sátira del hipócrita que paga los sanos y sinceros oficios en su favor con una injuriosa indiferencia, cuando se ve a los hombres valientes que estaban proscritos, reconciliados sinceramente con la sociedad y dispuestos a serle útiles, a ayudar en su progreso y reconstrucción.

Repetimos que nos llenó de placer este rasgo de Aureliano y de Negrete, que para nosotros significa también una esperanza de paz y un indicio cierto de que la opinión de muchas personas importantes, y hasta hoy disidentes, se inclina al señor Juárez.

El Federalista, 4 de enero de 1871

Funerales de la señora Margarita Maza de Juárez

Antier en la tarde se verificó la inhumación del cadáver de la señora Juárez. Había circulado entre el público el rumor de que el C. Presidente rehusaba dirigir invitaciones a sus amigos, por no inferirles la molestia de que concurriesen a un punto distante del centro de la ciudad. Los periódicos espontáneamente publicaron la hora fijada para el entierro. Las autoridades, obedeciendo órdenes superiores, prohibieron toda manifestación oficial. La solemnidad del martes tiene de grande lo espontáneo, lo popular, lo íntimo del afecto por expresarnos así. Más pareció una ovación que un duelo.

A las cuatro de la tarde las avenidas de la casa mortuoria, que son las calzadas de San Cosme y La Teja, estaban inundadas de carruajes, caballos y multitud de gente a pie. La casa del señor Juárez, situada contigua a la iglesia de San Cosme, estaba realmente apretada de gente. Jardines, corredores y piezas interiores, ocupaban la más variada y numerosa concurrencia. No hubo oficina ni cuerpo del ejército, ni corporación, ni club, ni establecimiento de beneficencia que no estuviese allí representada.

El Congreso, la diplomacia, la prensa, todo el mundo tributó su homenaje de respeto a la digna esposa del Presidente. Los hombres de las más encontradas opiniones, buscaron tregua a sus sentimientos para que imperase el común pesar por la gran pérdida que parecían todos sufrir. Conmovía ver a la gente del pueblo, especialmente artesanos, con sus moños de gasa negra en el brazo, sobre su vestido humildísimo.

Se nos dijo allí que el mismo C. Presidente, con la entereza que le conocemos, había colocado el cadáver en el ataúd, acompañado reverentemente del hermano de la señora, del señor Santacilia y de los generales Negrete y Aureliano Rivera, que acudieron allí. El primero, recordando su noble oficio de artesano, dicen, soldó la caja de cinc que cubría el cadáver.

La concurrencia partió. Debajo, sobre los arcos, en balcones y azoteas, hervía la multitud. Seguían al cadáver representando el duelo, el ciudadano ministro de Relaciones, el señor licenciado Dublán y don Delfín Sánchez, hijo político del señor Juárez. Cuando el

fin de la comitiva de a pie desembocaba en la calzada frente a las colonias, la cabeza de la procesión llegaba al frente de la calzada de Apizaco, en grupos, formando una corriente negra que nada interrumpía.

Esta muchedumbre en silencio y llena de compostura, esa pompa del dolor mudo, esa ausencia de música de tropa, de todo lo que recuerda la orden suprema, fue para nosotros imponentísima. El panteón estaba sencillo, pero elegantemente adornado, al frente del sepulcro de la familia del señor Juárez, sepulcro circundado de un pequeño jardín que cultivaba personalmente la señora, se colocó un altar para recibir el ataúd.

Grandes cirios ardían en los candeleros que tiene el enverjado de fierro que rodea el sepulcro. Al frente de él estaba la tribuna. En medio del recogimiento más profundo subió a ella el C. Guillermo Prieto seguido de la hermosa oración que pronunció el C. Villalobos. Todo comentario desnaturalizaría este acto grandioso por su espontaneidad y sencillez. La memoria de la virtuosa señora a quien tan noble homenaje ha rendido México, tuvo una apoteosis. Que la familia tenga consuelo para su dolor, es el voto sincero de la redacción.

La Paz, 6 de enero de 1871

Oración fúnebre de Guillermo Prieto

¿Pues qué, es posible que mueran las personas a quienes amamos? ¿Pues qué, es posible que sólo quede vibrante mi voz para caer a perderse en esa sombra sin fondo que se llama la muerte, en ese vacío en que no repercute el eco humano que se llama olvido? ¿Cómo es posible para mí, señora, objeto de mi veneración por años de años, contemplar tu existencia devorada por ese monstruo de granito que se llama tumba? ¿Cómo es posible señalarte despojo a ti, joya de tu sexo, blanca azucena de tu hogar modesto, acariciada con los rayos de oro de la virtud y la fortuna?

¡Oh no! ¡No puede ser! Sentirse amada, derramar ventura, tener cerca de los labios la copa de la vida rebosando en días felices,

generosa matrona, y disiparse y desaparecer, cuando se asían de tu cauda de ángel del Señor, las manecitas del niño que saludaba la existencia, cuando te retenía el amor del esposo desolado y de los hijos, cuando la amistad tendía a tus pies como un tapiz de flores sus afectos, y cuando como un himno perpetuo te ensalzaban las bendiciones de los pobres mil a quienes socorrías.

¡Digna y santa matrona! Las mujeres como tú no tienen historia, son como esas olas cristalinas que descienden de lo alto de nuestros volcanes, reflejando el azul de los cielos, fecundando los campos y dejando apenas escuchar su ritmo enamorado en el silencio de los bosques.

En esas mil delicadezas de la ternura, en esa perspicacia sin pretensiones del talento que procura la felicidad del hogar, en esa consagración asidua del alma que se olvida de sí para procurar la dicha de los que nos rodean... allí está la historia de tu vida entera, palpitante como tu primer beso maternal, dulce como las inflexiones de voz melodiosa, pura y ardiente como cintila la estrella vespertina entre los celajes con que ciñe la primavera nuestro Occidente.

Cuando en los ardientes días de mi juventud tempestuosa, llegó a mí tu nombre, le vi flotar como una bendición sobre la frente del que te acababa de conducir como esposa a los altares. En la existencia borrascosa que quiso el cielo conceder al amado padre de tus hijos, tú fuiste como esos talismanes de los guerreros antiguos que les preservaban de los peligros y que al estrecharlos reverentes contra su corazón, les predecían infalibles la victoria.

Cuando lanzó sobre tu seno su dardo emponzoñado la persecución inicua, castigando en ti el heroísmo de tu consorte que enarbola-ba en las playas de Veracruz la desgarrada bandera de la Reforma; por ensalzar la altura de su nombre, por no manchar con una sombra de debilidad la grandeza de su causa, atravesaste a pie rodeada de tus niños inocentes la fragorosa Sierra de Oaxaca, y fuiste allí, donde ni lo mortífero del clima detuvo tu planta, ni los peligros mil te retrajeron del deber.

Modesta y casi pidiendo excusas de tu legítima grandeza en los palacios, jovial, humana y casi orgullosa bajo un árbol del desierto y

en medio de las privaciones de una peregrinación dolorosísima, te he contemplado, señora, con muda admiración, y cuando tu ternura extremosa se reflejaba sobre la frente digna de mi María, aliento de mi ser y sangre de mi mismo corazón; no creía yo, ingrato por consideraciones humanas, que aquí junto de tu lecho de piedra, cuando ya no me oyes... te pagara mi primer tributo público de gratitud.

Para ti no lágrimas, señora, la muerte es el botón grosero que encierra la flor purísima de una nueva existencia. Esa flor perfumada de la inmortalidad. Nosotros que quedamos en la playa, viendo partir para siempre la nave que encerraba tantos tesoros de amor y de bien, nosotros debemos unir nuestro llanto a las lágrimas de los ojos que se fijan en el vacío inllenable que dejas en tu hogar.

¿Por qué moriste, pues, Margarita, por qué moriste? ¿Cómo rehacer aquel cuadro de felicidad que ayer presenciábamos todos, sintiendo frescas y ligeras nuestras almas?

Los nietecitos, seguidos de sus padres, jugando entre las flores; las niñas buscando tu regazo con las mil coqueterías de su temprana vida; tú al lado del esposo como adivinando sus cuidados, para aliviarlos; anticipándote a sus deseos, divagando sus penas con las gracias del talento y con la solicitud eficaz del cariño.

Vuelve a tu hogar los ojos, vuévelos y verás lo que vale para los tuyos la fortuna sin ti, el poder sin tu sombra, la vida sin tu amparo generoso. Duerme en paz modesta y santa madre, entre esas flores, que tú con tus manos cultivaste para los hijos que te precedieron en la tumba... Sus huesos se estremecerán de amor al contacto del cuerpo que les dio un tiempo de vida.

Adiós, señora... adiós... permita el cielo que a los que dejas el tesoro valioso de tu memoria querida, no los persigan nuevos infortunios, que hagan de tu tumba la fuente de su consuelo: que tus hijos conviertan la losa de tu sepulcro en el altar sagrado en que ofrezcan a tu recuerdo las virtudes que tú les enseñaste.

México se asocia espontáneamente a este intenso duelo de familia ¡Es tan bello contemplar en la cima del poder reverberando el blanco lacero de la virtud! ¡Es tan noble que la misericordia con el desvalido cobre las formas de la matrona opulenta que parece nacer

sólo para los placeres! ¡Es motivo de legítimo orgullo poseer madres, esposas y mujeres como la señora Juárez!

¡Noble y santa mujer! Acoge nuestro adiós postrimero, aumenta el número de tumbas queridas para los que aman como yo, al agitar la antorcha de sus recuerdos sólo les alumbró sepulcros; engrandece con el ejemplo de tu vida y con el duelo de tu muerte, las aspiraciones por la virtud y el bien; y al perderse en las sombras de la eterna noche, no olvides que los fulgores de tu memoria quedan reflejándose en las lágrimas de los que sienten irreparable tu pérdida. Margarita Juárez, la tierna, la virtuosa, la consorte modelo, la santa madre de familia... sobre tu desnudo lecho de piedra, ¡duerme en paz!... ¡Duerme en paz!...

Oración fúnebre de Joaquín Villalobos

El “Club Central del Pueblo” verificaba su tercera sesión y aplaudía a los oradores que con tanto acierto estudiaban la cuestión política, cuando de pronto se entregó una carta al ciudadano presidente del club en la cual se le manifestaba que Margarita Maza de Juárez había dejado de existir. El general Negrete, bastante conmovido, propuso que el club honrara la memoria del cadáver, asistiendo a los funerales y nombrando al efecto un orador, cuyo nombramiento recayó en mí.

Desde el instante en que se autorizó mi voz para hablar en nombre de un pueblo sobre la fosa abierta de Margarita, mil y mil ideas vinieron del pasado a ocupar mi imaginación y a pedirme todas ellas un lugar preferente en mi fúnebre discurso ¡Es tan triste evocar un recuerdo!... ¡Es tan doloroso alzar el sudario para buscar en él un cuerpo humano!

Y, sin embargo, llega el momento en que es preciso hacerlo, en que es necesario tocar el borde del sepulcro para estudiar desde allí el valle de la vida. ¡Margarita ha muerto! Se ha dicho desde la alcaoba que recibió su último suspiro, su postrer adiós al mundo y esa palabra, atravesando por entre el ramaje de los árboles, ha corrido de calle en calle, de boca en boca, hasta tropezar con nuestro club,

el cual, como herido de un rayo, ha contestado con un solo gemido, con una sola y fúnebre demostración.

Nada, señores, es más natural que morir, nada es más fácil que ocupar un sepulcro y, sin embargo, cuando una persona amada abandona la vida, nos preguntamos todos si aquello es posible y si el cadáver que tenemos delante de nuestros ojos es el de la persona que ayer reía y disfrutaba del placer.

¡Margarita era tan buena! Llevaba en su rostro pintada de tal manera la bondad y el cariño, que nunca pudiera creerse que la ira ni el encono empañaran su carácter. ¡Cuántas, cuántas veces lo he visto! La reacción apuntaba sus cañones sobre las murallas de Veracruz cuando ese ángel de ternura llegaba a unirse a su esposo para comenzar desde entonces una peregrinación triste y dolorosa. En Nueva York cruzaba las calles acompañada de sus hijos a quienes llevaba a los planteles de educación para aprovechar dignamente el nebuloso tiempo de la proscripción; allí vino la muerte a tender la guadaña en su familia y un niño ocupó en suelo extranjero una pequeña sepultura. La madre derramó esas lágrimas que sólo una madre sabe derramar, pero, a semejanza, del ave que ha perdido un hijo, tendió su vista en derredor y al ver otros hijos, hijos que reclamaban su amparo, abrió los brazos, los estrechó en ellos y el cielo le aconsejó desde entonces la calma y la resignación.

Margarita ha sufrido con la democracia y con la democracia ha gozado también. Jamás ¡Oh sí!, jamás la vanidad y el orgullo la levantaron a la fatuidad y al despotismo; en el hogar doméstico y rodeada de su familia, se entregaba a sus labores con la misma sencillez que cualquiera otra persona de menos representación social y veía siempre en Juárez a su esposo, nunca al primer jefe de la República; el pobre hallaba en sus manos la limosna, el soldado veía en ella a su protectora y no pocas lágrimas se enjugaron con la mano de ese ángel. ¡Juárez ha perdido la mitad de su vida, sus hijos el timón del hogar doméstico y la sociedad, un alma bienhechora!

Adiós, Margarita, lo que yo digo ahora en tu sepulcro lo he dicho también cuando vivías. Mis palabras no son un discurso, sino una plegaria; no te he traído mi cabeza, sino mi corazón. Un pueblo que

reconoce tus virtudes y que las venera, viene conmigo; ese pueblo te respeta como la esposa del primer gobernante y te ama como la bienhechora de los pobres. Cada uno de los hombres que forman este pueblo abandona sus talleres hoy para demostrarte su duelo, tantos y tantos corazones laten sólo por ti.

Y vosotros, señores, que secundáis esta reunión, decid al Primer Magistrado de la República que el “Club Central del Pueblo” le envía su pésame y que sobre la tumba de la virtuosa Margarita viene a poner su flor de despedida.

Pero también hubo extrañamientos porque el clero católico no participó en las generales manifestaciones de pena por la muerte de doña Margarita. Juan A. Mateos, en un artículo periodístico, reprochó al clero que no hiciese acto de presencia ni tampoco comentario alguno sobre los grandes méritos de la difunta. Ella vivió manteniendo firme su ideario cristiano, en particular católico, pero seguía a su esposo en su posición anticlerical. Precisamente, la lealtad de Juárez a sus convicciones hizo que ni en la larga enfermedad ni en la agonía, ni mucho menos en el funeral, participara ningún sacerdote. No tenía por qué el clero, si había sido excluido de la vida de Margarita, participar de manera formal en el funeral y en los comentarios posteriores. Reproducimos el artículo de Mateos porque, dentro de su agresividad, muestra una intransigencia similar a la que le reprocha al clero católico.

Los funerales de la Sra. Juárez y el clero católico

Hace tres días que la nave de la muerte dio su cañonazo de leva, anunciando su partida a las playas eternas, llevando consigo la preciosa existencia cuya pérdida cubre de luto a la humanidad doliente. La fiel compañera de la Revolución progresista, del hombre de nuestro siglo, del genio de las tempestades políticas, que ha desafiado las vicisitudes desde lo alto de su destino, tornaba al polvo de la nada, de donde Dios había sacado al ser humano en las supremas horas del Génesis.

Los solemnes instantes que precedieron a la desaparición de la mártir, fueron dignos del sublime corazón cristiano. Rodeada de sus hijos que lloraban con el llanto de la angustia, les exhortó a la humildad y al desprendimiento, sus palabras eran un legado de virtud; su espíritu no se desprendería de la materia sin dar sus últimos resplandores, como un sol al apagarse en el horizonte que tiene por límite los confines del océano.

Entró después en ese silencioso misterio que precede a la muerte, y entre el incienso místico de las oraciones, a los pocos momentos voló su alma al seno de Dios.

Ante la majestad callada de ese cadáver, se abrió la historia en sus páginas más terribles, y se vio a la mujer en la sublime misión sobre la tierra. Llorosa frente a las rejas de una prisión, llena de pesadumbre sobre la cubierta del navío en marcha para el destierro, angustiada ante las amenazas de la muerte; pero siempre digna, siempre grande, siempre sublime, animando con su valor y con la magia arrebatadora de su palabra a cuantos desfallecían en torno a ella; sola después en las regiones extranjeras sepultando a sus hijos en tierra extraña, rezando siempre por el padre de aquellos niños que yacía en las tormentas de la lucha y rogando en sus vigias por la Patria agonizante, grande y bienhechora en los días de su esplendor, alejada del poder cuya influencia rechazaba hasta ultratumba.

La sociedad se sintió conmovida, no era una ola que se apagaba en las arenas de la vida en el flujo y reflujo de la creación, era un ser benéfico que desaparecía, era una estrella de influencia misteriosa que entraba en conjunción, un soplo vivificante y regenerador que no sacudiría más las velas que arrastran la barca de nuestros destinos.

¡En torno de aquel féretro huía avergonzada la grandeza humana! La pompa oficial es la exhalación mefítica del orgullo, la imposición de un duelo sobre los corazones que gozan ante la desaparición de un tirano, atavío lujoso que cubre la ignominia, impostora del dolor, gran mentira que se estampa en los bronce, cuyas inscripciones se quebrantan ante el juicio de la historia.

En aquella mansión de duelo y silencio, sólo había corazones generosos, almas nobles y virtuosas que se reunían en una pesadumbre

de familia, a llorar delante de aquellos restos próximos a bajar al seno de la tierra. Ante aquellas cenizas venerandas hubo un abrazo de reconciliación: ¿a qué llevar el odio ni los rencores delante de esas reliquias consagradas?, ¿a qué prolongar resentimientos delante de un infortunio tan inmenso y tan íntimamente doloroso?

La gran familia liberal fue a rendir sus homenajes a la virtud y a la grandeza, lo más distinguido de esos hombres que en la tribuna y en el campo de batalla han cosechado laureles para la República, se afanaron por llevar sobre sus hombros el féretro y el pueblo hizo el acompañamiento al cadáver de esa mujer que debía registrarse entre las heroínas en la Biblia. Mientras la sociedad entera vestía sus ropas de duelo, el clero católico enmudecía y se ocultaba entre la niebla impura de sus rencores, gozándose en el gran infortunio del pueblo que quebrantó sobre su frente osada el cetro de la usurpación y el fanatismo. Los bronces callaron, las lámparas se apagaron y los ropajes luctuosos no cubrían las aras de los altares, ni una vez resonó en las bóvedas de las catedrales, ni se marcó el oficio de difuntos en los facistoles del coro.

La señora Juárez había fallecido en el seno de la religión católica; pero el clero la rechazaba como esposa del reformador y no abriría las bóvedas sepulcrales del altar de los Reyes para recibirla. ¡Cuando un alto dignatario de esa secta paga el tributo a la naturaleza, el aparato es magnífico, entonces, del púlpito, tribuna del error y el fanatismo, se desprende un himno de alabanza, para el agitador revolucionario, para el impostor impío, para el profanador de las creencias, para el sacrílego que ha llevado a la muerte al pueblo y derramado su sangre en los campos de la liza, por sostener el auge soberbio del poder de la iglesia, combatiendo contra el siglo, contra la tradición, contra la historia y contra el porvenir.

¿Es acaso el clero de Fr. Bartolomé de las Casas, velando por las víctimas de la conquista, el de Motolinía levantando el Tecpan, o el de Higareda cuidando de los expósitos de la cuna? ¡El clero católico! ¿Qué le debemos? ¡La ignorancia, la superstición y la tiranía! Nos ha combatido con las armas, nos ha declarado fuera del seno del catolicismo, ¿y qué nos importa, si nosotros ya lo habíamos excomulgado del seno del cristianismo y de la civilización moderna?

¿Qué quiere decir esa abstención criminal? ¿Es acaso un signo de reprobación? ¿En nombre de qué Dios pretende ahora imponernos su voluntad imperiosa? ¿En nombre de qué culto cierra sus misales en los días de pesadumbre nacional? ¿Cree, por ventura, que iremos en demanda de su lengua muerta para hacer oír nuestras preces y nuestras oraciones? ¿Piensa acaso que en sus labios de donde han salido los anatemas que han ensangrentado el suelo de la Patria, tienen más valor los salmos del alma en sus horas de recogimiento? ¿No sabe que si tiene templos es debido a nuestra condescendencia, que si vive es merced a nuestras instituciones que dan sombra tanto a la mezquita como a la sinagoga y a la basílica?

¿Por qué exigís de nosotros lo que no queremos hacer, vosotros los proclamadores de la libertad religiosa, nos diréis ahora? Pero nosotros os responderemos que siempre que vuestra conducta misteriosa tienda a una significación política, nos habéis de encontrar en el terreno. Maldecidnos en la oscuridad de las sacristías, cruzad las ciudades y los campos con la frente inclinada y los brazos sobre el pecho haciéndoos mártires de la fe, para despertar el odio contra nosotros, hablad en el confesionario, celebrad vuestras elucubraciones, amedrentad a los moribundos negándoles los sacramentos, todo, todo os lo permitimos, menos que rebajéis el valor de nuestras glorias, ni que os neguéis a rendir homenaje a lo que la humanidad venera. Pero vosotros estáis ciegos; estos funerales proporcionaban un vasto campo a vuestras imposturas; los estandartes católicos entraban victoriosos al hogar del Presidente de la República; debíais haber hecho una gran fiesta religiosa, porque la esposa del hombre que ha proclamado la tolerancia, que os ha deshecho el monopolio de la superstición, que os ha vencido, ayer ha inclinado su frente y doblado su rodilla, cuando la moribunda recibía en la fe de su creencia el pan de la Eucaristía; pero vosotros no sabéis olvidar y os recogéis en las tinieblas en vuestra eterna protesta.

Bien merecéis la suerte que os ha cabido, desde el huérfano inflexible del Vaticano hasta los prófugos del Concilio Ecuménico, y vosotros, rebuscadores de reliquias entre las ruinas de Pompeya y de Herculano del catolicismo. El pueblo no os ha echado de menos en

la fúnebre ceremonia, ni el toque mortuorio de vuestras campanas, ni el murmullo sordo de vuestras preces.

La sencillez republicana no ha extrañado las detonaciones de la artillería ni las armas, ni las banderas a media asta, ni los pésames oficiales; le ha bastado la ovación espontánea del pueblo que ha seguido, triste y lleno de piedad religiosa, el féretro que deposita tan ilustres cenizas. ¡El signo de la Redención será clavado por sus manos en esa tumba veneranda, sobre la cual se extiende el arco del cielo y esa bóveda inmensa donde brillan las centellas que forman la corona de Dios!

Juan A. Mateos

Ignacio Manuel Altamirano, en el periódico *El Federalista*, hizo una detallada crónica de todos los acontecimientos alrededor de la sentida muerte de Margarita. Comentó el artículo de Mateos y agregó algunas ideas iconoclastas. Ambos escritos levantaron comentarios en favor y en contra, pero poco a poco se fue apagando el escándalo y sólo quedó en el ambiente la tristeza por la pérdida de una valiosa mujer, y el hecho indudable de que Juárez había sido herido en su fibra más sensible por la pérdida de su esposa. Reproducimos el artículo de Altamirano:

La muerte de la señora Juárez

En México, el año de 1871 ha entrado, como dice mi amigo Gostkowki, coronado de ciprés. En efecto, los primeros días de enero, consagrados generalmente a fiestas íntimas y a esperanzas placenteras, fueron turbados por el funesto acontecimiento de la muerte de la señora Juárez. La esposa del Presidente de la República era una mujer eminente, no por el puesto que ocupaba en la sociedad, sino por sus altísimas virtudes. La sociedad mexicana, sin distinción de partidos, lo reconoce así, y es mucho que una sociedad dividida por profundos resentimientos y por obstinadas preocupaciones, rinda un homenaje espontáneo y uniforme a la verdad.

Y es que la virtud de esa matrona resplandecía demasiado para que pudiera negarse. ¿Quién podría negar la luz del sol? La noticia

de tamaña desgracia, heló la risa en los labios de todos. Parece que en el momento se extendió sobre México un velo de tristeza, que obligó a cada uno a lamentar en religioso recogimiento una pérdida irreparable.

Los tiempos que vivimos no permiten los lutos oficiales; Juárez no es partidario de la pompa y menos para sus asuntos privados; la modesta señora que acababa de morir la desdeñó durante su vida de elevación, con la sinceridad de las mujeres republicanas y de los corazones virtuosos. Así es: que no sólo no se dispuso nada oficialmente, con motivo de la muerte de la esposa del primer magistrado de la nación, sino que se omitieron hasta las invitaciones. Jamás se había llevado la modestia y la delicadeza democrática hasta ese extremo.

Pero jamás tampoco se había hecho una demostración tan espontánea, tan general y tan tierna del sentimiento público. Al menos yo no recuerdo uno semejante desde que vivo en México, ni lo he oído decir. Cesaron los banquetes, cerráronse los teatros, las sociedades suspendieron sus sesiones y los talleres sus trabajos. Todo el mundo, nacionales y extranjeros, de todas edades y de todas las clases de la sociedad, se dirigieron en gran número a la casa mortuoria, sita en la Colonia de los Arquitectos, para acompañar el cadáver al cementerio de San Fernando, donde debía sepultarse.

Las calles de la Mariscal, San Hipólito, Puente de Alvarado y Ribera de San Cosme, se hallaban inundadas de gente la tarde del día tres en que tuvo lugar el entierro. La comitiva que acompañó al cadáver era inmensa, la mayor parte que hemos visto jamás. Presidíala el Ministro de Relaciones, Sr. Lerdo de Tejada, y en ella se veía a los Ministros de Estados Unidos, de la Alemania del Norte y de Italia, a los demás miembros del Gabinete, a los diputados, magistrados de la Corte Suprema de Justicia, a los escritores, a los artistas, a las sociedades científicas, a las escuelas de beneficencia, a las sociedades de artesanos y a innumerables individuos que, sin figurar en política ni tener siquiera relaciones con la familia del Presidente, venían a tomar parte en una manifestación tan sentida como justa.

El cadáver llegó a San Fernando y allí se colocó en un catafalco sencillo y rodeado por diez cirios y braserillos con incienso. Junto al catafalco se colocó la tribuna, a la que subió Guillermo Prieto, y con esa elocuencia arrebatadora con que él solo sabe conmover los corazones, pronunció una oración fúnebre que hizo derramar lágrimas a todo el auditorio. Recordó la bondad característica de la finada, sus sinceras virtudes sociales, sus prendas como esposa y madre, su inmensa caridad, su abnegación en las adversidades, su valor en el destierro, su modestia en la alta posición que ocupaba, su inteligencia y su amor a la Patria, por el que dividió con su esposo las penalidades y peligros de una vida toda consagrada a su servicio.

Dio Guillermo a su acento tal ternura, a sus palabras tal sentimiento, que los circunstantes no podían más, y cuando el orador bajó sollozando de la tribuna, también ellos sollozaban. Y era natural: allí estaban, en su mayor parte, los republicanos, viendo que la muerte acababa de arrebatar a una de las matronas más distinguidas y más beneméritas, a una mártir de la causa santa de la Patria. Era un duelo de familia aquel, el duelo de la gran familia liberal.

Después habló Joaquín Villalobos en nombre del Club Central del Pueblo, y su discurso fue sentidísimo, sin que se le escapara una sola frase de las que pudieran herir a sus adversarios políticos. Habló como republicano en la desgracia. Entonces no tenemos más que un alma para los nuestros. La tumba de una mujer virtuosa nos unía por el momento con la cadena del pesar. La muchedumbre se dispersó después silenciosa y triste.

Margarita Maza de Juárez era digna, por todos motivos, de ser sentida generalmente. Buena, afable, con un corazón abierto a todas las emociones generosas; su misión fue sufrir en la adversidad, consolar a los que sufrían, cuando estuvo en una posición próspera. Era hermosa, con esa hermosura llena de modestia, que es como el distintivo de la mujer pura. La serenidad de su alma se reflejaba en su semblante, y la inteligencia brillaba en sus ojos negros y dulces. ¿Quién no la recuerda, escuchando con su rostro pálido y afectuoso los relatos tristes de la pobre mujer indigente, que siempre recibía de su mano algún auxilio en silencio y sin hacerse percibir? ¿Quién

no sabe que jamás recordó que su marido era Presidente, si no era para rogar por el reo político, para proteger al afligido?

Esta señora era el ornamento de su sexo, era la personificación de las virtudes cristianas y de las virtudes patrióticas en la mujer. A propósito, mi amigo el distinguido poeta y literato Juan A. Mateos, en un artículo que ha publicado *El Monitor*, extraña que el clero, tan adulator con los vetustos magnates del partido enemigo, y que hace un ruido escandaloso a la muerte del más inútil de sus canónigos, no haya hecho una demostración de duelo por el fallecimiento de una matrona digna por mil títulos de respeto, tanto más, cuanto que murió en el seno del catolicismo.

Tiene razón Mateos en extrañar la actitud del clero, según las costumbres antiguas; pero los que no creemos que el clero nos pueda servir para nada con el Ser Supremo, nos hubiéramos afligido con una manifestación que resucitaba repugnantes costumbres viejas, y que no podía ser sincera de parte de quienes deben aborrecer a muerte todo lo que es liberal. Por lo demás, ¿para qué sirven esas preces en latín detestable, esa canturía desapacible que recuerda los gemidos mercenarios de las plañideras romanas, y ese doblez que fastidia por lo impertinente y por lo inútil? ¿Qué tienen que hacer esos hombres negros y antipáticos, cargados con el peso de sus propias culpas junto a la tumba sagrada de las personas virtuosas?

Sería absurdo suponer que necesita un ángel de la bendición de esa gente. No: Dios me libre de desear a las personas que estimo y venero, que tengan en su muerte semejante acompañamiento. Que Juan Mateos retire su filípica contra el clero, y que la convierta en acción de gracias porque se abstuvo de mezclarse entre nosotros junto al sepulcro de la santa mujer republicana.

En la modesta loza que cubrirá la tumba de la que fue esposa del Presidente de la República, no habrá más que un nombre inscrito; pero ese nombre será cubierto con la corona de inmortales que colocará allí siempre el cariño filial, y será venerado por aquellos que adoran la virtud verdadera.

Ignacio M. Altamirano

Como mencionan los diversos cronistas que hemos transcrito para no caer en falsas especulaciones, todos los sectores sociales se volcaron en sus manifestaciones de duelo por la muerte de Margarita y en demostraciones de pésame a su afligido esposo. Buscamos algunas de los paisanos de ambos, de los oaxaqueños que los conocían mejor o los habían tratado más, y enseguida veremos algunas:

La tumba

A las estimables hijas de la Sra. Doña Margarita M. de Juárez.

Al contemplar el frío lecho en que reposan con el eterno sueño de la muerte los seres que nos dieron la vida, el hielo de la tumba parece llegar a nuestros miembros, la sangre se entorpece en nuestras venas y nos recuerda que ella tiene por origen la que animaba el cuerpo del ser que ya no existe. Nosotros regamos con lágrimas de duelo esa última morada, así como nuestros padres vertieron en nuestra cuna, las suyas de inefable ternura.

Con lágrimas nos recibe nuestra madre cuando nos ve por vez primera. Con lágrimas nos despedimos de ella cuando la vemos la postrera vez. Las lágrimas son nuestro saludo y nuestra despedida, la señal del principio y fin de la jornada. Mas aquellos seres queridos que han vivido con nosotros, se identifican en nuestro espíritu y solo desaparece la materia, porque su alma vive con la nuestra, nos guía y nos halaga, nos consuela y nos aconseja.

Vosotras, al llorar sobre los sagrados restos de una madre ¿no os figuráis que os consuela, que os aconseja, que os habla de un más allá adonde solo se llega por el camino de la virtud y que os invita a seguirle? La madre cuyo cuerpo no podéis tocar, vive para vosotras oculta en el santuario de vuestro corazón.

Allí no la ofende la perversidad del mundo, la abrigáis en vuestro pecho y escucháis su voz en las horas de aflicción y de duda: cuando el alma fluctúa presa de la incertidumbre en el océano de la tristeza, se suele oír una voz amiga que nos da valor para luchar con

la desgracia. Recordamos que esa misma voz nos arrulló en la infancia y nos aconsejó en la juventud, su sonido es por sí mismo una caricia, trae oculta una expresión de amor y es una orden para el que sabe comprenderla.

Cuando vayáis a colocar a la tumba de esa madre querida las primeras flores primaverales, figuraos escuchar su voz que os da las gracias, que recibe ese don que toma como símbolo de vuestra inocencia, que os aconseja estar siempre adornadas de ellas y que deja un ósculo de amor en vuestra frente.

La tumba de una madre es un tribunal sagrado adonde se debe llegar lleno de amor y de humildad. Cuando la frente arde con el fuego de las ilusiones juveniles, nada puede refrescarla tanto como el contacto del mármol de una tumba. Un volcán es nuestro cerebro y quedan templados sus ardores con el intenso frío de la muerte. Pero el hielo de todas las tumbas solo nos calma amortiguándonos.

El que tiene la de vuestra madre nos consuela. ¡Se desprenden de allí tantos recuerdos! Máximas, caricias, conversaciones... ¿Quién después de haber meditado una hora junto a la tumba de una madre no cree verla, tocarla, oír su voz y atender a sus razones? Mas ¿qué necesidad tiene el afligido huérfano de ir al panteón para gozar de esas quimeras, si en su misma habitación, cada lugar, cada objeto le hacen recordar al ser que llora?

Un mueble llega a ser una reliquia; una hora, un mandato; una habitación, un templo. Aquí reposaba durante la noche, a esta hora llamaba, este lugar le era favorito... Vosotras leeréis ese poema de los recuerdos que humedeceréis con vuestro llanto y solo el tiempo, bálsamo único de esas heridas, aliviará la vuestra.

Mas aun cuando sufráis menos, jamás olvidareis a vuestra madre, pues en los goces, en la vida común, en la desgracia, en todos estos estados que nos hacen notar que existimos, buscamos a nuestro lado el ser que nos puso en el valle de la vida, y al ver que ya no existe, sentimos un vacío en el corazón y lloramos.

El ser supremo habrá recibido el alma de la madre que lloráis, y en tanto que vosotras os afligís por ella en la tierra, ella siempre cariñosa os bendecirá desde el cielo. Corta es la separación, pues en

el reloj de la eternidad minutos son los siglos; mas si queréis nunca apartaros del ser a quien habéis amado, mantenedlo en el alma obedeciendo sus consejos.

Id a vuestro padre en las horas de duda, mezclad vuestro llanto con el suyo y palpe entre el humo del poder, la inefable delicia de la familia. Los hombres salimos al mundo tal cual el mundo nos pide, tal cual la escena lo exige, tal cual debemos salir; pero cuando al regresar el rico a su palacio y el pobre a su chocilla, ve a los seres que no son sino una parte de su mismo ser, se siente verdaderamente feliz; el uno dejó caer el arado, el otro se olvida del dinero y todos buscan el placer de la familia.

A vuestro padre le falta una compañera, consoladle, uníos a él para ser fuertes contra el dolor; vuestra voz será un acento musical para su oído, y si durante el día oye centuplicar por la adulación un título que no da consuelo en la desgracia, llamadle vosotras mil veces padre, y veréis que, cual un rayo de luz en medio de la tempestad, asomará en sus labios una sonrisa en medio de su llanto.

Manuel María Romero

Oaxaca, enero 3 de 1871

Sr. Don Benito Juárez
México

Apreciable compadrito:

Con el mas grande sentimiento he sabido la muerte de mi querida comadrita a la que siento sobremanera y pido al Todopoderoso que tanto usted como a la familia los llene de consuelo. Salude usted en mi nombre a todas las niñas y demás familia y usted reciba el más sentido pésame de su segura servidora q. s. m. b.

Josefa R. de Sandoval

Oaxaca, 3 de enero de 1871

Ciudadano Presidente:

Nuestra antigua amistad y las desgracias que yo también he sufrido en lo más amado de la familia, me hacen simpatizar con usted en su justo pesar con la más sincera cordialidad.

Porfirio Díaz

Oaxaca, enero 4 de 1871

Sr. don Benito Juárez
México

Respetado señor y amigo:

Por telégrafo se supo el fallecimiento de la señora de usted y por telégrafo ayer mismo di a usted el pésame a nombre de mi familia y mío. Margarita, como usted sabe, fue para nuestra familia una hermana, dotada de un carácter tan dulce. Su muerte ha sido profundamente sentida por todos cuantos tuvieron el gusto de tratarla. Conozco cuánta amargura habrá derramado este suceso en la familia y particularmente en el alma de usted. Siento que esta adversidad sea por naturaleza irremediable. Tomo parte en el justo dolor de que ustedes están agobiados y deseo que la Providencia les conceda tanta resignación cuanta se necesita para consolarse en su desgracia. Me repito de usted amigo seguro servidor q. b. s. m.

Roberto Maqueo

Oaxaca, enero 4 de 1871

Sr. Presidente don Benito Juárez. México

Mi muy querido y distinguido amigo y señor de mi respeto:

Con el mayor sentimiento de mi alma he recibido la funesta noticia de mi antigua y buena amiga Margarita, que de Dios goce y la

tierra le sea leve. No puede usted figurarse, mi buen amigo, el pesar que tengo por mil motivos, señor, porque la amaba yo como una buena amiga, como una hermana, como una compañera de usted, a quien aprecio tanto y que considero el pesar que usted tendrá y que, aunque distante, lo acompaño en su justo sentimiento, suplicándole que tenga resignación y filosofía, cuidándose para que se conserve; ya que tuvimos la desgracia de perderla a ella, no quiero perder a usted. No, yo quiero que usted viva para sus hijos y para sus amigos como yo; le reitero mi súplica que se cuide, asegurándole con todo el ardor de mi alma que desde aquí lo acompaño con la ternura de una buena amiga en justo pesar y como tal me repito de usted suya que atenta b. s. m.

Antonia Labastida de Lanza

Suplico a usted, señor, tenga la bondad de mandar entregar a la familia las que le adjunto.

Oaxaca, enero 9 de 1871

Sr. Lic. Don Benito Juárez
México

Mi siempre apreciable compadrito:

La funesta noticia que hemos tenido del fallecimiento de mi muy querida comadrita, ha llenado de amargura a toda esta su casa; nuestros ojos le han tributado las lágrimas de amor y sentimiento que supo conquistar en nuestros corazones con sus bellas cualidades y aprecio, con su amistad y virtudes cuyos recuerdos imperecederos, sin abandonarlos un momento, no cesan de lacerarnos el corazón y avivar más y más nuestros sentimientos. Si bien es cierto que al dolor se representa la reflexión y raciocinio y que a estos recursos nos acogemos para mitigar nuestras penas, también es cierto que sólo nos convence dicho auxilio de que la muerte es natural y consiguiente a toda criatura humana o viviente, sin que se pueda excusar

mas nunca de la conformidad en la pérdida o separación perpetua de una persona querida. Mis padecimientos pasados me han hecho sentir lo que digo y lo presente renueva mas vivamente mi dolor y, persuadida de que en usted el sentimiento de la muerte de mi comadre debe ser en proporción del amor y extremado afecto que le consagró, lo considero y contemplo altamente herido e inconsolable y acompañándolo con mis lágrimas y las de toda esta familia; rogamos al Ser Omnipotente haya acogido en su gloria eterna a mi amada comadre y bondadoso nos envíe, con prodigalidad, fortaleza y resignación para sufrir y no ceder a tan funesta pérdida y pesar. Suplico a usted haga presentes mis sufrimientos y los de mis hijas a Manuelita, Mariquita y Soledad y demás niñas, manifestándoles que no les escribo a cada una separadamente porque la presente dirigida a usted, con el encargo ya dicho, la aceptarán en general como especial de cada una, pues en mi amor y cariño a todos los comprendo sin distinción. Le deseo, mi querido compadrito, toda la resignación de que como hombre es capaz y que, convencido por su buen juicio, talento y luces, de que su existencia es necesaria y preciosa para sus niños, para sus amigos y para toda la Nación, procure usted no dar más vuelo a su pesar y se conserve bueno, como de todo corazón lo quiere y lo desea su afectísima comadre y atenta y segura servidora.

Juana España de Pérez

*Hacienda de Santa Gertrudis,
Talea, Oaxaca, enero 10 de 1871*

Mi amigo y querido Juárez:

Hoy he sabido en ésta, por mi esposa, la muerte de mi apreciable comadre y tu digna esposa doña Margarita; la siento y la siente toda mi familia porque era una de nuestras amistades mas querida; te considero lleno de un justo sentimiento y con todo mi corazón te deseo una buena conformidad y que el alma de mi señora descanse en paz. Esta pequeña muestra de aprecio te ruego la hagas extensiva a

toda tu familia, deseando que tu salud sea mejor y que mandes a tu antiguo amigo que atento b. t. m.

Miguel Castro

Hacienda de Candiani, enero 12 de 1871

Sr. Lic. don Benito Juárez
México

Muy apreciable señor de nuestra consideración y respeto:

Profundamente conmovidos por la sensible pérdida de la muy respetable doña Margarita, nos hemos decidido a molestar sus muchas atenciones para manifestarle que no somos indiferentes a tal desgracia, a la persona que desde la niñez le somos deudores de mil favores. Sírvase usted, Sr. Juárez, hacer presente a su amable familia nuestro sentimiento y guardar para sí la lealtad de nuestro afecto. Bd. Ss. Mm.

Demetrio Sodi. Carlos Sodi

San Pablo Guelatao, enero 31 de 1871

Sr. Presidente de la República
Lic. Don Benito Juárez
México

Muy señor nuestro:

Los que componemos el municipio de este pueblo, uniendo nuestro sentimiento a los de todos sus habitantes, damos a usted el más sencillo pero sincero pésame por la inefable pérdida que acaba usted de sufrir con la muerte de nuestra amada señora y esposa de usted, q. e. p. d. Rogamos al Todopoderoso por el descanso de su alma y por el consuelo de usted y su amable familia. Acepte usted nuestro general sentimiento y mande a sus seguros servidores q. b. s. m. A nombre de la corporación y demás ancianos de este pueblo.

Ángel Juárez. Agente Municipal. Manuel García. Alcalde. Demetrio Pérez. Secretario. Anastasio Juárez. Procopio Pérez. Estanislao García.

Así salió del mundo físicamente la incomparable primera dama de la República, Margarita Eustaquia Maza Parada, y entró a las páginas fulgurantes de la historia patria, llena de los agradecimientos de todos los que la conocieron y del homenaje de los que ahora habitamos este país que tanto debe a su abnegación y sacrificio.

EPÍLOGO

Siempre hay distancias insalvables, así como puentes precursores. De principio a fin, la actitud que tuvo ante la vida Margarita Eustaquia Maza Parada fue la de liderar ese espacio posible donde se movía con la cautela que otorgan la inteligencia y la mesura, pero también ampliar la estrechez donde toda esperanza parecía condenada a perderse una y otra vez.

Si su vida ha servido a las generaciones de hombres y mujeres que siguieron las huellas borrosas del accidentado camino, se ha sabido colocar, finalmente, triunfante en la senda olvidada de la historia. ¿Dónde comienza la admiración que le profesaron personajes de la talla de Ignacio Manuel Altamirano o de la sabiduría de Justo Sierra o de la lucidez y lirismo de Guillermo Prieto? ¿En qué sitio comienza el mito de la figura cuyo tamaño aumenta cada vez que su vida se revisa para encontrar las motivaciones de su entrega en cuerpo, alma y espíritu a una causa que otras mujeres hubieran considerado perdida? Las respuestas no llegan con una simple fecha o frase, sino convertidas en la profunda certeza que en vez de disolver sus contornos, los redefine en cada encuentro con quienes releemos su vida.

De la humildad asumida como huida de todo vicio amante de lujos, al seguimiento amoroso que en cartas puebla su larga travesía, la vida de Margarita no puede separarse del hombre cuyo talento alumbró la noche de nuestra modernidad histórica. La mujer que amó a su *Nito* y le acomodaba con gran ternura el moño de la corbata fue la misma que escribió amorosas cartas que dieron a la posteridad el testimonio de la desmesura de un corazón

desbordado que nunca creyó en la derrota, ni espiritual ni ideológica, y que le aconsejó con gran convicción continuar con las ideas de libertad para engrandecer la República que ambos compartieron. Hace tiempo que la vida y la figura de Margarita Eustaquia Maza de Juárez nos hablan de una mujer lúcida, dedicada, firme, enérgica, de carácter templado, congruente en su decir y hacer. Es el prototipo de la mujer mexicana que, a pesar de estar en la sombra, es la piedra angular que sostiene a Juárez como columna dentro del templo de la patria.

No hay muchos ejemplos de tan leal determinación y tenacidad como el suyo. En su actitud tenemos que rendirnos a un hecho incontrovertible: Juárez no estaba solo en la tarea de construir un nuevo México, Margarita es copartícipe de la modernidad en la que nos movemos con la ufana certidumbre que nos sitúa como habitantes de un país liberal y demócrata como el nuestro.

Deseo que el tiempo invertido en este encuentro con un episodio de nuestra historia sirva de reflexión y que el hoy, que será el mañana, ilumine el sendero para entender su entorno. ¡Gracias Margarita Eustaquia! ¡Gracias Benito Pablo!



CRONOLOGÍA

1801

México: rebelión en Nayarit que pretendía establecer la monarquía azteca y sacudirse el yugo de la dominación española.

Oaxaca: el terremoto del 15 de octubre dañó las casas consistoriales y destruyó el templo del Carmen Bajo y la cúpula del templo de La Compañía. Ambos edificios fueron inmediatamente reconstruidos.

1802

Oaxaca: Manuel Sabino Crespo es catedrático y vicedirector del Seminario de la Santa Cruz: ordenado presbítero, se dirigió a México, donde recibió el título de abogado.

1803

México: ingresa al país el investigador alemán Alexander von Humboldt. En febrero llega, como virrey, José de Iturrigaray.

1804

Oaxaca: el 14 de agosto se bendice nuevamente el templo de San Agustín, debido a los daños que sufrió por el terremoto de 1801.

1806

Nace Benito Pablo Juárez García, hijo de los campesinos zapotecos Marcelino Juárez y Brígida García, en San Pablo Guelatao, Oaxaca.

1807

Oaxaca: se construye el templo de Belén, anexo al templo de Guadalupe.

1808

México: el virrey José de Iturrigaray apoya los intentos de los criollos para establecer un gobierno nacional. Oficiales peninsulares estuvieron en desacuerdo, por lo que Iturrigaray fue depuesto, procesado y enviado de vuelta a España.

1809

Juárez y sus hermanas María Josefa y Rosa quedan huérfanos y al cuidado de sus abuelos paternos. Su hermana menor, recién nacida, María Longinos, va a vivir con su tía, Cecilia García. Tras fallecer sus abuelos, se traslada con su tío Bernardino Juárez, con quien aprendió las tareas campesinas, así como las primeras letras y el idioma castellano.

1810

México: el 16 de septiembre Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores (en Guanajuato), alzó la bandera de la rebelión en demanda del fin

al mal gobierno, sin desconocer el poder del rey español Fernando VII.

Oaxaca: el 31 de diciembre son fusilados Miguel López de Lima y José María Armenta, quienes fueron enviados a Oaxaca por Miguel Hidalgo para promover el movimiento insurgente. Fusilados y descuartizados en Las Canteras, sus cuerpos se enterraron en el Carmen Alto. Sus cabezas fueron puestas en jaulas en el camino de Etna.

1811

México: Miguel Hidalgo y Costilla fue capturado por las fuerzas realistas y ejecutado en Chihuahua.

Oaxaca: Felipe Tinoco y José Catarino Palacios, el diácono Ordóñez y varios eclesiásticos y seculares conspiraban en el ex convento de La Concepción. Fueron denunciados por Bernardo Collantes, aprehendidos en San Felipe del Agua, juzgados por el auditor de guerra Bernardino Bonavia, decapitados y expuestas sus cabezas al público.

1812

Oaxaca: se construyen bardas en el perímetro de los templos de La Soledad, Santo Domingo de Guzmán, el Carmen Alto y San Agustín, convirtiéndolos en fortalezas.

1813

Oaxaca: llega Carlos María de Bustamante y el 31 de mayo propone al gobernador, Benito Roche, que convoque a una reunión de autoridades civiles, militares y eclesiásticas para presentar a Morelos la necesidad de formar un Congreso General, instalando así el primer

colegio electoral, presidido por Mariano Matamoros. Los diputados por Oaxaca fueron José María Murguía, Manuel Sabino Crespo y Carlos María de Bustamante.

1814

México: el liderazgo político pasó a otro sacerdote: José María Morelos y Pavón, quien proclamó a México como república independiente de España y abolió la esclavitud.

Oaxaca: entrada del coronel realista Melchor Álvarez; es recibido por los dos cabildos en el puente de La Soledad. El Congreso establecido en Apatzingán da término a la Constitución, sancionada el 22 de octubre, en la que colaboran Ignacio López Rayón, Manuel Sabino Crespo y Carlos María de Bustamante. Este documento se dividía en dos partes: principios de elementos constitucionales y forma de gobierno. El primer capítulo fijaba a Oaxaca como provincia de la América Latina.

1815

México: las fuerzas reales del criollo Agustín de Iturbide derrotan al ejército de Morelos. La lucha siguió bajo el liderazgo de Vicente Guerrero, que encabezaba un ejército más pequeño. Morelos fue fusilado el 22 de diciembre en San Cristóbal Ecatepec.

Oaxaca: el arzobispo de México, Antonio Bergosa y Jordán, es sustituido por Pedro Fonte y recibe la orden de volver a Oaxaca.

1816

Oaxaca: Lamadrid y Samaniego son acusados por sus tratos y comercios para enriquecerse y provocar la ruina de diversos artículos en

Oaxaca. Eran quienes ordenaban la conducción de convoyes de Puebla a Oaxaca.

1817

México: el español Francisco Javier Mina llega a la Nueva España para luchar al lado de los insurgentes.

Oaxaca: el coronel realista Manuel de Obeso toma, sin ninguna resistencia, Teotitlán. Melchor Álvarez toma Silacayoapan y restablece por completo la dominación española en Oaxaca.

1818

México: un terremoto destruye Colima.

Juárez decide establecerse en la ciudad de Oaxaca para completar su formación. A los doce años escapa de casa y se establece con su hermana María Josefa, cocinera en casa de la familia Maza. Por mediación de su hermana, y por la disposición de la familia Maza, consigue mejorar sus estudios y vivir con estabilidad.

1820

México: se publica el periódico *La abeja poblana*.

Oaxaca: Guerrero domina la Mixteca alta bajo el mando del teniente coronel Juan B. Miota.

1821

México: Iturbide se reúne con Guerrero y ambos firman un acuerdo para unir sus fuerzas para llevar a término la independencia. Conocido

como Plan de Iguala, establece, posteriormente, tres garantías mutuas: México será un país independiente gobernado por un monarca español; la religión católica será oficial y la única en el país; los españoles y criollos tendrían los mismos derechos y privilegios. El virrey, Juan Ruiz de Apodaca, depuesto por los insurgentes, huye a España. El último virrey de la Nueva España es Juan O'Donojú, quien, a su llegada a México en julio, aceptó el tratado de Córdoba, reconociendo la Independencia de México.

Oaxaca: Antonio de León toma Tezoatlán, Huajuapán, Yanhuitlán, Huitzo, ETLA y, el 31 de julio, la ciudad de Oaxaca, reconociendo y promoviendo el Plan de Iguala. El 7 de agosto es ascendido por Iturbide a teniente coronel; pocos días más tarde se proclama la Independencia, con lo que se da término a la dominación española en Oaxaca. Se nombra diputado a Antonio de León en el Primer Congreso Nacional.

Juárez trabaja como mozo del sacerdote Antonio Salanueva, con quien aprende el oficio de encuadernador en su taller. Esto le acerca lecturas de Plutarco y Feijoo. Con este bagaje, el 18 de octubre ingresa al seminario de la Santa Cruz como alumno externo.

1822

México: Iturbide es declarado emperador con el nombre de Agustín I. Meses después sería depuesto por una rebelión al mando de Antonio López de Santa Anna, alguna vez colaborador suyo.

1823

México: Antonio López de Santa Anna contra Iturbide en Plan de Casa Mata, que pretendía establecer el sistema republicano. Agustín de Iturbide renuncia al trono y se retira a Europa. Se funda el Archivo

General de la Nación. Las provincias de Centroamérica (ahora Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica) que se habían adherido al Imperio, se separan de México.

Oaxaca: Antonio de León es nombrado comandante general de Oaxaca, también es electo diputado al Primer Congreso Constituyente. El Congreso estatal decreta nombrar para gobernador al intendente y jefe político José María Murguía y Galardi.

1824

México: Iturbide regresa y es fusilado. El 4 de octubre se promulga la Constitución de 1824, que declaraba a todos los mexicanos como iguales, consideraba como única religión la católica y concedía la libertad de imprenta. Guadalupe Victoria es investido como primer presidente de México.

Oaxaca: el 7 de abril se introduce el alumbrado público. El 30 de noviembre se establece la primera Normal para maestros de enseñanza primaria.

El 3 de agosto. Juárez fue examinado del curso completo de latín y calificado de excelente.

1825

México: Pedro Sáinz de Baranda desaloja a los españoles de San Juan de Ulúa.

Oaxaca: el 10 de enero se decreta la primera Constitución particular del estado de Oaxaca. El Congreso Constitucional del estado de Oaxaca expide un decreto que reza: “Se colocará bajo el dosel del Ayuntamiento de la ciudad una silla al lado de la del presidente, dedicada al enunciado señor Morelos, en la que nadie podrá sentarse...” Muere Pedro de la Vega, gran filántropo que realizó muchas obras de beneficencia

y quien ocupó el puesto de vicepresidente del Congreso cuando se publicó la primera Constitución Política; al morir dejó su fortuna para establecer un hospicio que aún lleva su nombre. El 26 de agosto se decreta la creación de la Biblioteca del estado.

El primero de agosto. Juárez fue examinado del primer curso de filosofía y calificado de *excelente nemine discrepante*.

1826

Oaxaca: el 26 de agosto el Congreso del estado establece una escuela de instrucción secundaria y profesional a la que denominan Instituto de Ciencias y Artes, que comienza a funcionar en el edificio del antiguo convento de San Pablo, el año de 1827.

El 3 de agosto Juárez fue examinado del segundo curso de filosofía y calificado de excelente.

El 28 de marzo nace Margarita Eustaquia Maza Parada, hija del señor Antonio Maza y de la señora Petra Parada.

1827

Oaxaca: el 8 de enero se instala el Instituto de Ciencias y Artes del Estado; el provincial de Santo Domingo, fray Francisco Aparicio, partidario de la libertad y de las ideas de Morelos, es electo director.

El 2 de noviembre es promulgado por el gobernador José Ignacio Morales el Código Civil del Estado, el primero de Iberoamérica y uno de los tres libros a semejanza del código francés.

Concluye Juárez el bachillerato en el Seminario de la Santa Cruz de Oaxaca. El primero de agosto fue examinado del tercer curso de filosofía y calificado de *excelente nemine discrepante*.

1828

Oaxaca: los políticos oaxaqueños comienzan a disputarse el mando, divididos con los nombres de yorkinos y escoceses, federales y conservadores.

Juárez ingresa al Instituto de Ciencias y Artes para estudiar la carrera de abogado. En el mes de noviembre, Antonio López de Santa Anna, al llegar a Oaxaca, clausura ese Instituto.

1829

México: Vicente Guerrero es nombrado presidente de la República.

Oaxaca: se construye el cementerio de San Miguel, para enterrar a los muertos por la epidemia de viruela.

Juárez cursa las cátedras de derecho natural y civil con José Mariano Fernández de Arteaga y la de derecho canónico e historia eclesiástica con Joaquín de Miura.

1830

Oaxaca: El edificio del actual Palacio de gobierno se encontraba en total estado de abandono y únicamente existía la oficina del Ayuntamiento y la cárcel para hombres. Porfirio Díaz Mori nace el 15 de septiembre.

El Instituto de Ciencias y Artes propone a Juárez como profesor auxiliar. Cursa la 9ª aula de derecho público constitucional a cargo de Vicente Manero. El primero de diciembre, presenta su primer examen profesional o “Noche Triste”.

1831

Oaxaca: el 2 de febrero llega al convento de Santo Domingo Vicente Guerrero, quien es traicionado por el genovés Picaluga a cambio de tres mil onzas de oro y doscientos pesos fuertes. Guerrero es fusilado el 14 de febrero en Cuilapan.

Juárez es nombrado regidor del Ayuntamiento de Oaxaca.

1832

Oaxaca: el ingeniero Francisco de Heredia elabora los planos del nuevo edificio de gobierno y derriba el antiguo, que había sido dañado por el sismo de 1801.

1833

Oaxaca: la ciudad es ocupada por las fuerzas del general Canalizo, que proclamaba “religión y fueros”. Epidemia de cólera morbo. Son demolidas las casas consistoriales. Comienza la construcción del Palacio de los Poderes del Estado, conforme a los planos del ingeniero Francisco de Heredia. Ramón Ramírez de Aguilar, gobernador del estado y el 5º Congreso del estado de Oaxaca, decretan que los restos de Vicente Guerrero sean trasladados a la capital del estado y sepultados en el ex convento de Santo Domingo de Guzmán.

El 13 de enero. La Corte de Justicia de Oaxaca le extiende a Juárez el título de abogado, siendo el primer egresado del Instituto. Comienza a incursionar en la política a sugerencia de su maestro Marcos Pérez, y a principios de 1833 fue electo diputado al Congreso del estado, ascendido a capitán de milicias y nombrado ayudante del comandante militar de la plaza, Isidoro Reyes, cuando Oaxaca recibió el ataque de las fuerzas del general Valentín Canalizo, comandante

de la sublevación centralista. Un golpe de Estado de los conservadores lleva a Santa Anna a la Presidencia de la República; el gobernador es destituido y Juárez confinado en Tehuacán. Poco después vuelve a Oaxaca y trabaja en favor de San Baltasar Loxicha, donde el cura del lugar obliga a pagar diezmos pese a que las reformas de Gómez Farías habían convertido en voluntarios a sus habitantes. Juárez fue a Loxicha y fue encarcelado en Miahuatlán. Regresó a la capital y se dedicó a su profesión y a la docencia en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca.

1834

Oaxaca: tras una suspensión durante el año anterior, se reanudan las obras en el Palacio de los Poderes del Estado y se logra concluir el frontispicio y los salones superiores al portal del patio poniente. En el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, Juárez imparte la cátedra de derecho canónico.

1835

México: Texas se declara independiente de México.

1836

Oaxaca: se instaura la forma de gobierno central, que caracterizaría a la República mexicana de ese tiempo. Juárez entra a laborar al despacho del licenciado Tiburcio Cañas. Ese mismo año es nombrado secretario del Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca.

1837

México: Los conservadores pensaban que hacía falta cambiar la Constitución y promulgaron otra en 1837, denominada “Las Siete Leyes”, que establecía el gobierno republicano central. Los estados dejaban de tener su propio gobierno y pasaban a ser departamentos, con un gobernador nombrado por el presidente de la nación.

1838

México: contra el ejército francés, se gesta la Guerra de los Pasteles. Ocupación francesa de Veracruz.

1839

Oaxaca: en los mismos terrenos del cementerio de San Miguel, se inicia la construcción del panteón municipal y de la monumental e inconclusa capilla. Los autores del proyecto fueron el concejal Francisco Bonequi, profesor de dibujo, y el carpintero Diego Saldívar.

1840

Oaxaca: se plantan fresnos en el Paseo Labastida. En 1894 se realizará un jardín en ese sitio.

1841

Oaxaca: Antonio de León defiende en Oaxaca y secunda el plan proclamado en la Ciudadela de México por el general Palencia.

Juárez ocupa el cargo de juez de lo Civil y de Hacienda.

1842

Oaxaca: se prohíbe la inhumación de cadáveres en el interior de los templos y en los camposantos anexos. Se vuelve a poner en servicio el cementerio de San Miguel.

Se tiene noticia de que Juárez procreó a dos hijos “ilegítimos”, Tereso y Susana, que era discapacitada y a quien sus amigos cuidaban, motivo de una constante preocupación de su padre.

1843

Oaxaca: en honor a Antonio de León, el 13 de octubre se inaugura la Alameda (hoy de León), planteada conforme a los planos del ingeniero Antonio P. Heredia. Antonio de León es nombrado, en enero, general de brigada, y en junio se le otorga a su pueblo el título de Huajuapán de León.

El 31 de julio Margarita Eustaquia Maza Parada contrae matrimonio con Juárez, en el templo de San Felipe Neri.

1844

México: se inaugura la Biblioteca Nacional en la ciudad de México.

Oaxaca: Benito Juárez es nombrado secretario de Gobierno de Antonio de León y funge como fiscal del Tribunal Superior de Justicia.

En la ciudad de Oaxaca nace Manuela, primogénita del matrimonio Juárez Maza, quien años después se casará con Pedro Santacilia (futuro secretario de Benito Juárez).

1845

México: Texas se anexa a Estados Unidos.

1846

Oaxaca: Juárez es electo diputado al Congreso local y forma parte de la Junta Gubernativa. Una junta de notables designó un triunvirato para gobernar el estado, iniciando sus funciones el 11 de agosto; lo integraron José Simeón Arteaga, Luis Fernández del Campo y Benito Juárez. El 11 de septiembre el presidente de la República, Mario Salas, nombró gobernador de Oaxaca a José Simeón Arteaga. Juárez se convierte en regente de la Suprema Corte de Justicia y el mismo año es electo para representar a Oaxaca en el Congreso general. Nace, en la ciudad de Oaxaca, Margarita Juárez Maza.

1847

México: batallas de Molino del Rey y de Chapultepec; en la segunda perdieron la vida Juan de la Barrera, Juan Escutia, Francisco Márquez, Agustín Melgar, Fernando Montes de Oca y Vicente Suárez.

Oaxaca: es destituido el gobernador José Simeón Arteaga y en su lugar nombran a José Joaquín Guergué (febrero-mayo). Juárez denunció el reconocimiento que Santa Anna dio al nuevo gobierno y logró que el 27 de abril el Congreso publicara un decreto que calificaba de subversivo el movimiento que destituyó a Arteaga.

Juárez es miembro del Congreso general y parte de la fracción liberal que logró mayoría para el decreto (11 de enero) por el que se autoriza al gobierno a hipotecar bienes eclesiásticos a fin de obtener recursos para la guerra con Estados Unidos. Esto provocó la caída de Valentín Gómez Farías y el regreso de Santa Anna a la presidencia

(21 de marzo). Benito Juárez, como secretario general de Gobierno, es nombrado después gobernador. Durante su gestión se levantó el plano de la ciudad de Oaxaca.

1848

Oaxaca: Benito Juárez funda, por medio de un decreto de legislatura, el establecimiento de casas de empeño (Monte de Piedad), bajo la vigilancia del gobierno.

Juárez resulta reelecto para un periodo de cuatro años. Durante su administración se realizó el primer mapa de Oaxaca, se reanudó la construcción del Palacio de los Poderes del estado y del panteón de la ciudad, se construyó un puente sobre el río Atoyac que permitió el acceso a los pueblos del Valle de Oaxaca y de Zimatlán.

A principios de ese año se da el alumbramiento de Felícitas, tercera hija de Margarita Maza y Benito Juárez. El 27 de octubre vino al mundo María Guadalupe, quien fallecería dos años después.

1850

Oaxaca: En agosto se desató una epidemia de cólera morbo. La estadística indica 10 698 muertos.

Muere la hija de Juárez y Margarita, María Guadalupe. Juárez narra este hecho en *Apuntes para mis hijos*: “En el año de 1850 murió mi hija Guadalupe a la edad de dos años, y aunque la ley prohibía el enterramiento de cadáveres en los templos, exceptuada la familia del gobernador del estado, no quise hacer uso de esta gracia y yo mismo llevé el cadáver de mi hija al cementerio de San Miguel, que está situado extramuros de la ciudad, para dar ejemplo de obediencia a la ley”.

Margarita sufrió un duro golpe con la muerte de su hija María Guadalupe; el mismo año también moriría su padre, Antonio Maza.

1851

Nace una niña: Soledad, y en septiembre Amada, que pronto se convertiría en la predilecta de su padre.

1852

México: se inaugura la primera línea telegráfica en el país: México-Veracruz.

Juárez deja la gubernatura del estado y a partir del 12 de agosto dirige el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca. Se traslada a vivir con su familia a la Villa de Etlá.

El 29 de octubre nace el primer varón de la familia, a quien ponen el nombre de su padre: Benito.

1853

México: Santa Anna vende La Mesilla a Estados Unidos.

Perseguido durante el último periodo de Santa Anna en el poder (1853-1855), quien el 27 de mayo lo hizo aprehender y lo confinó sucesivamente a Jalapa, Jonacatepec, Perote y Huamantla, de donde fue trasladado como prisionero a San Juan de Ulúa por órdenes de José de Santa Anna, hijo de Antonio López de Santa Anna. El 9 de octubre de 1853 el régimen dictatorial lo condena al destierro en La Habana y, más tarde, en Nueva Orleans (Luisiana), donde trabajó como torcedor de tabaco y se integró al círculo de exiliados en el que estaban Guillermo Prieto, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga y otros liberales perseguidos. Conoce y trata a Pedro Santacilia, quien más tarde sería su yerno y secretario particular en la Presidencia de la República. Con la separación del matrimonio comenzó el sufrido calvario de Margarita Maza. El 25 de octubre sufre la pérdida de Amada, su hija

más pequeña, quien al parecer murió víctima de la melancolía por la ausencia de su padre. Margarita se quedó en México en una lamentable situación económica y corría peligro, pues el general José María Cobos, encargado del poder militar en Oaxaca, era enemigo de las ideas de Juárez y la perseguiría. Embarazada y con hijos pequeños a su cuidado, emprende la temerosa huida de un lugar a otro. Este peregrinar es testimonio incontrovertible de su entereza de espíritu y de su fortaleza. Sólo la unía a Juárez su amorosa determinación y sus cartas. Burló el asedio de sus perseguidores con ayuda de su hermano José y de dos arrieros al servicio de su compadre, Miguel Castro. Huyó hacia la hacienda de Santa Anita, situada al norte de Tlacolula y luego hacia la hacienda minera de Cinco Señores, distrito de Ixtlán, donde permaneció tres meses con sus hijos. Burlaron la persecución pasando un mes más en Santa Gertrudis, hacienda cercana al distrito de Villa Alta, propiedad de Castro, quien le dio albergue y la libró de sus perseguidores. Después de varios meses de permanecer en la sierra y librar peligros, con la mediación de Ignacio Mejía vuelve a Oaxaca y establece un tendejón que ella misma atendía mientras elaboraba bordados finos, que no sólo libraban los avatares económicos de su familia, sino los de Benito Juárez, pues ella se las arreglaba para enviarse dinero.

1854

México: Plan de Ayutla contra Santa Anna. Se compone el Himno Nacional Mexicano, con letra de Francisco González Bocanegra y música de Jaime Nunó. Inicia la revolución de Ayutla.

Juárez respalda el Plan de Ayutla, en el que se exigía la creación de una Asamblea constituyente en el marco de una Constitución federal.

Margarita da a luz a las gemelas María de Jesús y Josefa, en medio de angustiosas necesidades económicas.

1855

México: Juan Álvarez es nombrado presidente de la República. Se proclama la Ley Juárez, que suprimía los privilegios del clero y del ejército y declaraba a los ciudadanos iguales ante la ley.

Oaxaca: triunfa la Revolución de Ayutla.

En julio, por el puerto de Acapulco, Juárez vuelve a México al estallar la Revolución de Ayutla. Triunfante el movimiento, ocupa la cartera de Justicia e Instrucción Pública en el gabinete de Juan Álvarez (del 6 de octubre al 9 de diciembre).

Margarita, al tener noticias de la vuelta de su esposo, prepara su viaje a la ciudad de México, adonde llegó a mediados de octubre para encontrarse con él, pero a fines de ese año estalla la rebelión clerical en la ciudad de Puebla, y se extendería hasta Oaxaca.

1856

México: Juan Álvarez renuncia como presidente de la República. El presidente Comonfort expide la ley de desamortización de los bienes de manos muertas, privando al clero de la administración de sus propiedades. Se instaura la Ley Lerdo que obliga a las corporaciones civiles y eclesiásticas a vender las casas y terrenos que no estuvieran ocupando a quienes los arrendaban, para que tales bienes produjeran mayor riqueza, en beneficio de las demás personas.

Juárez es nombrado gobernador de Oaxaca por Ignacio Comonfort (10 de enero de 1856 al 25 de octubre de 1857) y encabeza la primera adjudicación de una casa, situada en la calle de Independencia, que reconocía un capital monetario. Fundó el Hospital Civil y el de Sangre en un anexo del ex convento de San Francisco. Reanudó la construcción del Palacio de los Poderes del estado, suspendida desde el 10 de enero. Con el triunfo de la Revolución de Ayutla, Juárez es electo por segunda vez gobernador de Oaxaca. Porfirio Díaz es nom-

brado capitán de infantería de la Guardia Nacional por el gobierno de Oaxaca.

La familia Juárez Maza se vuelve a reunir después de tres años de separación. Durante este tiempo, modesta y sencillamente la familia ocupó la casa ubicada en la actual esquina de Avenida Hidalgo y 20 de Noviembre de la ciudad de Oaxaca; en ese lugar vino al mundo el segundo varón y décimo hijo, José, en quien Juárez pondría todos sus afanes y esperanzas. La felicidad de ese año se ensombrece con el deceso de Petra Parada, madre de Margarita.

1857

México: se promulga la Constitución el 5 de febrero. México vuelve a ser una República federal. Félix de Zuloaga proclama el Plan de Tacubaya, que pedía la anulación de la Constitución de 1857 para convocar a un congreso que dictara un nuevo código.

Oaxaca: el 10 de noviembre toma Oaxaca el jefe reaccionario español José María Cobos, quien vence pacíficamente y sin oposición al gobierno constitucional que representaba José María Díaz Ordaz, y sitúa a las fuerzas liberales fortificadas en el templo de Santo Domingo.

Juárez es electo gobernador del estado amparado por la Constitución de 1857. En junio es designado presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Debía tomar posesión hasta el 1 de diciembre, pero a fines de octubre es nombrado ministro de Gobernación. Parte a la ciudad de México para asumir el cargo el 3 de noviembre. Al efectuarse las elecciones generales, Comonfort es reelecto presidente y Juárez llevado a ocupar la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, asumiendo este nombramiento el 1 de diciembre. El 17 de diciembre Zuloaga lanza el Plan de Tacubaya, desconociendo la Constitución y creyendo contar con el apoyo de los conservadores. Comonfort hizo lo mismo y se volvió dictador. Juárez reprochó este hecho y fue encarcelado.

Margarita huye de José de Santa Anna y de Marcelino Cobos, a quienes se había unido Moreno. Nuevamente recorre el territorio del estado en busca de refugio para ella y sus hijos, pues los perseguía a muerte el odio de los conservadores. De regreso a la capital son recibidos felizmente por sus amistades.

1858

México: el Partido Liberal nombra a Juárez presidente interino y Félix María Zuloaga es nombrado presidente por los conservadores. Estos hechos marcan el inicio de la Guerra de Reforma o Guerra de los tres años.

Oaxaca: el 9 de enero Porfirio Díaz defiende la plaza de Oaxaca y el 22 de julio es nombrado comandante del batallón de infantería de la Guardia Nacional por el gobierno del estado. El 16 de enero encabeza la toma de la Plaza principal y del Palacio de Gobierno, recuperándola para el gobierno liberal.

Los conservadores continuaron adelante, y el 11 de enero de 1858, mediante una revuelta, lograron instaurar a Zuloaga en la presidencia. Comonfort, incapaz de restablecer la legalidad, abandonó el país, pero liberó a Juárez el mismo día de la revuelta. Una coalición de estados (Guanajuato, Colima, Querétaro, Guerrero, Veracruz, Oaxaca y Michoacán) opuestos a la revuelta, declararon presidente de la República a Juárez pues, de acuerdo con la Constitución de 1857, en ausencia de Comonfort le correspondía al presidente de la Suprema Corte asumir el Poder Ejecutivo Federal. Los reaccionarios se apoderaron de la capital y Juárez se trasladó a Guanajuato, donde estableció su gobierno el 19 de enero bajo la protección del gobernador Manuel Doblado. Debido a la ofensiva lanzada por los conservadores, se vio obligado a retirarse a Guadalajara, donde estuvo a punto de ser fusilado junto con sus ministros por un batallón sublevado, salvándose gracias a la elocuencia y valentía de Guillermo

Prieto. Después viajó a través de Jalisco pasando por Santa Ana Acatlán, Sayula, Zapotlán, Colima, y llegó a Manzanillo, donde el 11 de abril se embarcó rumbo a Panamá. Por fin de vuelta, arribó a Veracruz el 4 de mayo. Allí asentó su gobierno con apoyo del gobernador Manuel Gutiérrez Zamora; obtuvo recursos económicos de la aduana marítima y prosiguió con la búsqueda del reconocimiento de Estados Unidos.

La situación política nacional e internacional era grave. Los partidos políticos luchaban a muerte entre sí y constantemente. Juárez, necesitado de apoyo moral tenía en Margarita toda la fuerza necesaria. Ella, junto a sus hijos y su hermano, José Maza, emprendió un peligroso viaje atravesando lo que hoy es la Sierra Juárez, para llegar al lado de su esposo. Más de dos años de desesperanza vivieron los esposos en el puerto de Veracruz. Sus hijos vivieron con el balanceo del mar por un lado, y con el estruendo de la metralla por el otro; con el ir y venir de las olas y de las tropas en los fortines vecinos.

1859

México: se promulgan en Veracruz las Leyes de Reforma, que estipulaban la nacionalización de los bienes eclesiásticos, el cierre de conventos, el matrimonio y el registro civiles, la secularización de los cementerios y la libertad de culto, así como la reducción de festividades religiosas.

Oaxaca: el 6 de julio, Porfirio Díaz recibe el grado de teniente coronel de infantería de la Guardia Nacional por el gobierno del estado. El gobernador provisional, Miguel Castro, trasladó el gobierno al distrito de Ixtlán, dejando una junta ejecutiva integrada por José Joaquín Guergue, Esteban Esperón y José Santiago Hernández, quienes, al no poder gobernar, hubieron de llamar nuevamente al general Cobos que el 6 de noviembre tomó Oaxaca por segunda vez. El gobierno requisó el convento de Santa Catalina de Siena para

adecuarlo como prisión; las monjas se trasladaron al convento de la Concepción y, más tarde, ambas comunidades fueron conducidas al convento de los Siete Príncipes. Se omitió el convento de Santo Domingo.

El gobierno de Juárez fue reconocido por Estados Unidos, con lo que se inició el proceso conocido como “Reforma”. El programa de Juárez supuso una radicalización de la Constitución de 1857: incluyó la nacionalización de bienes eclesiásticos, la eliminación de las órdenes monásticas, la creación de un registro civil y la separación de la Iglesia respecto al Estado.

1860

México: el 22 de diciembre se libra, en Calpulalpan, la batalla decisiva de la Guerra de los tres años, en la que resultaron victoriosos los liberales.

Oaxaca: el 24 de enero muere el gobernador José María Díaz Ordaz, en la batalla de Santo Domingo del Valle, donde luchó contra el español Cobos, quien ocupaba la ciudad. El 2 de febrero, Díaz defiende el Fortín de la Soledad, el 5 de agosto toma la plaza de Oaxaca y el 22 recibe el grado de coronel de infantería de la Guardia Nacional de manos del presidente Benito Juárez, venciendo en las lomas de San Luis al general Cobos. El Instituto de Ciencias y Artes se instala en el edificio del Seminario de San Pablo, enajenado por las Leyes de Reforma. Entre 1860 y 1862 se establece la prisión de hombres en el convento de la Concepción. Se clausuran el hospital de San Cosme y San Damián. Fueron exclaustrados los frailes agustinos y franciscanos.

La victoria del 22 de diciembre en San Miguel Calpulalpan dio el triunfo definitivo al gobierno constitucional de Juárez. Los seguidores de la causa liberal derrotaron a las fuerzas conservadoras a finales de 1860, por lo que en enero de 1861 volvió a establecer su gobier-

no en la ciudad de México, organizando un nuevo gabinete y disponiendo la expulsión del ministro de España fuera de México, el delegado apostólico y el ministro de Guatemala, por inmiscuirse en asuntos de la nación mexicana y haber ayudado a los conservadores.

Estando en Veracruz, Margarita y su esposo nuevamente ponen el ejemplo al acatar las nuevas leyes, pues con fecha 1 de octubre de 1860 son los primeros en inscribir a su hija Francisca, en el registro civil.

1861

México: Benito Juárez entra triunfante a la ciudad de México.

Oaxaca: el gobierno local decreta el reglamento del registro civil el 11 de enero. La oficina se abre en el mismo mes. Porfirio Díaz lucha en Jalatlaco el 13 de agosto y obtiene el grado de general de brigada de manos del presidente Benito Juárez. Se establece el mercado Democracia en el atrio del templo de La Merced.

Juárez entra en la capital del país el 11 de enero de 1861, el 15 de junio es electo nuevamente como presidente. La insolvencia del erario determina que el 17 de junio se suspenda durante dos años el pago de la deuda externa, lo cual tensó hasta un clima prebélico las relaciones con Francia, Gran Bretaña y España. El Convenio de la Soledad apaciguó los ánimos de españoles y británicos, si bien Francia decidió intervenir militarmente. El 17 de diciembre, con el objetivo de exigir el pago de las deudas económicas, las potencias agresoras desembarcaron en Veracruz. Manuel María Zamacona y Manuel Doblado realizaron negociaciones con los invasores. Los otros países desistieron, pero los franceses iniciaron el avance hacia la capital. Juárez trabó acuerdos con Gran Bretaña y España y éstos retiraron sus tropas de México. Esto da inicio a la Intervención francesa.

1862

México: por el Convenio de la Soledad Inglaterra y España se retiran.

En abril, México recibe el primer ataque de los franceses en el Fortín, Veracruz. Inicia la Intervención francesa en México. El 5 de mayo triunfa el ejército mexicano contra los soldados de Napoleón III. Los franceses entran a la ciudad de México el 10 de junio.

Oaxaca: inicia la construcción del mercado de la Industria en el ex convento de San Juan de Dios. La obra se terminará en 1882. Un incendio destruye el templo del Carmen Bajo; lo restaura Pedro Francisco P. Figueroa, se abre la calle de Fiallo, por lo que fue necesario demoler el templo de San Pablo. El hospital de Guadalupe fue reformado para instalar el hospital civil, que permaneció hasta 1864.

A pesar del panorama desolador y sangriento de la época, Margarita Maza cumplió con sus funciones filantrópicas. Al confirmarse la guerra con Francia, presidió una junta de señoras para recabar fondos para los hospitales. Con la ayuda del ministro de Guerra y de sus hijas mayores, diligentemente se apresuraron a hacer hilas, vendas y a formar comités de damas en Puebla, en Toluca y en otras ciudades importantes de la República, que se asociaron en la tarea humanitaria de curar heridos. Organizó funciones de teatro cuyos fondos estaban destinados a las víctimas de la Guerra de Intervención: los heridos y familiares de los soldados muertos.

1863

México: dueños de la capital, los franceses y su jefe, el mariscal Forey, publicó un manifiesto en el que atacaba al gobierno de Juárez, aunque prometía mantener las Leyes de Reforma, lo que disgustó a los conservadores. Forey nombró una Junta Superior de gobierno compuesta por 35 personas, quienes eligieron a los encargados del Poder Ejecutivo, los generales Juan N. Almonte, Mariano Salas, y el

arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Todos decidieron que la nación mexicana adoptara la monarquía como forma de gobierno y que la corona le fuera ofrecida al archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, quien aceptó y fue coronado emperador de México en 1864 con el nombre de Maximiliano I.

Oaxaca: la ciudad capital tenía 24 433 habitantes.

El gobierno carecía de elementos para resistir en México el ataque extranjero, por ello Juárez, como presidente, decidió trasladar las instituciones republicanas a San Luis Potosí, el 31 de mayo, y proseguir la resistencia militar. El 22 de diciembre de 1863 salió de San Luis hacia Saltillo.

El 23 de mayo Manuela, hija mayor del matrimonio Juárez Maza, contrae nupcias con Pedro Santacilia, quien desde hacía dos años era secretario de Juárez y amigo de la familia. Cuando el gobierno se traslada a San Luis Potosí, ella lo acompaña, pero por los conflictos en el país, convierten el gobierno sede en itinerante, con el único objetivo de librar el ataque enemigo.

1864

México: el 2 de mayo los invasores proclamaron al archiduque Maximiliano de Austria como emperador de México, quien, junto con su esposa Carlota, desembarcó en mayo en Veracruz y entró a la ciudad de México el 12 de junio. Se funda la Academia Nacional de Medicina.

Oaxaca: siendo general de división, Porfirio Díaz toma parte en el sitio de Oaxaca durante la Intervención francesa.

Con el avance francés a sus espaldas, Juárez llega a Saltillo el 9 de enero y se niega a renunciar, como lo pretendía la comisión dispuesta a negociar con los invasores. De Saltillo viaja a Monterrey, donde lo reciben con grandes honores el 3 de abril. La política y la guerra ponían ante el presidente Juárez problemas y contrariedades que

culminaron con el ataque del imperialista Quiroga. Juárez tuvo que enviar a su familia a Estados Unidos. Él mismo dejó Monterrey el 15 de agosto. Se dirige a Villa Coronado, Valle de Allende, Hidalgo del Parral, Ciudad Camargo, y del 2 de noviembre al 9 de diciembre permaneció en Chihuahua. El 18 de diciembre, un nuevo avance de los imperialistas lo hace retroceder y quedarse en Paso del Norte. Juárez se entera de la muerte de su hijo, José María.

En Monterrey nace Antonio, el último de sus hijos, el 15 de junio. El 12 de julio nace su primera nieta, hija primogénita de Manuela Juárez y Pedro Santacilia, a quien bautizan como María. La familia tuvo que separarse de nuevo y volver a los pesares, pues los acontecimientos obligaron a Juárez a una nueva peregrinación por el país. Margarita con sus hijos por un lado y su marido por otro. Ella viajando con un calor sofocante por caminos polvorientos e intransitables, en un carruaje cargado de maletas, bultos y adversidades. Unos leales los acompañaban con la consigna de evitar los poblados y frustrar todo acecho y captura. A Margarita la agobiaban el estado del país y la lejanía de su esposo. En noviembre llega a Nueva York con su familia y se inicia una memorable serie de cartas. Probablemente por el extremoso clima y las graves circunstancias emocionales o la mala alimentación, su hijo José muere, a la edad de siete años, el 8 de diciembre en Nueva York.

1865

México: Luis G. Inclán publica su novela *Astucia*.

Oaxaca: el ejército francés, al mando del general Bazaine, ocupa la ciudad de Oaxaca.

El 10 de agosto muere, a los dos años de edad, Antonio, el más pequeño de los descendientes de la familia Juárez Maza.

1866

México: en enero, Napoleón III retira sus tropas de México, lo que cambió radicalmente la situación militar del país.

Oaxaca: los republicanos, al mando del general Porfirio Díaz, triunfan en Miahuatlán y en La Carbonera. Oaxaca es ocupada por los mismos el 31 de octubre.

Juárez vuelve por tercera ocasión a Chihuahua el 17 de junio. Sale el 10 de diciembre hacia el sur. Llega a Durango el 16 de diciembre.

En Washington, el 18 de marzo, Margarita Maza visita con sus hijas al ministro de la legación mexicana, Matías Romero, y es objeto de honores. Los periódicos conservadores se lo notifican a Juárez. El 28 de marzo hay una recepción en la Casa Blanca. El secretario de Estado, William H. Seward, le ofrece un banquete el 3 de abril y el día 6 el general Ulyses S. Grant organiza un baile al que asiste el propio presidente Johnson. Margarita impresiona a todos los asistentes por su trato fino y discreto, a tal grado que la prensa lo comenta. Margarita objeta los elogios escribiéndole a Juárez: “Toda mi elegancia consistió en un vestido que me compraste en Monterrey hace dos años, el único que tengo regular y que guardo para cuando tengo que hacer una visita de etiqueta”.

1867

México: los republicanos toman las ciudades de Puebla y Querétaro. El 19 de junio, después de un juicio según las leyes mexicanas, fueron fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía. Dos días después los imperiales entregaron la ciudad de México a Porfirio Díaz. Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, publica el periódico *El Correo de México*. Se instala el Observatorio Astronómico Nacional.

El 22 de enero Juárez llega a Zacatecas y el 21 de febrero a San Luis Potosí, donde el 15 de mayo le fue notificada la victoria de las armas

nacionales en Querétaro. El 15 de julio de 1867, tras cinco años de guerra, Juárez regresa a la ciudad de México para ser reelecto como presidente.

Restaurada la República en ese año, Margarita regresa a México, distinguida por el presidente Johnson, quien dispuso para su traslado el buque *Wilderness* (de Nueva Orleans a Veracruz). Una vez en la capital, se instala en Palacio Nacional sin olvidar nunca la vida sencilla, que la identifica con las mujeres modestas del pueblo. Vuelve a la vida hogareña y al cuidado de sus hijos, y promueve actos donde se aboca a los grupos más necesitados. Nunca hizo alarde público de su condición de primera dama ni dedicó sus afanes a otra cosa que no fuera del ámbito privado. Ella le ahorraba a la servidumbre el cuidado de la ropa del presidente. Solía pasear por el bosque de Chapultepec, desafiando el peligro todavía latente de los tiempos políticos. El campo oaxaqueño le producía inquietud y melancolía. Sobrellevaba con estoica voluntad su cumplido deber de esposa.

1868

México: Gabino Barreda se convierte en director de la Escuela Nacional Preparatoria. Ignacio Manuel Altamirano publica su novela *Clemencia*.

Oaxaca: el 1 de enero se envían los primeros mensajes telegráficos entre Oaxaca y México. Se plantan árboles, se repara la fuente, se colocan asientos de piedra, pilares para el alumbrado y se sustituye el pavimento de la Plaza de Armas. A iniciativa del general Félix Díaz, el Congreso del estado decreta, el 28 de diciembre, el establecimiento de un Monte de Piedad, que dura dos años.

El gobierno de Juárez se expone a innumerables problemas: el bandolerismo y la lucha armada revolucionaria eran dos de ellos y amenazaban la estabilidad del régimen.

1870

Oaxaca: el templo de Guadalupe, que había sido maltratado por varios terremotos, es reconstruido por algunos vecinos. El 25 de julio, Porfirio Díaz, Ignacio Pombo, José María Castellanos, Luis Pérez Castro, Francisco Z. Mena, José I. Cañas y Francisco Carreón, reciben la autorización del Supremo Consejo de la Masonería, en México, para iniciar los trabajos masones en la ciudad de Oaxaca, habiéndolos empleado con el nombre de Logia Cristo y quedando en carácter de diputado el gran maestro Porfirio Díaz. El fanatismo acentuado del pueblo oaxaqueño hizo que la naciente logia se rodeara del más riguroso escrúpulo y secreto, a tal grado que se omitían los nombres propios en los libros de actas, que se cifraban con el empleo de motes o apodos, como *el Pelicano*, que correspondía a Porfirio Díaz. Pese a su prematura vejez, Margarita mantiene un carácter humilde y resignado y acompaña a su esposo a la capital mexicana. Este año cae gravemente enferma de cáncer y se traslada en busca de descanso a una modesta casa de campo que poseía.

1871

México: Porfirio Díaz lanza el Plan de la Noria contra Juárez, que proponía la suspensión del orden constitucional y que al triunfar el movimiento se nombrara un presidente provisional y se revisara la Constitución. El Plan terminaba diciendo: “que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder y ésta será la última revolución”.

Oaxaca: la explosión de un depósito de pólvora derribó la cúpula eje del templo del Carmen Alto; luego fue reconstruida por el español Eustaquio Irigoyen.

Juárez es electo de nuevo presidente constitucional de México, pero numerosos sectores se oponían a su gobierno, entre ellos el coman-

dado por Porfirio Díaz, quien encabezó una rebelión. En abril, Juárez fue nombrado diputado honorario por el distrito parisiense de Belleville. Cuando la situación política del país era favorable para que Juárez se uniera definitivamente con su esposa e hijos y le fuera permitido acabar sus años en el sosiego hogareño, lo devastó la noticia de la muerte de su esposa.

El 2 de enero: tras una larga y dolorosa agonía, muere en la ciudad de México Margarita Eustaquia Maza Parada, “Dama de la República”. Fue inhumada el 3 de enero en el panteón de San Fernando. La comitiva del cortejo fúnebre estaba formada por una multitud interminable. Al sepelio acudieron, según refieren los registros de la época, más de dos mil personas a pie y más de doscientos carros.

1872

México: Juárez pasa los meses que le quedan intentando suprimir, en vano, la sublevación porfirista. Fallece, tras dolencias previas, de un ataque al corazón, el 18 de julio. Nombran presidente a Sebastián Lerdo de Tejada.

Oaxaca: en enero la ciudad es ocupada por el general Ignacio Alatorre, con fuerzas del gobierno federal. El decreto número 4, del 10 de octubre, le da a la ciudad el nombre de Oaxaca de Juárez. Un sismo derriba la cúpula del templo de la Consolación. Se reedifica el actual templo del Carmen Bajo.

1873

México: se inaugura el Ferrocarril Mexicano (México-Veracruz).

Oaxaca: el Ayuntamiento se establece en su edificio construido en el atrio del ex convento de Santa Catalina de Siena.

BIBLIOGRAFÍA

- Alatorre Mendieta, Ángeles, *Margarita Maza de Juárez; epistolario. Antología iconografía y efemérides*, Comisión Nacional para la conmemoración del centenario del fallecimiento de don Benito Juárez, México, 1972.
- Bolnes, José, *Hombres y sucesidos. Doña Margarita Eustaquia*, Comisión Nacional del Centenario de Juárez, México, 1906.
- Henestrosa, Andrés, *Flor y látigo. Ideario político liberal de Benito Juárez*, México, Colsan/UABJO/UJAT/Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Red de Investigadores para el Bicentenario del Natalicio de Benito Juárez, 2005.
- Juárez, Benito, *Apuntes para mis hijos*, Oaxaca, UABJO, 1962.
- Marrufo O., Eduardo, *Margarita Maza de Juárez. Ensayo biográfico*, Editora del Sureste, México, 1985.
- López Portillo de Tamayo, Martha, *Margarita Maza de Juárez*, Casa de la Cultura Oaxaqueña, México, 1972.
- Vázquez, Genaro, *Niñez y juventud de Juárez*, Comité Estatal de la Conmemoración del Centenario del fallecimiento del Lic. Don Benito Juárez, Oaxaca, 1972.
- Velasco Pérez, Carlos, *Margarita Maza de Juárez. Primera dama de la Nación*, Oaxaca, Dirección General de Educación, Cultura y Recreación del Gobierno del Estado, 1986.

Graciela Enríquez Enríquez
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de
Amaranta Medina Méndez

Se terminó de imprimir en noviembre de 2006

Diseño de portada
Retorno Tassier, S.A. de C.V.
Río Churubusco núm. 353-1
Col. General Anaya
03340, México, D.F.

Diseño gráfico editorial
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos
03800, México, D.F.
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos
Baskerville en tamaños
9, 10, 11, 12, 15, 16 y 22 puntos

Editado por
DEMAC